

Sophie Saint Rose



El

Heredero

Sophie Saint Rose



El

Heredero

1

El Heredero

Sophie Saint Rose

Ariel Harbison, después de desaprovechar su primera temporada debe buscar marido para no

terminar viviendo con su amargada tía en las tierras de Escocia. Por suerte en su primer baile

coincide con Maximilian Kirkley y no va a dejarle escapar porque puede ofrecerle lo que más

desea...un heredero.

2

Capítulo 1

Lady Ariel Harbison bajó las escaleras sujetando la voluminosa falda del vestido azul

claro con encajes blancos que llevaba. Se mordió el labio inferior con nerviosismo cuando llegó

al hall, mirando a Charles que esperaba junta a la puerta del despacho de su padre para abrirla a

su paso. Se acercó y susurró a su mayordomo. — ¿Está de mal humor?

— Sí, milady— contestó preocupado— No le provoque, milady.

Asintió y levantó la barbilla enderezando la espalda. La cascada de rizos castaños que

caían sobre su hombro izquierdo por el recogido que le había hecho Maggie esa mañana,

brillaron por la luz que entraba por las ventanas. Sus ojos azules ocultaron el temor que sentían,

pues si su padre descubría que le temía, esa reunión sería peor aún.— Abre, Charles.

El alto mayordomo que conocía de toda la vida, sonrió ligeramente para darle ánimos y

abrió la puerta para dejarla pasar. Ariel apretó sus jugosos labios al ver que su hermano Robert

estaba sentado frente al escritorio de su padre con una copa de coñac en la mano. Que fueran las

diez de la mañana era algo que él ignoraba continuamente. Su hermano alzó una de sus cejas

rubias y con una sonrisa socarrona la vio entrar en la estancia quedándose de pie ante el

escritorio. Su padre, que estaba leyendo unos papeles, no se molestó en levantar la vista. Ariel le

observó en silencio, porque sabía que hasta que él no le hablara, ella no podía abrir la boca. Así

que se quedó allí de pie esperando que aquel viejo gordo y calvo, que tenía la mano demasiado

suelta, se dignara a levantar la vista.

Robert rió por lo bajo antes de decir— Padre, Ariel está aquí.—dijo divertido.

Su padre chasqueó la lengua como si fuera una molestia y la miró con sus ojitos azules. A

Ariel le parecía imposible que fueran de la misma sangre. Rogaba porque su madre le hubiera

sido infiel para no tener nada que ver con ese hombre, que nunca en sus diecinueve años de vida

había tenido un gesto amable con ella.

Su padre la miró de arriba abajo y frunció la nariz— Ariel...

—¿Sí, padre? ¿Me ha mandado llamar?

Él la observó con desprecio. —Sino no estarías aquí ¿verdad?

Cierto, pensó ella clavando las uñas en las palmas de las manos. Era una provocación,

contestara lo que contestara se metería en problemas. Así que decidió cerrar la boca. Robert se

echó a reír y su padre sonrió— Te he educado bien. Serás la esposa perfecta para cualquier

hombre...

—Padre, no mienta. La van a moler a golpes por lo larga que tiene la lengua cuando se

enfada.

Ariel lo miró de reojo. Robert quería meterla en problemas, eso le indicaba que no era la

primera copa de coñac que se tomaba esa mañana. Su padre hizo un gesto con la mano para que

se callara— Tu prima Steffani fue muy amable al ofrecerte su casa el año pasado para la

temporada en Londres y tú no aprovechaste esa oportunidad— Ariel tembló por dentro, porque

la paliza que había recibido al llegar a casa al final de la temporada, casi la mata— Supongo que

habrás aprendido la lección— dijo su padre mirándola como si quisiera matarla.— Esta vez no

volverás de Londres sin marido. Si lo haces... si vuelves a desaprovechar la generosidad de tu

prima y mis recursos al tener que comprarte un vestuario nuevo...— Ariel tembló esperando la

sentencia— te irás a vivir con mi hermana a Escocia y no volverás.— Ariel palideció al escuchar

3

aquellas palabras. Lady Glory Harbison era una amargada que le había hecho la vida imposible

cuando era pequeña y ahora era todavía peor. Vivir en aquella lúgubre casa el resto de su vida,

era peor aún a que la enclaustrara. Se marchitaría, eso sino mataba a la asquerosa vieja en un

arrebato. Su padre la observaba son satisfacción. – ¿Lo has entendido, estúpida?

—Sí, padre.

—Y procura que no sea menos de un conde.

Su hermano se echó a reír a carcajadas y su padre hizo una mueca— Aunque con lo fea

que eres no sé como lo vas a conseguir. Métete en su cama y haz que os sorprendan juntos. —la

advirtió con la mirada —Pero sin escándalos, porque sino te mato.

Ariel sintió que la bilis le subía hasta la garganta y apretando los puños dijo sin mostrar el

daño que le hacían sus palabras— Sí, padre.

—Te vas mañana— dijo como si le aburriera— Ahora desaparece de mi vista. Estoy

deseando que te cases para no ver más esa cara.

—Sí, padre.— hizo una reverencia completa como si fuera un rey y salió de

la estancia

suspirando de alivio. Charles asintió al verla salir intacta y sonrió. Ariel le devolvió la sonrisa y

subió las escaleras corriendo deseando meterse en su habitación.

Cuando abrió la puerta de su habitación, allí estaba Maggie apretándose las manos muy

nerviosa. —Mi niña — se acercó mirándola de arriba abajo y la abrazó— ¿Estás bien?

—Sí —respondió sonriendo— Nos vamos a Londres mañana.

Maggie la miró sorprendida. — ¿Cómo que mañana? ¡No hemos preparado el equipaje!

—Pues tendremos que ponernos a ello y cuanto antes mejor.

Su doncella, que había sido su niñera desde que había nacido, la miró con el ceño

fruncido— ¿Qué ha pasado ahí abajo? ¿Qué te ha dicho ese cerdo asqueroso?

Ariel suspiró yendo hacia la butaca del tocador y miró su reflejo en el espejo — ¿Soy fea?

Maggie juró por lo bajo y se acercó a ella posando sus manos sobre sus hombros— No le

hagas caso ¿me oyes? Tu padre es el ser más despreciable de la tierra. Mírate al espejo y dime

que no ves a una mujer hermosa.

—Nadie me pidió matrimonio el año pasado— dijo con tristeza cogiendo una de las

horquillas y jugando con ella entre sus dedos.

—Cielo, eso es porque eres muy tímida. No hablabas con los que te pretendieron.

Ariel levantó la vista y la miró a los ojos a través del espejo— No me gustaba ninguno.

—Sabías a lo que te exponías al volver a casa— dijo Maggie enfadándose – Tenías que

haberles animado un poco. Coquetear con ellos.

—Yo no sé hacer eso— susurró desviando sus maravillosos ojos azules. –No sé de qué

hablar con ellos.

Maggie apretó los labios –Es que no has tenido una relación normal con los hombres de

tu familia. Pero con Charles hablas y con Roy el del establo. Y te ríes...

Los ojos de Ariel se llenaron de lágrimas— Me ha dicho que sino consigo marido me

enviará con la tía para siempre.

Maggie la miró horrorizada.— No te preocupes, cielo— dijo abrazándola asustada por su

niña— Tenemos toda la temporada para conseguirlo.

Ariel se aferró a sus brazos— Sino te tuviera a ti...

—Pero me tienes y me tendrás toda la vida— dijo antes de darle un beso en la mejilla,

donde tenía una pequeña cicatriz que le había hecho su padre con su anillo en

la última paliza un

año antes. Después de ese día, tenía miedo de que se le fuera la mano otra vez y solamente le

pegaba bofetones y empujones –Sólo tenemos que encontrar un buen partido...

4

—Me ha dicho que como mínimo tiene que ser conde...

—Algo encontraremos...— le sonrió a través del espejo intentando contener las lágrimas

de sus ojos marrones. —Y serás muy feliz con tu marido, ya verás. Dios te tiene que compensar

por estos años horribles.

Después de unos minutos de silencio Ariel susurró—Bien, empecemos con el equipaje o

no nos dará tiempo.

—¿Y el vestuario?

—Lo haré allí. —respondió entrecerrando los ojos pensando en ello— Y me lo hará

Madame Blanchard.

Maggie abrió la boca sorprendida— No puedes hacer eso. Es carísima. Tu padre...

—Mi padre está aquí y yo estaré en Londres. Y ya que no volveré, no estaré cerca para

que pueda ponerme la mano encima.

—¿Y si...

Ariel entrecerró los ojos— ¿No decías que encontraría marido?

—Sí, pero...

—De todas maneras, sino lo encuentro, no volveré— dijo mirándose en el espejo.— No

pienso seguir viviendo así. Me casaré con quien sea o me fugaré para trabajar de institutriz.

—No tienes referencias, Ariel. No te contratará nadie.

—Tengo que encontrar marido y si quiero hacerlo tengo que estar preciosa para que se

olviden de que el año anterior fui un desastre.—Maggie la miró con pena y Ariel gimió

tapándose la cara.— Pero no soy preciosa ¿verdad?— levantó la vista y se miró al espejo. La

barbilla parecía que la retaba y sus labios eran demasiado gruesos. La nariz era pequeña y

parecía que sus ojos eran enormes, rodeados por unas pestañas mucho más oscuras que su

cabello castaño.

—Sí que lo eres. Tienes los ojos del color del cielo y tienes buenos pechos.

Ariel abrió los ojos asombrada y enderezó la espalda para mirar su escote. Era cierto que

eran de buen tamaño. —A los hombres les encantan esos pechos.— dijo su amiga sonriendo de

oreja a oreja— Y seguro que madame Blanchard sabe sacarles partido.

Y vaya si fue así. Cuando fue a probarse su vestuario, se quedó atónita al ver el vestido

de baile que le había hecho. Las debutantes debían ir con colores claros y ella

había elegido para

su primer baile uno de color melocotón pálido.—Ese es su color, milady—
dijo Madame

mirándola con ojo crítico— Y la cintura es sorprendentemente estrecha con el corsé. Debe

llevarlo siempre.— la rodeó mientras su prima Steffani la miraba con la boca abierta— Cierre

esa boquita, milady. Mis trabajos hacen milagros.

Ariel miró a su prima que parecía que había visto una aparición— ¿Estoy bien?

—Es increíble lo que puede hacer un buen vestido— dijo echándose a reír. Se levantó

colocándose al lado de Madame Blanchard para verla bien —Aunque madame, me parece que se

le ve demasiado el pecho. Es una debutante.

Steffani llevaba casada cinco años y se tomaba su papel de acompañante muy en serio.

Mirándolas a las dos juntas parecían hermanas y era porque las dos eran parecidas a sus madres.

Su prima la cogió de la cintura para que se diera la vuelta y le miró el pecho descaradamente.

Ariel se sonrojó— ¿Crees que es demasiado?

—Tonterías, milady. El diseño es perfecto y llamará la atención que es de lo que se trata.

Mi protegida Sara se ha encargado personalmente. Es sensacional.

Ariel miró a Maggie que estaba de pie en una esquina y asintió imperceptiblemente— Si

5

madame dice que está bien...— dijo dudosa Steffani.

—Por supuesto, milady— dijo haciéndose la ofendida.— Milady está maravillosa y no sé

le ven los pezones. No sé porque todas se ponen pesadas con el escote. Los pechos son para

enseñarlos. Discretamente, por supuesto.

Ariel se sonrojó intensamente y la modista se echó a reír— Ah, debutantes... Se casará

antes de tres meses. Lo garantizo.

—Dios la oiga— dijo Steffani sonriendo.—El año pasado no tuvimos mucha suerte.

—Porque fueron a otra modista.—dijo ofendida.— ¿Cuándo es el primer baile?

—Dentro de dos días— respondió Ariel

—Haré que le lleven este y otros dos vestidos de día que ya estarán terminados. Debe

estar perfecta para recibir a sus pretendientes.

Madame la miró a los ojos y sonrió— Preciosa, pero debe ser más espabilada — Ariel se

quedó con la boca abierta por la manera de hablar de esa mujer— No me mire así. Es demasiado

callada.

—Eso le he dicho yo— dijo su prima levantando los brazos como pidiendo ayuda.

—A los hombres les gustan calladas pero no tanto. Parece que no tiene lengua.

—Soy habladora.—dijo empezando a enfadarse.

Maggie y Steffani pusieron cara de no creerse una palabra— Bueno, soy habladora con

los que conozco.

Su prima hizo una mueca. —Pero sino hablas, no los conoces. El año pasado te pasaste

más tiempo sentada que bailando y eso fue porque no querías relacionarte con nadie.

Madame se cruzó de brazos levantando más su pecho. Llevaba un increíble vestido verde

esmeralda y se movió de un lado a otro pensando.— Debe conocer hombres, milady. Sino no se

casará.

Ariel enderezó la barbilla— Lo haré. Seré divertida, coqueta y todo lo que tenga que ser

para cazar marido.

—Más le vale, porque tengo una reputación. Mis debutantes se casan, milady — dijo

Madame señalándola con el dedo. —No me deje mal. Yo he cumplido con mi parte, cumpla usted

con la suya. ¡Por Dios, sólo tiene que sonreír y bailar!

—¡Lo haré!— exclamó enfadada.

Steffani sonrió y Madame Blanchard también.—Así me gusta.

Pero no fue tan fácil. El primer baile se celebraba en la casa de los Duques de Stradford y

después de saludar a sus anfitriones, entraron en el enorme salón de baile que estaba atestado. Su

prima y su marido Clifford, el Baron de Buzzard, la llevaron hasta donde estaban sus amigos,

que estaban impresionados por la maravillosa estancia, donde una orquesta ya estaba tocando.

Steffani le presentó a quien no conocía del grupo y Ariel saludó con una encantadora sonrisa

intentando ser abierta, pero tantos años de ocultar su carácter no eran fáciles de erradicar en una

noche. Así que casi no habló, aunque lo intentaba de verdad. Con las mujeres no tenía problema,

pero con los hombres sus respuestas eran tímidas y cortas.

Un joven se acercó al marido de su prima y le susurró algo al oído. El Baron entrecerró

los ojos antes de mirar al joven. —Sí, por supuesto.

El joven asintió mirando a Ariel que se sonrojó.—Lady Ariel.

—¿Sí, Milord?

6

—¿Me permite que le presente a Lord Colton?

—Un placer— dijo ella extendiendo la mano y forzando una sonrisa mientras hacía una

reverencia.

—El placer es todo mío.— dijo el joven.— ¿Me haría el honor de concederme un baile?

Lord Colton debía tener veinte años y era bastante atractivo. Tenía el cabello rubio y sus

ojos eran marrones. Desgraciadamente le recordó a su hermano. Con una sonrisa forzada

asintió— Por supuesto. Me encantará.

El joven la miró algo confundido por su actitud, pero cogió su mano mientras Steffani le

pegaba un codazo a Ariel, empujándola hacia él. La orquesta comenzó a tocar un vals y Ariel

colocó sus manos mientras su pareja hacía lo mismo. Sonrojada no le miraba a la cara, sino que a

cualquier otro sitio— ¿Es su primera temporada?

—No. Es la segunda.— respondió mirando a una pareja que pasó a su lado.

—Baila maravillosamente.

Ella forzó una sonrisa —Gracias. Es usted muy amable.

—Y tiene unos ojos bellísimos.

Ariel le miró de reojo intentando descubrir si era sincero. El joven sonreía comiéndosela

con los ojos, mientras le miraba el pecho descaradamente— Gracias otra vez.

—¿Puedo ir a visitarla?

—Estaría encantada.— dijo frunciendo el ceño pues el joven apretó más su cintura

intentando atraerla a él.

Ariel le sujetó por el hombro firmemente y él lo entendió. Al terminar el baile, varios

pretendientes que no conocía del año anterior la sacaron a bailar, pero no se sintió atraída por

ninguno de ellos. Intentaba ser agradable todo lo que podía y ya le dolían los mofletes de tanto

sonreír. Agotada se sentó en una de las sillas al lado de Steffani, mientras uno de sus

pretendientes, que no la había mirado a los ojos ni una sola vez, iba a por un refresco para ella.

Mirando a su alrededor en el atestado salón, vio a un grupo de hombres y pasó la vista de largo

hasta que se dio cuenta de algo. Volvió la vista lentamente y vio a un hombre le robó el aliento.

Era alto, moreno y por lo que podía ver desde allí era fuerte. Él hablaba mientras varios hombres

escuchaban con atención, lo que le indicó que era respetado por sus iguales.

Al ver como movía

sus maravillosos labios, suspiró sin darse cuenta y levantó la vista hacia su recta nariz,

intentando llegar a ver de qué color tenía los ojos. —Aquí tiene su limonada, milady— dijo su

pretendiente colocándose delante. Ella se levantó de un salto e ignorándole pasó a su lado para

mirar tras él, pero no vio al hombre moreno. —¿Milady Ariel?

Se volvió sobresaltada y sonrió abiertamente— Oh disculpe, pero me pareció ver a una

conocida...

El joven sonrió —No se preocupe, milady. Lo entiendo. Aquí tiene su refresco.

Ariel sonriendo lo cogió como si le diera un precioso regalo y volvió a sentarse— Muy

amable.

—¿Me permitiría visitarla?

—Oh, por supuesto— dijo distraída mirando a su alrededor otra vez.—Estaré encantada.

—Un honor que me hace, milady. —dijo haciendo una reverencia. Cuando se agachó ante

ella, volvió a ver al hombre moreno, que en ese momento bebía de su copa de coñac. A Ariel le

tembló la mano al ver sus ojos negros durante un segundo. Su pretendiente se alejó para bailar

con otra y ella no pudo dejar de mirarle hablar con un hombre que debía tener su edad más o

menos. Ariel calculaba que debían rondar la treintena y suspiró decepcionada pensando que

estaría casado a esa edad. —Querida has visto algo que te ha impresionado ¿qué es?— preguntó

7

su prima con una pícara sonrisa tras su abanico abierto. Rodeadas de matronas había que ser

discretas, así que se acercó a su oído para susurrarle al oído. —Hay un caballero allí en frente—

su prima miró discretamente— Moreno, alto y fuerte, que habla con un hombre pelirrojo. Tienen

una copa de coñac en la mano.

Steffani mirando hacía donde le decía, entrecerró los ojos.— ¿El hombre que dices lleva

un anillo en su meñique con una piedra roja?

Ariel miró hacia él y cuando observó sus manos, sintió que su estómago daba un vuelco

al ver sus dedos. En el meñique como decía su prima llevaba un anillo— ¿Es un anillo de

mujer?— preguntó sorprendida.

Su prima apretó los labios— Olvídate de ese hombre ¿me oyes?

Su decepción fue terrible— Está casado.

—¡No!— su prima la miró a los ojos— Pero ese hombre no te conviene, sino quieres

acabar con un hombre como tu padre.

Ariel se llevó la mano al pecho sorprendida— ¿Por qué lo dices?

—Ya ha matado a dos esposas— respondió su prima acercándose a su oído—
El Marqués

de Sheringham no te conviene. Hazme caso.

El Marqués de Sheringham, pensó ella volviendo a mirarlo. Era Marqués. Su
padre lo

aprobaría. Se mordió el labio inferior— ¿Por qué crees que ha matado a sus
esposas?— preguntó

en voz baja.

—Es de dominio público, querida. Las dos se fueron a vivir a esa horrible
casa suya cerca

de Norwich y no volvieron. Y las dos con dos sustanciosas dotes.

Ariel no se podía creer que ese hombre hubiera matado a una mujer. Mucho
menos a dos.

Conocía a su padre y veía la maldad a la legua. Ese hombre no era malvado.
Él levantó la vista y

sus miradas se encontraron durante unos segundos. Ariel sonrió sin darse
cuenta y él frunció el

ceño antes de volver a mirar a su compañero de conversación. Ella lo sintió.
Ese era su hombre.

No lo había sentido con ninguno de los que había allí, pero con él sí. Tenía
que lograr que le

pidiera matrimonio.

Se volvió hacia su prima y le susurró.— ¿Lo conoces?

—No— respondió su prima molesta— Y no pienso presentártelo. No voy a
dejar que

acabes como tu madre.

Ariel se iba a levantar, cuando la matrona que tenía al lado la cogió por el brazo.

Sorprendida Ariel la miró. No la conocía y la mujer sonrió— No escuche los cotilleos, querida.

Lord Maximilian Kirkley es un hombre como los que ya no quedan. Sólo necesita amor en su

vida. Eso es todo.

Ariel confundida preguntó— ¿Lord Maximilian?

—El Marqués.

Ella se fijó en la mujer. Debía tener sesenta años, su cabello canoso estaba recogido en un

maravilloso recogido y su vestido escarlata decía que era una mujer de carácter.— ¿Le conoce?

La mujer sonrió— Es mi sobrino.

Ariel se sonrojó intensamente— Oh, lo siento. Yo...

—No te disculpes, querida. —entrecerró los ojos y se acercó para decirle al oído— ¿Sabes

lo que anhela mi sobrino más que nada?

—¿El que?— preguntó ansiosa.

La mujer la miró a los ojos. Unos ojos negros como los de su sobrino— Un heredero,

querida. Un heredero.

—Pero ha tenido dos esposas —dijo confundida— ¿Acaso no le han dado hijos?

8

La mujer sonrió— Ese es el problema. Las dos fallecieron en el parto.

Entonces Ariel entendió. Había perdido dos esposas y todo el mundo pensaba que las

había matado él.—Desafortunadamente ahora es casi un apestado para las debutantes que le

tienen miedo y él ha dicho que no se casará más.— la mujer se levantó sonriendo— A no ser que

una mujer lista le ofrezca lo único que quiere. ¿Eres lista, querida? —Ariel sonrió— Por cierto,

me llamo Elisa.

Ariel se levantó en el acto— Ariel— hizo una reverencia impecable y la miró a los ojos.

Su prima se puso a su lado —Ariel has conocido a la Duquesa de Wroughton.

Sorprendida miró a la mujer que sonrió —Sí, baronesa. Su prima es encantadora. Estaré

encantada de recibirlas para el té cuando quieran.

Su prima pareció impresionada— Gracias, Duquesa. Es un honor.

La duquesa se volvió dejándolas inquietas. Ariel miró a su prima— No mató a sus

esposas. Murieron en el parto.

Steffani entrecerró los ojos— Eso dice su tía, pero...

—Vamos Steff, son cuentos de viejas. Rumores malintencionados y lo sabes.

—Tiene una vida oscura en ese caserón que nadie conoce, pues nunca invita a nadie. Me

da miedo y con todos los hombres que hay aquí, no puedo entender como te has fijado en él.

Ariel volvió la vista hacia él. Estaba impresionante con su traje negro de noche y su

pañuelo al cuello impecablemente blanco. Era el hombre más atractivo que había visto en su vida

y si tenía una sola oportunidad de casarse con él, no la iba a desaprovechar. Y Elisa le había

insinuado que la tenía.

Se volvió hacia su prima y sonrió haciéndola gemir— No, tranquila. —dijo disimulando—

Tienes razón. Aquí hay muchos pretendientes que no tienen ese pasado.

Steffani suspiró aliviada y en ese momento llegó otro caballero que la invitó a bailar. Al

salir a la pista de baile, sonrió radiante a su pretendiente que la miró obnubilado. Ahora ya podía

relajarse, porque había encontrado lo que quería y habló tranquilamente con él durante el baile,

mientras de reojo no perdía de vista a Maximilian. Hubo un momento en que pasó a su lado y

sin darse cuenta le miró a los ojos. Él volvió a fruncir el entrecejo al verla y le dio la espalda.

Ariel no se dejó intimidar. Sabía por su tía que no quería casarse y era ella la que tenía que convencerle.

9

Capítulo 2

Cuando terminó el baile, su pretendiente la llevó de vuelta con su prima. Después de las

despedidas de rigor, vio como Maximilian se alejaba del grupo para ir hacia la terraza, que en

ese momento tenía las puertas abiertas para mitigar el calor que hacía en el salón. Su prima

estaba hablando con una de las matronas y no se enteró que ella había llegado, así que tenía

tiempo hasta que terminara el baile que acababa de empezar, antes de que se diera cuenta que no

estaba allí. Abanicándose como si tuviera mucho calor, se acercó a las puertas y al no verlo dio

un paso hacia el exterior. Era todo lo que podía salir estando a la vista y que no hubiera

murmuraciones. Él estaba apoyado de espaldas a ella en la balaustrada de piedra, mirando el

jardín mientras se fumaba un cigarro. Mordiéndose el labio inferior, miró hacia atrás y se decidió

a acercarse. Sus zapatillas de baile no hacían ruido sobre el suelo de piedra mientras caminaba

hacia él. Ariel muy nerviosa se apretaba las manos mirando su espalda, que se tensó cuando llegó

tras él. Se dio la vuelta lentamente y la miró a los ojos— Milady, no debería haber salido a la

terraza.

Ella sintió que le faltaba el aliento al oír su voz. Era profunda y algo ronca. Se sintió

maravillosamente al oírle hablar.

Max la miró de arriba abajo e hizo una mueca— ¿Tiene algo que decirme o piensa

mirarme toda la noche?

Ariel carraspeó sonrojándose— ¿Querría casarse conmigo?— preguntó en voz muy baja.

—Perdone ¿qué ha dicho?

Ella se pasó la lengua por su labio inferior muy nerviosa y miró hacia atrás por si se les

había acercado alguien. Al volver a mirarlo él parecía enfadado— ¡Termine de una vez!

—¿Querría casarse conmigo?— preguntó muerta de vergüenza.

Max dejó caer la quijada asombrado— ¿Tan desesperada está, para pedir matrimonio? ¿O

es una nueva moda que desconozco?—Ariel se mordió el labio inferior retorciéndose las

manos— Espere que sea el hombre quien se lo pida, milady.

—Tengo que casarme esta temporada y usted quiere un heredero. Yo se lo daré.

Esas palabras le pusieron furioso. La cogió por el brazo haciéndola bajar las escaleras,

escondiéndola tras un enorme seto y le siseó furioso— ¿Acaso sabe que puede darme un hijo? —

Ariel se sonrojó todavía más y dio gracias a que sólo había la luz de la luna.
— ¡Usted milady, no

puede asegurarme eso!

El desprecio de sus palabras la hicieron temblar y dijo atropelladamente— Lo haré. Le

juro que le daré un hijo.

Max la miró como si estuviera loca, para después entrecerrar los ojos mirando su pecho.

Después su mirada bajo por su cintura —Ya entiendo, intenta endilgarme el hijo de otro.

Ella jadeó indignada— ¡No es cierto!

10

Max dio un paso hacia ella y asustada dio un paso hacia atrás pegando su espalda a la

pared de piedra. Él la cogió por la nuca acercando su cara —Como me entere de que no eres

virgen, te mato.—Ariel abrió los ojos como platos.— ¿Sigues queriendo casarte conmigo?

—Sí— sin darse cuenta sus ojos bajaron hasta sus labios y Max con la mano libre abarcó

uno de sus pechos haciéndola chillar del susto.

—Shuss. Sólo quiero comprobar la mercancía antes de comprar.

Su mano bajó por su vientre plano y tocó su cadera hasta llegar a su trasero, que apretó

con fuerza haciéndola jadear. Ariel no se había sentido más viva en su vida mientras seguía

mirando sus ojos— ¿Me darás ese hijo?

—Sí.— susurró deseando que le dijera que la aceptaba.

—Como me defraudes lo vas a pagar...—dijo apretando su nuca. Su mano volvió hacia

su pecho y se lo apretó pegando su cadera a ella. Ariel sintió que se mareaba por todo lo que

estaba sintiendo y cerró los ojos. De repente la soltó y Ariel decepcionada le miró pegada a la

pared.— ¿Cómo te llamas?

Sonrojada se dio cuenta que se había dejado tocar por todo el cuerpo y no sabía ni su

nombre.— Lady Ariel Harbison— susurró.— Hija del Conde de Chippen—ham.

Max hizo un gesto de desprecio. Sabía que su padre no era apreciado por la buena

sociedad por su mal carácter y sus meteduras de pata. Sólo había que ver las invitaciones que

recibía que eran casi nulas y sólo de sus amigotes.— Tengo buena dote.— dijo atropelladamente

intentando que no la rechazara por eso. Se apartó de la pared y dio un paso hacia él— Lo haré

bien. Lo juro.

La volvió a mirar de arriba abajo— Más te vale.

Se giró y subió las escaleras dejándola allí sola. ¿Eso qué significaba? Nerviosa se pasó

las manos por su recogido esperando que no se lo hubiera estropeado demasiado y se ajustó el

corpiño del vestido.

Subió las escaleras tras él y antes de dejarse ver, comprobó en uno de los cristales de la

puerta que tenía buen aspecto. Entró en el salón sonriendo y fue lentamente hasta donde estaba

su prima que miraba de un lado a otro para encontrarla. Afortunadamente al

haber tanta gente era

difícil de encontrar. — ¿Steffani?

Su prima sobresaltada se dio la vuelta— ¿Dónde te habías metido?—
preguntó entre

dientes cogiéndola del brazo y empezando a caminar alrededor de la pista de
baile. Estaban a

medio camino de la terraza cuando Max apareció ante ellas e hizo una
reverencia. Ariel sonrió

sin poder evitarlo y su prima la miró con desconfianza— Baronesa, milady...

—Marqués...— ellas hicieron una reverencia y antes de incorporarse del
todo, Max la

había cogido de la mano y la llevaba hacia la pista de baile, ante la mirada
atónita de su prima.

—¿Qué hace?

—¿No le parecería un poco raro a tu prima, que fuera tu prometido sin haber
bailado

contigo primero?— preguntó molesto.

Ella sonrió radiante y Max gruñó— ¿Eso significa que sí?

—¿Le has pedido matrimonio a alguien más?—se sonrojó intensamente.—
¿Ariel?

—No, claro que no.— respondió sinceramente mirándolo a los ojos.

Max la pegó a ella de una manera totalmente indecente y Ariel se mordió el
labio

inferior— Nos están mirando— susurró nerviosa.

—Que miren. Van a cotillear igual— él la miraba fijamente y vio la cicatriz en su

pómulo. Todavía estaba sonrosada lo que indicaba que no tenía mucho tiempo.— ¿Quién te ha

hecho eso?

11

—Me caí.—dijo por costumbre. Max la miró a los ojos y se alejó algo de ella hasta una

distancia decente. Sintió miedo y le dijo la verdad.— Me pegó mi padre.

—¿Por qué?

Se mordió el labio inferior desviando la mirada. Su prima al borde de la pista se retorció

las manos, mientras varias matronas los miraban y cuchicheaban.—

Responde, Ariel. ¿Por qué?

Avergonzada susurró— Por no volver casada la temporada pasada.

—¿No temes que sea como tu padre?— preguntó fríamente haciéndola mirar sus ojos.

—No.

—¿Ah no?—preguntó divertido.

—Tú no eres así.—lo dijo tan convencida que Max entrecerró los ojos.

—No me conoces. No sabes como soy— dijo mirándola casi con odio— No seré un

marido amable. No quiero una esposa amorosa. Sólo quiero un heredero. Es lo único que quiero,

¿me entiendes?

—Sí— respondió temblando entre sus brazos.

—Si esperas que te ame o que sea agradable contigo, que tenga atenciones

hacia ti....

estás equivocada. Yo no soy así. Te usaré cuando quiera y cuando me des mi heredero, por mí

puedes irte al infierno.— Ariel sintió ganas de llorar al oír sus frías palabras, pero no se dejó

intimidar. Había tenido un maestro muy duro.— Dime si quieres seguir con esto.

—Sí— susurró ella mirando sus ojos negros.

Él apretó los labios sin dejar de observarla y en ese momento acabó la música
— No

quiero una gran boda. Ya he pasado por ese calvario dos veces. Nos casaremos enseguida.

Eso a ella le daba igual, así que no dijo nada— Mañana iré a ver a tu padre.— la acercó a

su prima que los esperaba impaciente e hizo una reverencia antes de darles la espalda

perdiéndose en la multitud.

—¿Qué ha pasado?— preguntó su prima cogiéndola del brazo mientras ella seguía

mirado por donde Max había desaparecido.

—Que me caso.

—¿Cómo dices?— su prima la miraba incrédula.

Ariel sonrió sintiéndose feliz.— Me voy a casar con él.

Abandonaron el baile inmediatamente, mientras su prima histérica intentaba

que entrara

en razón. Ariel no se molestaba en responder y Clifford simplemente las ignoraba.

Afortunadamente llegaron a casa y Ariel pudo subir a su habitación.

Maggie la estaba esperando sentada en la butaca ante el fuego—¿Cómo estáis aquí tan

pronto? ¿Tan mal ha ido?

Ariel de repente se echó a reír y contenta se acercó a Maggie abrazándola—
Lo he

encontrado, Maggie. Lo he encontrado y mañana le pediré matrimonio a padre.

Su amiga la cogió de los brazos para separarla y mirarla a la cara.— ¿Pero qué dices? ¿En

una noche?

Ella se lo contó todo mientras la desvestía. No omitió nada de lo que él le había dicho y

Maggie se preocupó.— No pongas esa cara. No es mal hombre.

—Eso no lo sabes. Alguien que te habla así de primeras, sabe Dios como se comporta

después.

—Prefiero que sea sincero desde el principio a que me diga piropos para luego

destrozarme la cara a golpes— respondió molesta metiéndose en la cama.

12

Maggie se sentó a su lado y le ató la lazada del camisón de debajo del cuello
— No todos

son así.

—Lo sé. Y puede que alguna vez me lleve un bofetón, pero no me dará una
paliza de

muerte. De eso estoy segura.

Maggie sonrió y le acarició sus rizos castaños que llegaban a su cintura.—
Estoy

preocupada por ti. Eso es todo.

—Padre no podrá negarse. Cumple todos los requisitos y es perfecto— sonrió
tumbándose

en la cama

—¿Es apuesto?

Ariel asintió— Tanto que me quita el aliento.

—Mi niña— dijo Maggie emocionada— Espero que tengas razón o sino
habrás metido la

pata y no tendrás escapatoria. El matrimonio es para toda la vida.

—No me he equivocado. Con él me siento viva.—la miró a los ojos— Nunca
me había

sentido así.

—Te estás enamorando, mi niña.

Ariel la miró asustada— ¡No puedo enamorarme de él! En cuando tenga al niño me

ignoraré para siempre.

—El tiempo lo dirá.— la besó en la frente y se levantó.— El tiempo nos dirá si tienes

razón.

Los días siguientes estuvo muy inquieta y no recibió a nadie, impaciente por si llegaban

noticias. Se pasaba las horas mirando por la ventana mientras su prima la observaba

desaprobando lo que había hecho. Y eso que no sabía nada. Sólo se lo imaginaba.

Después de cinco días llegó un carruaje y Ariel se sobresaltó porque no se esperaba que

Max fuera a verla sin tener antes noticias de su padre. Angustiada se miró su vestido que era muy

anticuado y corrió hacia el armario donde escogió un vestido de los nuevos. Era de tarde

amarillo, con preciosas flores blancas bordadas. Maggie abrió la puerta exclamando emocionada

— ¡Está aquí!

—Ayúdame a cambiarme— se giró y Maggie empezó a desabrocharla a toda prisa

mientras se miraba al espejo pellizcándose las mejillas y comprobando su peinado. Se bajó el

vestido y Maggie ya tenía el otro preparado. Metió las piernas en él muy nerviosa— ¿Ha dicho

algo?

—Trae una carta de tu padre que le ha dado al Barón en cuanto le abrieron la puerta.

Ariel sonrió de oreja a oreja— Entonces todo va bien.

—Dios te oiga, niña.— la abrochó a toda prisa y en cuanto terminó, salió corriendo hacia

la puerta.—Suerte, mi amor.

Se volvió con la mano en el pomo de la puerta— Te quiero.

Maggie emocionada asintió antes de decir— Y yo a ti.

Salió de la habitación y bajó sujetándose en la barandilla mientras que con la otra mano

recogía su falda. Cuando llegó al hall tomó aire antes de entrar en el salón. Allí estaba su prima y

su marido mirando con cara de pocos amigos a Max que los ignoraba mientras miraba por la

ventana con los brazos a la espalda. —Oh querida, ya estás aquí....— el tono de su prima indicaba

casi desesperación.

—Sí— respondió sin dejar de mirar a Maximilian, que en ese momento se giró para

mirarla. Ella sonrió tímidamente e hizo una reverencia —Marqués de Sheringham.

—Lady Ariel.— él inclinó la cabeza sin acercarse siquiera y Steffani lo fulminó con la

13

mirada.— ¿Nos dejan solos?

—Esto es intolerable— dijo Cliford enfadándose.

Max sonrió con ironía y miró al anfitrión— Puesto que ya es mía, puedo hacer con ella lo

que quiera, así que ¿nos dejan solos o me la tengo que llevar?

Indignados fueron hasta la puerta rojos de furia, pero antes de salir su prima se volvió y la

cogió del brazo.— Escúchame bien. No te cases con este hombre porque vas a sufrir, Ariel.

—Milady...— Max se acercó y cogió a Ariel del otro brazo pegándola a él—
Le

recuerdo que como ha leído su esposo hace unos minutos, es mía. ¡Su padre me la ha entregado y

ni usted, ni su marido tienen nada que decir en esto!

Ariel lo miró asombrada por su enfado e intentó mediar porque su prima era la única

familia que le importaba y no quería que se llevaran mal.

—¡Usted no la quiere! ¡No le importan sus sentimientos!— gritó su prima fuera de sí –

¡Pero yo la quiero y quiero que tenga el mejor matrimonio posible! ¡Y usted no será un buen

marido!

—Por favor, no discutáis— dijo Ariel muy nerviosa.

Los dos la ignoraron enfrentados— No se meta donde nadie la llama, milady.

—¡Steffani!— gritó Clifford muy agitado acercándose a su esposa y sujetándole de la

cintura— Vamos, esposa. Dejémoslos solos.

—¡No lo entiendes!— gritó su prima al borde de las lágrimas— ¡La tratará peor que su

padre!

—Eso es imposible, señora— dijo Max con desprecio.— ¡Y puesto que tanto la quiere,

bien podía haberla protegido un poco más sacándola de aquella casa!

Steffani se sonrojó y miró a Ariel como si ella la hubiera traicionado— ¿Tú le has dicho

eso?

Ariel abrió los ojos asombrada— ¡No, Steff! ¡Te juro que yo no pienso así!

Su prima se echó a llorar y salió corriendo del salón. Ariel dio un paso hacia ella, pero

Max la tenía todavía cogida del brazo— Déjame que...

—¡Ariel!

Se volvió a mirarlo a los ojos —No quiero que piense eso.

—¿Y por qué no, si es la verdad?— preguntó molesto— Si tanto le molestaba como te

trataba tu padre, te podía haber traído a vivir con ella. Por lo poco que he

conocido a tu padre, se

hubiera librado de ti rápidamente encantado.

Su crueldad la hizo palidecer y decidió callarse. Él apretó los labios antes de decir—

Siéntate de una maldita vez, que no tengo todo el día.

Ariel con las piernas temblorosas se sentó en el sofá mientras que él se quedaba de pie

observándola.— Tu padre me ha dado tu mano y está encantado de no celebrar la dichosa boda,

porque eso que se ahorra. — se quedó en silencio esperando su reacción, pero ella siguió

mirándolo como si nada le importara. Sólo la delataban sus ojos. La tristeza de sus ojos era

difícil de ocultar. —Tienes media hora para hacer una pequeña maleta de viaje, porque nos vamos

a mi finca ahora mismo. Tengo una licencia especial y allí nos casarán.

—¿Mi doncella?— preguntó intentando ocultar los nervios que sentía y el miedo a que le

negara a Maggie.

—Ella saldrá pasado mañana con mi valet, que vendrá a recogerla, y con el resto del

equipaje.

—¿Se puede preguntar por qué no esperamos para irnos todos a la vez?

Max la fulminó con la mirada— Porque lo digo yo.

14

—En casa de mi padre tengo cosas...

—El mayordomo... ¿Charles?— ella asintió— me dijo antes de salir que se encargará de

que te lo embalen todo y lo envíen a Sheringham Hall.— la miró fríamente –
Podría preguntarte

si te has arrepentido de tu propuesta, pero en la actualidad ya no importa.

Ella se mordió el interior de la mejilla intentando no llorar por su trato y se levantó

lentamente.— Será mejor que haga el equipaje.

Max entrecerró los ojos mirando su palidez— Ariel, ven aquí.

Dio dos pasos hacia él quedando muy cerca de su cuerpo. Mirando su corbatín

impecablemente anudado. Max chasqueó la lengua antes de cogerla por la barbilla y levantarle la

mirada. Su mano fue hasta el lóbulo de su oreja y acarició su cuello. Ariel sintió que se le ponía

la piel de gallina por su tacto— Recuerda tu promesa, Ariel.

—La recuerdo.— susurró mientras él bajaba su mano hasta su nuca.

—Bien, ahora te voy a besar.—ella perdió el aliento y bajó la mirada a sus labios. Max

sonrió irónicamente— ¿Te han besado alguna vez?

—No —susurró sintiendo que su corazón saltaba en su pecho.

Max bufó como si fuera un inconveniente y ella sin darse cuenta estiró el cuello hacia él.

Sorprendiéndola, con el otro brazo la cogió por la cintura pegándola a su cuerpo y ella colocó sus

manos sobre sus hombros. Él bajó la cabeza lentamente y Ariel sintió que su corazón latía

desbocado. Sentir el roce de sus labios fue como tocar el paraíso. Ariel apretó sus hombros

poniéndose de puntillas y Max profundizó el beso. Al sentir como acariciaba sus labios con su

lengua, Ariel abrió los ojos como platos y gimió sorprendida, hecho que él aprovechó para entrar

en su boca y cuando sintió sus caricias, cerró los ojos pensando que se desmayaría de placer.

Max se separó de ella e hizo una mueca dejándola confundida y algo mareada — El

equipaje, Ariel— le dijo con aburrimiento.

Ella se pasó la mano por la frente que le temblaba visiblemente —Sí, enseguida— susurró

yendo hacia la puerta. Miró hacia atrás sonriendo como una boba a su prometido, chocándose

con la mesilla de al lado de la puerta y tirando un jarrón. Afortunadamente lo cogió antes de que

cayera al suelo— Vaya.

—Ariel... date prisa.

—Sí, ya— rió tontamente dándose la vuelta y mirándolo bien.— Enseguida.

—Max

levantó una ceja sonrojándola y ella hizo una rápida reverencia antes de salir del salón casi

corriendo.

Llegó a su habitación y Maggie ya estaba haciendo la maleta. — ¿Lo has oído?

—Lo ha oído toda la casa, mi niña. ¡Qué hombre! ¡Me encanta!

Miró sorprendida a su tata. — ¿De veras?

—Es un hombre. —dijo señalándola con uno de sus botines —Y tiene razón en todo lo que

ha dicho a tu prima. ¡Si tanto te quería, debería haber hecho algo!

—Me ha dado pena por ella.

—¡Va! Venga niña, que tienes que ponerte el vestido de viaje— dijo señalando el vestido

de terciopelo verde que había sobre la cama.

Se cambió enseguida y se estaba poniendo el sombrero nuevo cuando Maggie cerró la

maleta de mano. —Estás preciosa. Esa modista tiene unas manos primorosas.

Se acercó para abrocharle uno de los botones de la chaquetilla estilo militar— Nunca nos

hemos separado— dijo Maggie reteniendo las lágrimas.

Ariel se dio cuenta que tenía razón. Siempre había estado a su lado, en los

buenos y en

los malos momentos. Emocionada le dijo— Nos veremos en unos días.

15

—Cuídate y haz caso en todo a tu marido.

Asintió y después sonrió— Todavía no es mi marido.

—Como si lo fuera.— la besó en la mejilla.— Vamos, no vaya a ser que se impaciente.

Cogió la maletita y la siguió al piso de abajo, donde su prometido esperaba caminando de

un lado a otro en el hall con el abrigo puesto. Miró hacia arriba y asintió como dándole el visto

bueno. Ariel sonrió mirando a su alrededor y se sintió decepcionada al no ver a su prima.—

¿Dónde está Steffani?

Su marido salió del salón en ese momento con una copa de coñac en la mano — Está

indispuesta, querida.

La decepción la embargó— Oh, voy a ver si se encuentra bien— dijo dándose la vuelta.

—¡Ariel!— se giró para mirar a Max que negó con la cabeza— Vamos, que se hace

tarde.

Ella miró a Maggie que le hizo un gesto hacia la salida y no tuvo más remedio que

volverse y bajar los dos escalones que le quedaban. Se acercó al marido de su

prima con una

triste sonrisa— ¿Puedes decirle algo de mi parte?

Clifford sonrió— Por supuesto, querida.

—Dile que la quiero y que yo no le reprocho nada. Al contrario.

—Se lo diré— dijo emocionado. —Cuídate y si necesitas algo...

Max se acercó a ella y la cogió del brazo tirando de ella— ¡Os escribiré!

El mayordomo abrió la puerta y salieron a la calle con Maggie detrás
llevándole la maleta

que entregó al cochero. Max la ayudó a subir al carruaje y desde la ventanilla
miró a Maggie que

se limpiaba una lágrima que corría por su mejilla. Ariel se despidió con la
mano cuando el coche

comenzó su camino.

Se apretó las manos cuando la perdió de vista y miró al frente donde Max la
observaba

con el ceño fruncido— Cuanto drama, cuando va a verte en unos días— dijo
con desprecio.

—Nunca nos habíamos separado— susurró desviando la mirada.

Su prometido chasqueó la lengua —Las debutantes siempre sois así.—él lo
sabría de sobra

cuando ese era su tercer matrimonio.— Tanto drama con la separación de la
familia. Al menos

contigo me ahorro todo el noviazgo y la ceremonia.

Ariel se tuvo que morder el labio inferior para no replicar que entonces no sabía a qué

venía tanta queja. Pero sabía que no debía hacerlo por la cuenta que le traía, así que simplemente

se le quedó mirando. Él sonrió con ironía— Tu padre te ha enseñado bien. Otra estaría

quejándose a todas horas.— la cara de Ariel estaba tallada en piedra y él entrecerró los ojos—

Me gusta el silencio, pero no cuando quiero que me hables— dijo molesto.

—Me da la sensación que estás intentando provocarme para que te replique y sé que eso

trae consecuencias.

Max se molestó— Nunca te pegaría porque tu respuesta no me agradara.

Eso la sorprendió— ¿Ah no?

Su prometido la cogió de la muñeca sorprendiéndola y acercándola a él de un tirón— No,

sólo lo haría si no cumplieras con lo que me has prometido.

Ella levantó la barbilla— Yo siempre cumplo mis promesas. Sino no las hago.

Para su sorpresa, su prometido sonrió y la soltó de golpe. Después de varios minutos en

silencio, ella le miró de reojo. Había cerrado los ojos y ella lo miró más abiertamente. Se dio

cuenta que tenía aspecto cansado. Debía haber sido por el viaje de ida y vuelta a ver a su padre.

Su vista fue desde su pelo negro cuyas puntas rozaban el cuello de su gabán y fue bajando por su

recta nariz hasta llegar a sus finos labios. La respiración de Ariel se alteró al recordar el

16

maravilloso beso que le había dado y se preguntó si sus relaciones serían igual de placenteras.

Todo lo que sabía sobre ello se lo había contado Maggie y no es que supiera mucho, pues nunca

lo había practicado. Su tata era la hija mayor de un mayordomo e iba a ser maestra pero su madre

murió. Por esa causa tuvo que ponerse a trabajar para enviar dinero a casa. Así fue como fue a

parar a la casa de su padre, para cuidarla a ella en cuanto naciera. Nunca había tenido novio y era

demasiado decente para hacerle caso a un hombre que no fuera con buenas intenciones, así que

nunca se había casado. Lo que le había contado a Ariel era que el hombre entraba en la mujer

dejando su semilla para embarazarla. Se sonrojó pensando en ello. No era tonta. Era de campo y

había visto como se apareaban los animales. Así que suponía que entre ellos sería más o menos

igual. Lo único que esperaba era que no le doliera demasiado. A veces parecía que las hembras

sufrían. De eso Maggie no le había comentado nada.

Siguió bajando la vista por su cuadrada barbilla y llegó hasta el nudo de su pañuelo

negro. Llevaba un chaleco negro debajo de una chaqueta marrón con cuello negro en las solapas

y unos pantalones beige. Tragó saliva cuando la vista se le fue sin querer a esos muslos pues la

fortaleza de sus piernas era más que evidente. Una de sus manos descansaba sobre su muslo

derecho. Se fijó en sus largos dedos y le llamó la atención el anillo que llevaba en su dedo

meñique. De oro con un rubí en el centro, era precioso. No era el simple sello que llevaban casi

todos los hombres. Parecía un anillo de mujer, pues el aro era más fino que los de varón. Sí,

pensó ella mirándolo fijamente. Ese era el anillo de una mujer. Ariel entrecerró los ojos

mirándolo. Una mujer muy especial, si lo llevaba sin importarle lo que pensara la gente.

Cavilando sobre ello se dio cuenta que le molestaba que él llevara el anillo de otra mujer. Si iba a

ser su marido no debería hacerlo, a no ser que fuera de su madre. En realidad no le conocía de

nada. Sólo había intercambiado unas palabras con él y no sabía nada de su vida. Se revolvió

inquieta pensando si habría cometido un error.

Le volvió a mirar y se sobresaltó al ver que tenía los ojos abiertos. La observaba

fijamente como lo había hecho ella antes y se sonrojó intensamente cuando

sus ojos negros

pasaron por sus labios bajando por su fino cuello hasta llegar a su pecho. —
¿Cuántos años tienes?

—Diecinueve— respondió suavemente.

Él hizo una mueca —Diecinueve que...

—Diecinueve años, milord.

—No me llames, milord— respondió molesto.— Llámame esposo, marido o
Max, pero

no me llames milord como si fuera uno cualquiera.

—Sí, mil...— se mordió la lengua antes de continuar— Max.

Volvió a mirar sus ojos azules e hizo un bufido— No sé qué voy a hacer
contigo. No

quería una esposa. Más me valía haber tenido un bastardo y reconocerlo.

Ariel no sabía qué decir y se apretó las manos nerviosa de que se arrepintiera
antes de

casarse. Aún no eran marido y mujer, así que podía devolverla. Aunque se
arriesgaría a que su

padre o su hermano se batieran con él por su honor. Cosa que dudaba mucho.
Él sonrió irónico al

darse cuenta de sus pensamientos. —Tranquila, me he comprometido contigo
y yo también

cumplo mis promesas.

—Me alegra oírlo— susurró mirando a la ventanilla. Ya habían salido de
Londres y el

camino empezaba a bachear. — ¿Está muy lejos tu finca?

—A dos días de camino. Te gustará.— dijo él extendiendo las piernas y cruzando los

tobillos poniéndose cómodo.— ¿Montas?

Ella se volvió y sonrió radiante.— Me gusta mucho.

—Entonces allí podrás disfrutar de tus paseos a caballo.— respondió indiferente. Ariel se

17

decepcionó un poco porque no había dicho que la acompañaría. —Allí tienes monturas de sobra.

—¿Tu caballeriza es grande?

—La más grande de la zona con los mejores ejemplares del país.

Ella abrió los ojos asombrada— ¿De veras? ¿Crías caballos?

Él asintió divertido.—Tendrás el que elijas. No ese bayo que montabas en tu casa.

A Ariel le brillaron los ojos pues nunca había tenido un buen caballo. Esos eran para su

padre y su hermano. Lucinda, que era su yegua, era vieja y no muy rápida. Siempre había

querido tener un buen caballo, pero su padre no se hubiera gastado el dinero en ella ni aunque se

lo hubiera pedido la mismísima Reina.— ¿Podré elegir el que quiera?

—Mientras no escojas el mío— respondió como si le diera igual— A Zeus sólo lo monto

yo.

Emocionada preguntó— ¿Y podrá ponerle el nombre que quiera?

Max alzó una ceja como si esa conversación le aburriera— Como quieras...

Se mordió su grueso labio inferior intentando esconder su alegría. No estaba acostumbrada a demostrar sus sentimientos en público, pues si su padre veía

que algo le daba

placer se lo quitaba de inmediato. Sólo con Maggie podía mostrarse como era realmente. —

¿Cómo es tu finca?

—Grande.—respondió seco.

Como se dio cuenta de que ya no quería hablar, permaneció callada mirando por la

ventanilla. Hacía frío pues todavía no había llegado la primavera, aunque ya estaban en marzo.

Estaba empezando a lloviznar y pese al grueso vestido de terciopelo que llevaba, sus pies se

estaban quedando fríos dentro de sus botines. No quería decir nada pues Max le replicaría que

era una quejica, así que permaneció en silencio apretándose las manos.

18

Capítulo 3

Después de varios minutos, el traqueteo del carruaje y la vista monótona la amodorraron

un poco. Sin darse cuenta su espalda se relajó en el respaldo del asiento y apoyó la cabeza en el

lateral del carruaje mientras sus párpados se cerraban. Al molestarle el sombrero se lo quitó sin

abrir los ojos, tirándolo sobre el asiento a su lado, sin darse cuenta que se le soltaba el cabello,

cayendo sobre su hombro su larga melena de rizos castaños. Pese a que el carruaje iba deprisa y

se balanceaba continuamente, se quedó dormida después de varios días en los que prácticamente

no había descansado, nerviosa por la llegada de Max.

Un salto en su asiento la despertó de golpe y gritó cuando Max se lanzó sobre ella,

tirándola sobre el asiento. Ella se aferró a su cintura cuando el carruaje se ladeó a la derecha

cayendo de costado provocando que rodaran cayendo sobre la puerta—
¡Max!—gritó mirando a

su prometido que había caído de espaldas sobre la puerta con ella encima. Nerviosa levantó la

cabeza para verle la cara, mientras el carruaje se iba deteniendo. — ¿Estás

bien?— preguntó ella

temiendo que se hubiera clavado un cristal de la ventanilla de la puerta.—
¿Te has cortado?

—Estoy bien— respondió furioso.—Ese idiota me va a oír. ¿Tú estás bien?

—Sí.— le miró bien porque no se fiaba de que le hubiera dicho la verdad.

—¡Milord!— gritó alguien desde fuera— ¿Están bien?

—¡Curtis, abre la otra puerta!— gritó su prometido furioso. La miró a los
ojos— ¿Te

levantas de encima?

Sonrojada se dio cuenta que seguía tirada sobre él y rápidamente se alejó
apoyando una

mano al lado de su cabeza sin pensar en los cristales. Se mordió el labio
inferior al clavarse uno

en la palma de la mano y apoyándose con la otra en el asiento, se levantó con
cuidado de no

pisarlo mientras un lacayo abría la otra puerta —¿Están bien?

—Sí —respondió su novio molesto— ¡Sacar a mi prometida del coche!

Ella con las piernas abiertas a cada lado de su cuerpo estiró la mano sana para
que el

lacayo la cogiera. Max la cogió por cada pantorrilla y Ariel miró sin querer
hacia abajo para ver

una maliciosa mirada de su novio. Las manos subieron hasta el interior de sus
rodillas y Ariel

miró al lacayo sintiendo que le daba un vuelco al corazón cuando los dedos

de su novio rozaron

los bordes de sus medias tocando su piel. El lacayo la levantó y cuando el cochero la cogió del

otro brazo suspiró de alivio al dejar se sentir su tacto. Con cuidado la dejaron en el suelo sobre

un charco mojando sus botines. Saltó del charco y se miró la mano. Jurando por lo bajo vio que

el cristal era bastante grueso. — ¿Te has cortado?— el gritó de Max tras ella la sobresaltó y

escondió la mano tras su espalda como si hubiera hecho algo malo. Furioso su prometido le

cogió el brazo con fuerza y sacándoselo de detrás de la espalda, le cogió la muñeca— Abre la

mano— estaba muy enfadado y ella la abrió lentamente. — ¡Te pregunté si estabas bien!— le

gritó a la cara haciéndola palidecer— Como me vuelvas a mentir lo vas a pagar ¿me oyes?

Ella asintió con la mirada baja y Max juró por lo bajo sacándose un pañuelo de su bolsillo

19

interior. Le quitó el cristal haciéndole daño, aunque ella no lo demostró en ningún momento. Su

herida empezó a sangrar y Max la apretó – ¿Sientes que queda algún resto?

Ella intentando retener las lágrimas negó con la cabeza – ¿Ariel?— él le levantó la

barbilla bruscamente y al ver sus ojos, entrecerró los suyos. – ¿Sientes algún resto?

—No.

Max apretó los labios antes de envolver su mano con el pañuelo impecablemente blanco.

Se lo ató alrededor de su palma y en cuanto terminó, sin mirarla se dio la vuelta para ver lo que

hacían sus lacayos.— ¡Se ha roto la rueda derecha trasera, milord!— gritó el cochero— ¡Por eso

hemos volcado!

Mientras Max pegaba gritos sobre su manera de conducir, Ariel miró los caballos que

parecía que estaban bien, aunque muy inquietos. Ignorando la llovizna, se acercó a ellos y con la

mano sana levantada se acercó lentamente para no asustarlos más. Le acarició el morro al más

inquieto, que al principio cabeceó asustado, pero después de un par de caricias, se relajó

visiblemente— Menudo susto ¿verdad bonito?— le susurró para que se acostumbrara a su voz.—

Enseguida os vamos a soltar. —le acarició entre los ojos y el caballo dio un paso hacia ella —No,

no te muevas.— le acarició el cuello y miró al otro —¿Y tú qué? ¿También quieres caricias? Sólo

tengo una mano— no quería acariciarles con la otra, pues podían oler la sangre y ponerse

nerviosos otra vez. Así que para acariciarlos tuvo que turnar la sana, mientras los hombres

decidían qué hacer. El lacayo, el cochero y Max la ignoraban mientras ella seguía hablando con

los caballos.— Ahora os voy a soltar—dijo mirando los amarres. Se metió entre los dos caballos,

que le hicieron espacio mansamente mientras ella les acariciaba el lomo y ni corta, ni perezosa,

quitó los enganches al carruaje. Cuando terminó volvió a pasar entre los caballos agachándose

entre sus cabezas y les cogió por los bocados. La siguieron lentamente, mientras ella seguía

hablándoles sobre como enseguida continuarían camino para llegar a casa y después de atarles

las riendas en un árbol, se volvió para ver como los tres hombres la miraban asombrados. —

¿Ocurre algo?— preguntó sonrojándose.

—Milady tiene mano con los caballos— dijo el cochero con admiración.

—¡Ariel! ¡Te estás mojando!— gritó su novio como si fuera un delito.

—Sí— respondió confusa.

—¡Resguárdate, mujer! ¿Es que no tienes sentido común?

El cochero lo miró con el ceño fruncido, pero lo disimuló rápidamente.—Me acercaré al

pueblo— dijo el lacayo cambiando de tema mirándola preocupado.

—Sí, James. Vete a buscar ayuda— dijo el cochero molesto.— Milady cogerá frío.

El lacayo salió corriendo y Max se volvió caminando hacia ella con paso firme mientras

se quitaba el gabán. Al ver lo que iba a hacer dio un paso atrás— No hace falta.

—Estás helada— dijo entre dientes como si fuera culpa suya mientras la cubría con su

gabán mirándola con su ceño fruncido.— Ahora quédate bajo este árbol y no te muevas.

El cochero estaba recogiendo el equipaje, que había caído del pescante hasta la cuneta. Al

ver que su maleta se había abierto, ignoró a su prometido y salió corriendo hacia el cochero. —Lo

siento, milady— dijo el hombre sonrojado al ver su ropa interior.

—No te preocupes, Curtis— dijo agachándose revisando su equipaje. Le dio un vuelco el

corazón cuando no encontró su cepillo de plata. El cepillo de su madre. Era lo único que había

conservado de ella, excepto su tocador de tres cuerpos que su padre en un alarde de generosidad

le había llevado a su habitación regalándoselo. Todo lo demás había desaparecido. Las joyas, los

vestidos seguramente habían sido regalados a las amantes de su padre. Nerviosa miró a su

alrededor y bajó a la cuneta – ¿Qué haces, mujer? ¡Te vas a llenar de barro!

20

—Mi cepillo— nerviosa apartó su pelo mojado mirando entre la maleza.

—¡Deja el maldito cepillo!

—¡No!—gritó ella por primera vez desde que lo conociera. Max la miró asombrado y

furioso se acercó a ella a toda prisa, mientras Ariel apartaba la maleza con el botín que ya estaba

sucio de barro para buscar el cepillo.

Se acercó y la cogió del brazo tirando de ella – ¡Tengo que encontrarlo!

—Yo lo buscaré, milady— dijo el cochero preocupado por ella.

Que fuera tan amable con ella cuando no la conocía la emocionó. – ¿De verdad?— sus

ojos se llenaron de lágrimas— Gracias, era de mi madre.

—Yo se lo encontraré, milady— dijo el hombre como si fuera la tarea más importante del

mundo.

Max la llevó hasta donde estaba antes bajo el árbol al lado de los caballos—
No te

muevas de aquí.— siseó furioso. Le vio ir hacia donde estaba el cochero, que continuaba

buscando entre la maleza. Nerviosa ni se dio cuenta que una lágrima estaba cayendo por su

mejilla mientras estiraba el cuello al verlo agacharse. Maximilian le dijo algo al cochero que

buscó por la derecha mientras él lo hacía por la izquierda. Al ver que su prometido también

buscaba, sintió que algo nacía en su pecho. Su padre y su hermano no se hubieran molestado en

hacerlo. Se hubieran resguardado del agua, ignorando su pena.

Al darse cuenta que no lo encontraban se mordió el labio inferior. Max la miró sobre su

hombro— Ariel, aquí no está.

—¿Está segura que estaba en la maleta, milady?

—Lo metí yo misma— respondió dejando caer sus hombros.

Al ver su decepción siguieron buscando más lejos y hubo un momento que Max se

detuvo en seco. Sorprendido miró hacia abajo y se agachó lentamente levantando el pie. Ariel

gimió al darse cuenta de lo que había pasado. Había pisado el cepillo y con lo grande que era, no

esperaba que siguiera entero. Cuando levantó el cepillo lleno de barro se apretó las manos

intentando evitar llorar al ver el mango doblado.—Ariel, lo siento— dijo él acercándose a ella

por la vereda del camino.

Ella forzó una sonrisa— No pasa nada.—su prometido parecía incómodo, mientras el

cochero lo miraba como si le hubiera decepcionado.—De verdad, no pasa nada. Seguro que tiene

arreglo.

—Haré que lo dejen como nuevo. —dijo entregándoselo. Ella lo cogió con amor aunque

estaba lleno de barro, lo que indicaba claramente cuanto apreciaba aquel objeto.

—No tienes por qué.— apartó el barro y él sorprendido vio como se agachaba y abría la

maleta que tenía a su lado. Sacó un calzón y lo limpió todo lo que pudo. Disimuló su disgusto

mientras frotaba el cepillo, que no terminaba de quedarse limpio y habría que lavarlo, hasta que

sorprendida vio como el cepillo desaparecía de sus manos. Miró hacia arriba y vio que Max

estaba furioso— ¡Déjalo de una maldita vez!—tiró el cepillo dentro de la maleta de mala manera

y Ariel se encogió sin darse cuenta.

Su prometido entrecerró los ojos viéndola levantarse lentamente mirando al suelo,

esperando a que le pegara un tortazo por tanto drama. Se acercó a ella y Ariel se tensó. Cuando

la cogió suavemente por la barbilla para mirar sus ojos, lo miró sorprendida — He dicho que lo

arreglaré y quedará como nuevo.—sus ojos se volvieron a llenar de lágrimas y asintió sin sentirse

capaz de hablar— No quiero que llores más por eso.

Unas voces al final del camino les hicieron volverse y Max dejó caer la mano caminando

hacia el grupo de hombres que se acercaba a toda prisa en un carro. James bajó del carro de un

21

salto— Ya estoy aquí, milord— dijo el muchacho sonriendo de oreja a oreja. James la miró

desde su posición— Milady, si quiere pueden llevarla a la posada del pueblo mientras nosotros

arreglamos el carruaje.

—Mi prometida se queda aquí— dijo Max fulminándolo con la mirada.

El lacayo se sonrojó intensamente— Sí, Marqués.

Ariel sonrió en agradecimiento y Max la vio por encima del hombro mientras estaba

dando órdenes para enderezar el carruaje. La fulminó con la mirada mientras el lacayo la miraba

atontado como si fuera una diosa — ¡Ariel!

Sobresaltada miró a su prometido perdiendo la sonrisa— ¿Si?

—¡Tápate!

Confusa cogió las solapas de su gabán y se lo cerró bien.

Al cabo de unos minutos todos estaban en el lateral del carruaje agachados para

levantarlo. Era pesado, pero lo consiguieron en el primer intento. Admirada vio como su

prometido ayudaba como los demás, cuando otro de su posición no lo hubiera hecho. Además

ver como sus músculos se expandían por el esfuerzo bajo su chaqueta, hizo que se mordiera el

labio inferior sintiendo un calor en el estómago que la hizo sentirse muy bien.

Ariel sonrió radiante cuando lo enderezaron y varios se la quedaron mirando.
— ¡Ariel!—

le gritó su prometido volviendo a sobresaltarla.

—¿Sí?

—¡Entra en el coche de una maldita vez!— Max se acercaba a ella a toda prisa.

—Pero sino habéis cambiado la rueda.

Él la cogió del brazo y dijo entre dientes —Entra en el maldito carruaje— susurró muy

enfadado.

No sabía lo que había hecho ahora, pero no quería enfadarlo más, así que se dejó llevar.

Abrió la puerta intacta y la cogió por la cintura metiéndola dentro a toda prisa. Ella se quitó el

gabán — Toma, no te mojes.

—Ya estoy mojado— dijo entre dientes — ¡Tápate!

Ella sin querer levantó una ceja interrogante y Max se acercó cogiéndola por la nuca,

besándola con fuerza, haciéndole daño en los labios. Ella se intentó apartar y cuando la soltó,

cayó sobre el asiento del impulso— Siéntate ahí y no te muevas— dijo antes

de dar un portazo

cerrando la portezuela. Algo molesta se cubrió con el gabán como si fuera una manta y esperó.

Estaba algo ladeada, así que se sentó con la espalda pegada a la pared mirando hacia la zona más

baja del carruaje. La movieron un poco, seguramente para quitar la rueda rota. No sabía que

hacía allí sentada porque o tenían una rueda igual en aquella aldea, cosa que era muy improbable

o tenían que arreglar aquella. Y para eso tenían que ir hasta la aldea a pasar la noche. La

respuesta no tardó en llegar pues se abrió la puerta del carruaje y Max le hizo un gesto—Vamos

al pueblo.

Se quitó el gabán de encima y bajó del asiento. Max la cogió de la cintura para salir y la

dejó en el suelo cogiendo el gabán de sus manos y colocándoselo sobre los hombros otra vez.—

Te he dicho que te tapes. Sólo me faltaba aguantar a una novia enferma.

Ariel apretó los labios mientras la llevaba hacia el carro, donde ya habían colocado la

rueda rota. Max la subió al pescante, donde su cochero los estaba esperando ya allí sentado. Max

se subió a su lado y Ariel tuvo que apretarse entre los dos. El cochero algo avergonzado se

movió en el asiento pero aún así, ella estaba allí muy incómoda entre los dos.
Max al darse

cuenta la cogió de la cintura y la sentó sobre su regazo de malos modos. Se
sonrojó intensamente

mientras la sujetaba con una mano por su cintura y con la otra por el muslo
para que no se le

22

resbalara. Los hombres se subieron detrás, mientras que ella no sabía donde colocar las manos.

Sin saber donde poner los ojos decidió mirar al frente y al pasar por un bache se agarró sin darse

cuenta al brazo de Max que estaba ante ella. La mano de Max apretó su muslo y ella perdió el

aliento. La mano de su cintura la apretó a él y Ariel sintió algo debajo de su muslo que la

inquietó un poco. Nerviosa se removió un poco y Max volvió a apretar su cintura deteniéndola—

Estate quieta— dijo entre dientes.

Ella le miró y cuando su prometido la fulminó con la mirada, desvió los ojos

avergonzada. La mano de su muslo subió más arriba, hasta el borde de su trasero que apretó

haciéndola morderse el labio inferior, mientras su corazón empezó a latir con más fuerza. El

bulto sobre el que estaba sentada se endureció y Ariel se mordió el labio más fuerte, apretando

sin darse cuenta el brazo de Max que no había soltado.

Ariel suspiró de alivio al ver la aldea. Y cuando llegaron Max les dio órdenes a sus

empleados mientras soltaba a Ariel, que se quedó de pie en el pescante esperando a que Max

saltaba del carro. Él la miró a los ojos levantando los brazos y Ariel se sujetó a sus hombros

mientras la bajaba. En cuanto la puso en el suelo, la cogió por la muñeca y tiró de ella hacia la

posada donde un hombre gordo y una mujer con delantal blanco los esperaban.— Ya nos hemos

enterado, milord.

—Una habitación. Mi esposa está cansada— dijo entre dientes.

El hombre con una enorme barriga asintió moviendo su papada— Por supuesto. La mejor

habitación para los Marqueses.

Max la sujetó por la cintura mientras seguían al hombre por una escalera que los llevó al

piso superior. El hombre abrió una puerta —El fuego está encendido, milord. ¿Quiere agua

caliente para un baño, milady?

—Déjenos solos— dijo empujándola por la cintura para que entrara. El dueño de la

posada cerró la puerta inmediatamente. Nerviosa al estar a solas con él, se quedó allí de pie con

el gabán cubriéndola. Max la miró como si estuviera enfadado con ella — Quería esperar— dijo

molesto. Ariel, sin saber de lo que hablaba, le vio acercarse.

—¿He hecho algo malo?

Él apretó los labios y ante ella se quitó la chaqueta mojada. —Has hecho algo que vas a

remediar.

—¿Qué es?

Max la cogió en brazos haciéndola chillar del susto y la tiró sobre la cama de golpe. Su

falda se levantó dejando ver sus piernas cubiertas por las medias y las calzas, así que intentó

bajársela, pero se quedó sin aliento al ver que su prometido se colocaba ante ella mientras se

bajaba los pantalones. Ariel chilló sorprendida cuando vio como caían al suelo dejando su

miembro al aire y cerró los ojos totalmente sonrojada. Cuando sintió sus manos sobre su vientre

deshaciendo el nudo de sus calzones, volvió a abrirlos y preguntó en un susurro—¿Qué haces?

—¿Tú qué crees?— su voz ronca le puso los pelos de punta y mirando sus manos vio

como le bajaba los calzones sacándoselos por las piernas. Totalmente avergonzada, pues sólo la

había visto desnuda Maggie, intentó cubrirse bajando su falda, pero Max se lo impidió abriendo

sus piernas, haciéndola chillar otra vez. La miró mientras se tumbaba entre sus piernas

apoyándose en sus antebrazos. Abrió la boca perdiendo el aliento cuando sintió su sexo rozando

el suyo.—Relájate— dijo él antes de entrar en ella de un solo empujón.

Ariel gritó de dolor arqueando su cuello hacia atrás porque no se lo esperaba
— Relájate

porque sino te va a doler —le susurró antes de volver a moverse en su interior.
Totalmente tensa

se dio cuenta que no dolía como la primera vez y se empezó a relajar
mientras Max seguía

23

empujando en ella con la respiración agitada. Ella le miró y parecía que estaba sufriendo.—

¿Estás bien?— preguntó preocupada.

Max acercó su boca a la suya y la besó en el labio inferior antes de gemir temblando

sobre ella. Asustada le cogió por debajo de las axilas hasta que se tumbó boca arriba a su lado

cubriéndose los ojos con una mano. Estaba agitado y su frente estaba sudorosa— ¿Pido que

llamen al médico?— preguntó bajándose la falda y encogiendo las piernas para arrodillarse a su

lado.

Su novio apartó las manos de sus ojos y la miró levantando las cejas— ¿Tú estás bien?—

Ariel se sonrojó – ¿Te he hecho daño?

—Me ha dolido.

Él le cogió un mechón de su pelo y parecía algo avergonzado— Tu primera vez tiene que

doler.

—Ah.— se dio cuenta que ya respiraba mejor y sonrió— ¿Y después no?

Max gruñó y se levantó furioso. No sabía qué le había enfadado, así que se quedó

arrodillada en la cama con la vista en la colcha para no verlo desnudo. Le daba algo de

vergüenza mirarlo y después de lo que había pasado entre ellos todavía más.
— Haré que te

envíen agua para un baño.— dijo él dándole la espalda.

—Gracias.— susurró ella mirando su venda que no sólo estaba sucia, sino llena de

sangre.

—¡Deja de hacer eso!— le gritó furioso.

—¿El qué?

—¡Comportarte como un perro apaleado!

Su prometido fue hasta la puerta y salió sin mirarla dando un portazo. Ariel se mordió el

labio inferior mirando la puerta. ¿En serio hacía eso? Un perro apaleado siempre tenía miedo a lo

extraños, pero cuando alguien conseguía darle una caricia era el más agradecido. ¿Ella hacía eso?

Puede que sí, pero no iba a cambiar de la noche a la mañana. Intentaría ser más abierta a él y

relajarse algo más. Así no le dolería tanto hacer el amor y él estaría contento.

Se quedó allí sentada esperando el agua para asearse. Unos minutos después llamaron a la

puerta.

—Adelante.

La mujer que estaba en la puerta cuando llegaron, entró en la habitación con un cubo de

agua— Milady, le traigo un baño.

—Gracias.— bajó las piernas de la cama mientras la mujer entraba con una chica de unos

doce años tras ella. La chica y la mujer después de dejar sus cubos, salieron fuera para entrar una

bañera de madera. Era algo rústica, pero a Ariel le daba igual con tal de bañarse. Echaron

rápidamente el agua en la bañera y ella se puso de pie quitándose la chaquetilla.— Le

importaría...

La mujer se acercó— Por supuesto, milady. La ayudaré a desvestirse.

Le desabrochó rápidamente la espalda y la ayudó a quitárselo— Se lo limpiaré, milady –

dijo la mujer mirando los bajos totalmente mojados.

—Gracias— susurró dándole la espalda. La mujer le tendió el vestido a la niña que lo

cogió con adoración. Ella sonrió al verla acariciar la tela— ¿Te gusta?

La niña la miró con sus ojitos marrones tímidamente, mientras la mujer le desbrochaba el

corsé— Es precioso, milady.

Ariel sonrió por encima del hombro a la mujer— ¿Es hija suya?

—Sobrina, milady.— respondió la mujer sonriendo.—Mi hermana murió

hace tres meses

24

y ha venido a vivir con nosotros. Es muy buena.

Miró a la niña que perdió el brillo de su mirada al hablar de la muerte de su madre y

sintió pena por ella. —Siento lo de tu madre.

—Gracias, milady.

En ese momento llamaron a la puerta y la niña fue hasta allí, abriendo una pequeña

rendija. Fue hasta la silla y dejó el vestido antes de alargar los brazos y coger la maleta de Ariel.

Alguien empujó otra maleta dentro y cerró la puerta. Ariel sonrió liberándose del corsé y cuando

la mujer se lo quitó, avanzó hasta su maleta mirando a la niña que volvía a recoger su vestido—

¿Cómo te llamas?

Sorprendida, la niña la miró y después miró a su tía que asintió— Carla, milady.

—Que nombre más bonito— Ariel abrió su maleta y rebuscó dentro. Esperaba que

todavía estuviera allí porque después de haber perdido el cepillo, podía haberlo extraviado.

Cuando lo tocó con los dedos sonrió. Sacó ante los ojos de la niña un pequeño frasco de perfume.

Era un aroma muy suave y para una niña era perfecto.— Toma, te lo regalo.

Al niña abrió la boca asombrada y su tía jadeó llevándose una mano al pecho, viendo el

frasquito de cristal tallado— Milady, no puedo dejar que lo acepte...

Ariel miró con una sonrisa a la mujer interrumpiéndola— Yo no conocí a mi madre, pero

estoy segura que si la acabara de perder estaría muy triste.—la niña asintió— Pues quiero que

cuando te sientas triste, recuerdes que la vida puede darte sorpresas maravillosas.

La niña alargó la mano y lo cogió como si fuera la joya más preciosa del mundo—

Quiero que cuando lo veas, aunque se te haya acabado la esencia, te acuerdes de mis palabras.

¿Lo prometes?

—Sí, milady. Gracias, es lo más bonito que he tenido nunca.— susurró echando un

vistazo a su tía que las miraba emocionada.

—De nada, preciosa— se enderezó sonriendo.

La mujer le hizo una reverencia— Gracias, marquesa.

—No es nada. ¿Cómo te llamas tú?

—Mary, milady.

—Cuídela bien, Mary— dijo yendo hacia la bañera.— Ella sí que es un tesoro.

—Lo sé, milady. —le indicó con la cabeza a la niña que saliera.

La dejaron sola y ella terminó de desvestirse. Al dejar caer las enaguas se asustó al ver la

sangre. Las levantó y vio que las había manchado bastante. Se mordió el labio inferior. ¿Le

habría hecho daño Max dentro de su cuerpo? Le había dolido bastante. Nerviosa terminó de

desvestirse, cogió sus cosas de aseo y se metió en la bañera. Después de enjabonarse con su

jabón con olor a lavanda, se lavó la cabeza. Suspiró antes de meter la cabeza en el agua para

aclarársela, afortunadamente la bañera era lo bastante grande. Estaba bajo el agua quitando el

jabón de su pelo, cuando una mano entró en el agua cogiéndola de su cintura. Ariel gritó dentro

del agua del susto, mientras la mano la levantaba hasta sentarla en la bañera. Al ver a Max ante

ella mirándola furioso preguntó—¿Qué haces? ¿Estás loco?

Él entrecerró los ojos—¿Qué hacías tú?

—Bañarme ¿qué iba a hacer sino?

Max apretó los labios incorporándose y poniendo los brazos en jarras. Entonces Ariel se

dio cuenta que creía que se estaba ahogando a propósito.— ¿Creías que me quería matar?

—Sería problema tuyo— respondió indiferente empezando a quitarse la

chaqueta.

Esas palabras le hicieron daño. Que le fuera indiferente que desapareciera de su vida le

dolía, pero hizo todo lo posible para disimularlo diciendo suavemente— Es conmovedor lo que

25

te importa la vida de tu prometida.

Él con una sonrisa de medio lado respondió— Teniendo en cuenta que he pasado más

tiempo con la puta del pueblo que contigo...

Ariel palideció escondiendo su mirada.—Sí, claro.

Su prometido se sentó para quitarse las botas y vio las enaguas manchadas de sangre.

Ariel terminó de asearse y dudó antes de salir de la bañera, pero como parecía que sus encantos

no le conmovían demasiado, se levantó extendiendo el brazo para coger la toalla que le había

dejado la mujer. Se cubrió con la toalla y al mirarle vio que la observaba muy serio con las

enaguas en la mano. Se sonrojó intensamente al ver la sangre— He sangrado.

Max pareció avergonzado.— Eso es normal— tiró las enaguas al suelo mientras ella

fruncía el ceño— Pero me parece mucha sangre. ¿Te duele?

—Ahora me molesta un poco, pero no duele— dijo saliendo de la bañera sin mirarle.

—¿Sigues sangrando?

—Creo que no.

—¡Ariel, mírame!

Ella levantó la vista para verle ante ella con la camisa abierta hasta la cintura.

—Tenemos

que ver si sangras, porque sino hay que llamar al médico.

Molesta por su actitud insensible se giró dándole la espalda y dijo fríamente

— Estoy

bien. Ahora ¿puedes darme algo de intimidad para ponerme el camisón?

Él chasqueó la lengua a sus espaldas.—Ya lo he visto todo.

Sabiendo que él no se iría, se secó como pudo ante el fuego. Iba a girarse para ir por el

camisón cuando vio que su prometido lo tenía en la mano. Cubierta con la toalla susurró—

Gracias.

Se iba a dar la vuelta, pero Max la detuvo quitándole la toalla de la mano. Como si fuera

una muñeca le puso el camisón— Ariel ¿sigues sangrando?

—No— con la cabeza dentro del camisón pudo ocultar su vergüenza y se le cortó el

aliento al sentir el roce de sus manos en su cintura cuando le bajó el camisón.

Cuando sacó la cabeza, estiró los brazos bien para sacar las manos de las anchas mangas.

Se volvió ignorándolo, sacando el largo cabello que estaba mojando el camisón y recogió la

toalla del suelo donde la había tirado Max. Se sentó en la silla ante la

chimenea y se lo empezó a

secar —Nos traerán la bandeja con la cena.

—No tengo hambre.

—Vas a comer algo— su tono indicaba que no iba a dejarla en paz hasta que comiera

algo. Ariel se mordió la lengua para evitar decir que ya era mayorcita para saber si tenía hambre

o no. Cerró los ojos deseando que su vida hubiera sido de otra manera. Estaba tan harta de tener

que retener su carácter. De no poder decir lo que pensaba. Le gustaría pegarle cuatro gritos por

ser tan insensible. Le gustaría pegarle por haberle quitado la virginidad sin haberse casado con

ella. Por no dejarla tener la intimidad que necesitaba en ese momento. No era nada para él. Era

una simple mujer que le había rogado que se casara con ella. No había sido nada para nadie en su

vida, excepto para Maggie. La echaba de menos. Con ella se hubiera desahogado al menos. —

¿No vas a desenredarte el cabello?— preguntó suavemente tras ella sacándola de sus

pensamientos.

—Sí, claro— se levantó de la silla y con la cabella gacha fue hasta su maleta recordando

que su cepillo estaba hecho un asco.

—Toma— él le tendió un peine de plata con el borde de nácar.
Evidentemente era el
suyo.

26

Le miró a los ojos y susurró mientras lo cogía de su mano –Gracias.

Con el peine en la mano, volvió rápidamente a la silla ante el fuego y se empezó a

desenredar el cabello dándose tirones en sus rizos castaños. Le escuchó asearse a sus espaldas y

cuando terminó de arreglarse el cabello no se volvió, sino que siguió mirando el fuego con la

mirada perdida, sumida en sus pensamientos.

Capítulo 4

Llamaron a la puerta y se volvió distraída mientras Max decía que pasaran.
Carla entró

con una enorme bandeja seguida de Mary, que llevaba una jarra y unas copas.
Ariel se levantó

sonriendo y se agachó a recoger lo que quería que le lavaran— Mary,
¿podrías lavarme esta

ropa?

—Por supuesto, milady— se acercó y cogió la ropa de entre sus brazos.—
Será un placer.

Carla se acercó a ellas tímidamente y sonrió— ¿Milady?

Miró a la niña y se agachó para ponerse a su altura —Dime, Carla.

La niña metió su mano en el bolsillo de su delantal y sacó una figurita de
madera. Era una

estrella. — ¿La has hecho tú?

—Sí, milady— respondió sonrojada— Es para usted.

—¿Para mí?— preguntó sorprendida. Como si fuera la mejor joya, la cogió
de la palma

de la mano de la niña— Es preciosa, Carla.

—Como usted, milady— dijo la niña— Tanto por fuera, como por dentro.

Esas palabras en ese momento la emocionaron y susurró conteniendo las

lágrimas—

Gracias.

—No, milady. Gracias a usted— dijo Mary haciendo una reverencia.

Salieron de la habitación y ella acarició la estrella. La llevó hasta su maleta y la metió

dentro con cuidado de no romperla. Al incorporarse, Max estaba al lado de la mesa donde estaba

la cena, mirándola con el ceño fruncido.— ¿Cenamos?— preguntó acercándose a la mesa.

Él asintió y Ariel se dio cuenta que llevaba otra camisa. — ¿Por qué te ha regalado la

estrella?

—Hemos simpatizado, supongo— dijo sentándose sin que él le apartara la silla, como

haría cualquier caballero. Miró la cena sin apetecerle nada y esperó a que se sentara a su lado.

Cuando lo hizo, cogió la jarra y le sirvió vino. Algo que ella no bebía nunca. Nunca

probaba el alcohol después de ver el comportamiento de su hermano y su padre a causa de la

bebida. —Prefiero agua.

—Bebe.

Ella apretó sus gruesos labios mientras le servía el cordero con patatas que la niña le

había llevado. Cuando él hizo un gesto con la mano, se sirvió a sí misma un pedazo y un par de

patatas cocidas— ¿Sólo vas a comer eso?

—Sí.

Él golpeó la mesa sobresaltándola y Ariel dejó el tenedor lentamente sobre el plato— Si

me disculpas, acabo de perder el apetito del todo.

Se levantó lentamente y él la cogió por la muñeca— Siéntate— siseó mirándola fuera de

sí.—Deja de poner esa cara como si te estuviera matando y come de una maldita vez.

Se sentó lentamente y volvió a coger el tenedor. Sus nervios destrozados se reflejaron en

como le tembló la mano al llevar el tenedor a la boca y Max la miró quedándose blanco. Ariel

28

mirándole de reojo siguió comiendo, pero tenía el estómago cerrado. Él se acercó a ella y le dijo

al oído— Desaparece de mi vista. Me revuelve las tripas sólo mirarte.

Ariel se levantó rápidamente, corrió hasta la cama metiéndose en ella y se tapó con las

mantas hasta el cuello, dándole la espalda. Le oyó tirar un cubierto sobre el plato y servirse más

vino. Ella gimió interiormente esperando que no bebiera demasiado, pues temía lo que podría

hacer entonces.—Cuando te dije que sólo quería algo de ti, fui muy claro. Sólo quiero el hijo que

me puedas dar y nada más. No quiero una esposa, ni una amiga, ni una amante. No quiero amor,

ni romanticismo. Nada de eso quiero de ti. Sólo quiero el hijo que me puedas dar. —y añadió con

voz irónica— Si lo consigues. Mis dos esposas anteriores murieron en el parto. Seguramente te

lo habrá dicho esa prima tuya que me aprecia tanto. El médico dijo que las había desgarrado por

dentro, muriendo los dos en el parto por lo grandes que eran los bebés. — se quedó en silencio

unos segundos— Si lo consigues, podrás llevar la vida que quieras. Nuestro matrimonio será

como el de muchos otros, que sólo se ven en ocasiones puntuales. Tú tendrás tus

entretenimientos y yo los míos.

—Me quedó claro cuando me lo contaste la vez anterior.— dijo ella acariciando la

almohada.

—Cuando te dije que no te pegaría, lo dije en serio— dijo furioso.—Estoy harto de ver

como te encoges cuando estoy cerca. Puedo gritar, golpear cosas, pero nunca he pegado a una

mujer. Mientras no me ofendas o avergüences tu apellido, nunca te pegaría.

—También me lo dijiste

—Pero no te crees una palabra.

—No— respondió sinceramente— Los hombres no tenéis palabra cuando tratáis con una

mujer.

A Max se le cortó el aliento— Eso que acabas de decir es una ofensa a mi honor y una

muy grave.

Ariel apretó la almohada entre sus dedos.— Sólo he dicho la verdad. Los hombres que

conozco nunca han respetado su palabra conmigo.

—Los hombres que conoces, no son hombres. Si yo te digo que haré algo, lo haré.—se

levantó de su silla y se acercó a la cama sentándose en ella. La cogió por el hombro suavemente

y la volvió. Los ojos de Ariel brillaban reteniendo las lágrimas— Y si algún día no cumplo mi

palabra tienes permiso para pegarme tú a mí.

Ella sonrió ligeramente. — ¿De veras?

—Tan fuerte como quieras.— la miró durante unos segundos y ella no pudo evitar sonreír

abiertamente.— Ahora a dormir.

Ariel se volvió mirando la pared escuchándole volver a la mesa. No sabía por qué, pero le

había creído y eso la relajó visiblemente. Después de escucharle en la mesa durante un rato, el

cansancio de todas las emociones del día la vencieron, durmiéndose sin darse cuenta. Tampoco

se dio cuenta cuando Max se metió en la cama viéndola dormir como una niña con su mano bajo

su mejilla, ni como le acarició uno de sus gruesos rizos distraído.

La despertó una caricia en su trasero y frunció su entrecejo. Sorprendida jadeó cuando

Max se colocó entre sus piernas y mirándola a los ojos entró en ella suavemente. Algo molesta

intentó apartarse, pero él se lo impidió tumbándose sobre ella.— No te muevas— susurró con

voz ronca empezando a moverse dentro de ella. Ariel se mordió el labio

inferior soportando la

presión y las molestias, mientras él apretaba la cadera contra ella rítmicamente. Max aceleró el

ritmo y Ariel levantó las manos sujetándose al cabecero de la cama sin dejar de mirar su cara. La

29

sorprendió un poco, pues aunque el día anterior parecía que estaba sufriendo, esa mañana se dio

cuenta que estaba disfrutando. Entonces ella sintió algo que la dejó atónita. Fue un placer

sorprendente que la hizo querer más, sintiendo que su estómago daba un vuelco. Sintió que sus

pezones se endurecían y Max se apartó ligeramente sin dejar de moverse. Ella se sujetó en sus

antebrazos mientras el placer con sus embestidas aumentaba ligeramente, cuando Max gimió

arqueando su cuello, tensándose con evidencia.

Se apartó de ella dejándose caer de espaldas y Ariel volvió la cabeza hacia él que tenía la

respiración agitada. —Buenos días— susurró tímidamente.

Él la miró y arqueó una ceja— Date prisa en vestirte. Quiero recuperar el tiempo perdido

ayer.

—Sí, Max.

Le vio levantarse y abrió los ojos como platos al ver que estaba desnudo. La dejó sin

aliento su enorme espalda y su trasero duro y firme. Su estómago dio otro vuelco cuando se

volvió con los pantalones en la mano y vio su sexo...— ¡Ariel!

Sorprendida y avergonzada apartó las sábanas rápidamente mostrando su sexo, pues él le

había subido el camisón hasta la cintura. Se lo bajó rápidamente posando sus delicados pies en el

suelo de madera. Fue hasta la maleta y recogió lo que necesitaba. No tenía el vestido verde de

viaje, así que cogió el otro que llevaba, que era de terciopelo azul. Sabía que ese vestido le

sentaba muy bien, pues destacaba el color de sus ojos. Sin mirarlo se quitó el camisón y se puso

los calzones y la camisa. Colocó la pierna sobre el colchón para subirse una de sus medias

limpias y vio de reojo que su prometido se había detenido mientras se ponía la camisa,

quedándosele mirando mientras la subía por el muslo. Cuando llegó al muslo se la sujetó con una

liga y empezó con la otra pierna, mientras Max se terminaba de poner la camisa sin dejar de

mirarla. Se sintió muy bien al hacerlo. No sabía por qué, pero parecía que la estaba admirando y

eso la halagaba. Cuando terminó cogió el corsé y le miró de reojo— ¿Me lo pones?

—¿Por qué te pones esa cosa?— preguntó molesto poniéndose la chaqueta.

—Tengo que ponérmelo por mi pecho. Me lo ha dicho mi modista.

Él le miró el pecho y cogiendo el pañuelo fue hasta la puerta— Le diré a la posadera que

venga.

Se sintió decepcionada viéndolo salir. Al parecer no quería ni tocarla. Pensar que le

gustaba mirarla era una auténtica estupidez. Entonces se preguntó como habrían sido sus

anteriores esposas. Muy bellas, seguramente. Suspirando fue a usar la bacinilla.

Mary fue a ayudarla y llevaba su ropa limpia— Ya está seca, así que puedo guardársela,

milady.

—Gracias, Mary.

La mujer se la metió en la maleta con cuidado y se acercó para ayudarla— Milady...—

dijo mientras le ataba las cintas al corsé.

—¿Sí?

—Me preguntaba...

Se volvió hacia la mujer con una sonrisa— Dime, no seas tímida.

—¿Usted y su marido llevan mucho casados?

—Tú y yo sabemos que no estamos casados... todavía.

—Cásese pronto, milady— dijo la mujer rápidamente— No quiero que la arruine.

—Vamos a eso precisamente.

La mujer suspiró con alivio.—Menos mal. Es que por aquí se ven muchas cosas y al ver

su ropa...

30

Se sonrojó intensamente— Lo sé.

—Pero parece un buen hombre. Eso es lo importante, que sea un buen hombre. El dinero

sin amor no sirve de nada.

Ariel perdió la sonrisa mirando el fuego— Él no me ama.

—La amaré— lo dijo tan segura que se volvió a mirarla.

—¿Por qué piensas eso? Voy a ser su tercera esposa y no quiere amarme.

La mujer sonrió muy segura mientras ataba las cintas al final de su corsé—
Porque yo la

conozco de unos minutos y sé que es una mujer maravillosa. La amaré
aunque no quiera. Ya me

lo diré la próxima vez que pase por aquí.

—Eres muy amable, Mary. Pero yo no tengo tantas esperanzas.

—¿Usted quiere que la ame?

Nunca se había sentido querida excepto por Maggie, pero se dio cuenta que sí
quería que

la amara. Que la amara con locura.— Sí.

La mujer la cogió y la sentó en la cama sentándose a su lado.— Le voy a dar
un consejo,

pues llevo casada más de veinte años.

Ariel la miró atentamente— Sea alegre, natural. No se avergüence de decir lo que piensa

y demuéstrole que él es importante para usted. Cuídele y la amará. Esa es la base de un buen

matrimonio, aparte de...— Ariel no entendía— la cama.— se sonrojó intensamente.— Hacer el

amor es importante. Sea cariñosa y él le corresponderá.

—¿Cariñosa?

—Acarícielo. Bésele. Eso le hará ver que le importa.

Se levantó derrotada porque sabía que no podía hacer eso. Max no quería eso y si lo hacía

le recriminaría su actitud, pero eso no tenía que saberlo Mary. —Gracias Mary, intentaré seguir

tus consejos.

Terminó de ayudarla a vestirse y le dio las gracias— Espero que sea muy feliz— dijo la

mujer mirándola con cariño— Está preciosa. Parece una muñequita.— se acercó y le arregló el

lazo del sombrero— Ahora a desayunar que le he hecho un delicioso bizcocho.

—Me mimas demasiado, Mary— dijo yendo hacia la puerta.

—Va, tonterías.

La siguió hasta el comedor donde su prometido la esperaba impaciente— Menos mal que

te dije que te dieras prisa.— dijo sin levantarse.

—Pendón.— se sentó a su lado y cogió un trozo de bizcocho que ya estaba en su plato.

Lo comió con gusto mientras bebía un té delicioso. Max la observaba comer en silencio mientras

ella masticaba. —Ese sombrero es distinto.

Levantó la vista sorprendida porque se hubiera dado cuenta. Era un sombrerito que por su

tamaño podía llevar en la maleta. Con sus rizos recogidos en un lado de la cabeza le quedaba

precioso. Sonrió radiante —Sí ¿te gusta?

Max gruñó desviando la vista— Es algo totalmente inútil. No sé porque os ponéis esas

cosas.

—¿Para estar bonitas?— dijo antes de beber de su taza para tragar el bizcocho, que

parecía que se le había atascado en su garganta por su respuesta.

—Sólo algunas lo logran—respondió indiferente. Ariel se dio cuenta que ella no era una

de ellas y se metió lentamente un trozo de bizcocho en la boca. —Por Dios ¿terminas de una vez?

Ella asintió y bebió de golpe su té levantándose.— Lista.

Max la miró de arriba abajo y apretó los labios antes de levantarse. La cogió por el brazo

saliendo de la posada, mientras ella se despedía con la mano de Mary. La ayudó a subir al

31

carruaje que estaba ante la puerta. Ella hizo una mueca al ver que las ventanas no se habían

arreglado y por lo tanto no había cristales, lo que indicaba que pasaría aún más frío. Su

prometido se sentó ante ella apartando el sombrero del día anterior— Oh, perdona. No me había

dado cuenta que estaba ahí. —dijo levantándose y acercándose para recogerlo.

—¡Déjalo! No me molesta— lo dijo como si la que la molestara fuera ella y Ariel se

sentó en su asiento lentamente mientras suspiraba.

Como había sido él quien le había dicho que debía decirle las cosas como las sentía, dijo

suavemente— Sino quieres casarte puedes dejarme aquí. Conseguiré volver a Londres.

—¡Deja de decir tonterías!

Ella le miró a los ojos— Sé que no quieres esposa y parece que te molesta cada cosa que

hago o digo. Sino soportas mi presencia, no tenemos porque seguir con esto.

—¿Cuándo ya puedes estar embarazada de mí? Podré soportarte hasta que des a luz.

—Si lo consigo, quieres decir...

—Si lo consigues.

Esas palabras la hicieron cruzarse de brazos y mirar por la ventanilla.
Entonces tomó una

resolución. No tenía que olvidar su objetivo. Su objetivo era huir de su padre
y de la vida que la

esperaba en la casa de su tía. Max era un medio para conseguir un fin. Si le
daba un hijo,

conseguiría una vida donde podría hacer lo que quisiera. Él se lo había dicho
y confiaba en su

palabra. Esas tonterías de querer que la amara, sólo complicarían las cosas.
Sí, debía tener su

objetivo en mente. La libertad que le proporcionaría ese matrimonio. Sonrió
mirando por la

ventanilla— ¿Y ahora de qué te ríes?

Ella le miró sorprendida— ¿No se me permite reírme?—Max entrecerró los
ojos y gruñó

como respuesta— ¿Eso es que no o que sí?

—Eso es que cierres la boca.

—Lo apuntaré no vaya a ser que se me olvide— respondió ácida harta de su
actitud.

—Vaya, la gatita tiene uñas.

Decidió morderse la lengua o terminarían mal, así que le ignoró todo lo que
pudo.

Cuando se detuvieron para comer, ella se sentó a su lado como sino existiera
y Max hizo lo

mismo. Un caballero que estaba en la mesa de enfrente la miró agachando la

cabeza ligeramente

en señal de saludo. Ella hizo lo mismo y se volvió al posadero que se acercaba con la fuente de

cocido de conejo que les serviría. — ¿Quién es ese?

Ella miró a Max confundida— ¿Quién?

—Ese que has saludado— parecía enfadado, pero ella no entendía por qué.

—No sé. Me ha saludado y yo he hecho lo mismo— respondió sin darle importancia

recibiendo con una sonrisa al posadero.—Estoy muerta de hambre.

—Se va a chupar los dedos, milady. Mi esposa cocina muy bien.

—Huele de maravilla. Sírvame mucho.— Ahora que había ordenado sus ideas y ya las

tenía claras se le había abierto el apetito.

El posadero lo hizo con gusto y ella sonrió radiante— Gracias.

—De nada, milady.

Después sirvió a Max que seguía con cara de funeral. Cuando el posadero se alejó para

servir a la servidumbre, le dijo en voz baja mientras ella hundía la cuchara en el potaje.—Te

sigue mirando.

Ella levantó la vista y el hombre que era un descarado le guiñó un ojo. Se quedó tan

sorprendida que sin querer sonrió por su desparpajo— Me cago en...— Max

se iba a levantar

pero ella le agarró por el brazo.

32

—¿Qué haces?

—Darle su merecido.

—¿Por qué tenía algo en el ojo?

Max la miró con desconfianza— Te gusta que te miren ¿verdad?

—Qué pregunta más estúpida— dijo sin pensar viendo como se sentaba— A todas las

mujeres les halaga que las piropeen.— ni se dio cuenta que su prometido la miraba como sino la

conociera, mientras empezaba a comer con gusto— Está buenísimo. Come antes de que se

enfríe.

Max empezó a dar golpecitos con la cuchara sobre la mesa y fulminó con la mirada al

caballero que sonrió con descaro. Entonces Ariel se dio cuenta que ese tipo buscaba problemas.

Tocó el brazo de Max y él volvió la mirada hacia ella como si quisiera matarla— Déjalo ya

¿quieres?

—¿Tú lo estás viendo?

—Sí ¿y qué te importa?

Esa frase lo dejó descolocado— ¿Cómo que no me importa? Eres mi mujer.

—No.

—¿Cómo que no?— gritó haciendo que todos los miraran. Se dio cuenta y bajó la voz—

Eres mi mujer. Aunque no estemos casados, eres mía.

—Hasta que un cura no diga hasta que la muerte os separe, pueden pasar mil cosas— dijo

antes de meter la cuchara en la boca indiferente.

—¿Mil cosas? ¿No pensarás fugarte con él?

—¡No! —suspiró mirando su plato— ¿No vas a dejarme comer tranquila?

—¡No!

Ella dejó la cuchara y le miró a los ojos— Mira ¿quieres que te cuente lo que puede

pasar? ¡Que me harte de tu actitud y no diga sí quiero!

Él entrecerró los ojos— ¿Y volver con el cerdo de tu padre?

—¡Estoy empezando a echarlo de menos!

—Muy graciosa.

—Lo mismo digo.

Se quedaron en silencio y ella continuó comiendo mirándolo de reojo. Max comió de

mala gana dejando el plato a la mitad. Cuando llegó el posadero a retirar los platos le preguntó –

¿Le ha gustado, milady?

—Maravilloso. Felicite a la cocinera de mi parte. ¿Qué tiene de postre?

—Una deliciosa tarta de nuez.

—Oh, yo quiero un trozo, por favor.

El hombre que estaba ante ellos se levantó y Max se enderezó muy tenso mientras el

posadero le retiraba el plato. — ¿Y usted, milord?

—Nada. —dijo sin quitarle la vista de encima al hombre que se ponía su gabán en ese

momento. Con el sombrero en la mano se volvió y la miró antes de hacer una reverencia.

Ella sonrió incómoda inclinando la cabeza y el hombre que era bastante atractivo se giró,

pero cuando dio dos pasos, le guiñó un ojo a espaldas de Max. Ariel se sonrojó encantada. Al

menos algún hombre la consideraba atractiva.— ¿Lo ha vuelto a hacer, verdad?— preguntó Max

furioso.

Lo miró y como le había dicho que si le mentía lo iba a pagar, le preguntó— ¿A qué te

refieres?

La cogió por la muñeca apretando fuerte y Ariel hizo una mueca de dolor. Al ver su gesto, aflojó

33

su agarre hasta soltarla con desprecio mientras ella le miraba acusadora. — Dijiste...

—No lo he hecho a propósito— dijo él desviando la mirada.

—Por supuesto— dijo con desprecio ocultando todo lo que la había defraudado.

El posadero le puso la tarta delante pero ella ya había perdido el apetito. — Cómela. La

has pedido, así que te la vas a comer.

Se forzó a comer la tarta y sonrió al posadero cuando les preguntó si querían algo más.

Max pagó al posadero y le tendió la mano a Ariel para ayudarla a levantarse. Ignorándolo, se

levantó sola y fue hasta la puerta. Al salir vio al hombre subido a su caballo que la miraba con

admiración, pero ella que ya había tenido bastante. Se dirigió hacia su carruaje subiendo con

ayuda del lacayo, que la esperaba con la puerta abierta. Se sentó esperando a su prometido y sin

darse cuenta se acarició su muñeca distraída con sus pensamientos. Max entró en el carruaje y

vio el gesto. Se sentó a su lado sorprendiéndola. Ella se movió en el asiento y cuando Max le

cogió la muñeca la sorprendió aún más— ¿Qué haces?

Sin responderle, le levantó la manga y vio sus dedos marcados en ella. Apretó los labios

antes de decir— Siento haberte hecho daño.

Esas palabras la dejaron de piedra. Nunca se habían disculpado por hacerle daño y

desconfió de sus palabras.— Disculpas aceptadas.—Max apretó las mandíbulas. Ella se dio

cuenta que estaba furioso, pero no sabía si con ella o consigo mismo. —Ahora ¿puedes sentarte en

el otro asiento, por favor? No hay necesidad de que vayamos incómodos todo el camino.

Él levantó su muñeca hasta sus labios y se la besó poniéndole los pelos de punta— Sé

que no me crees, pero no lo he hecho a propósito.

Asintió desviando la mirada hacia la ventanilla y él suspiró soltando su muñeca. Se sentó

ante ella, pero Ariel no lo miraba. Decidió cerrar los ojos para no tener que verlo, ni hablar con

él. No estaba enfadada con Max. Estaba enfadada consigo misma por ser tan estúpida al creer en

sus palabras. Estaba deseando llegar para tener algo de intimidad y poder llorar a gusto, que era

lo único que quería en ese momento. Le escuchó bufar, pero no abrió los ojos. Decidió hacerse la

dormida y sin darse cuenta se durmió al final.

Cuando se despertó le dolía el cuello y le dio un tirón. Gimiendo se llevó una mano al

cuello abriendo los ojos. Max la observaba preocupado— ¿Estás bien?

—Me duele el cuello.—dijo intentando masajearlo por encima de la chaquetilla.

Él se sentó a su lado y le masajeó el hombro aliviando su dolor de inmediato. Ariel gimió

de alivio arqueando su cuello hacia el otro lado— Ariel...— su voz ronca la puso alerta y se

volvió para mirarle a la cara.

—¡No, aquí no!— exclamó nerviosa al ver como la miraba.

—¡Será donde yo diga!— dijo furioso cogiéndola por la cintura y girándola a él antes de

tumbarla en el asiento.— ¡Nunca vuelvas a decir que no!

Le levantó la falda furioso tapando su cara y Ariel jadeó al sentir que rompía sus calzones

entre sus piernas. Gritó al sentir como entraba en ella con fuerza e intentó retener las lágrimas al

sentirse usada, deseando que terminara cuanto antes. Una lágrima cayó sobre su mejilla mojando

el vestido, mientras apretaba sus manos, sujetándose al asiento y a la pared del carruaje para no

golpearse la cabeza. Cuando le sintió gemir, ella no se movió. Ni lo hizo cuando se apartó de

ella.— ¿Ariel?— preguntó él con la respiración agitada.

Ella seguía mordiéndose el labio inferior y sintió la sangre en su lengua. –
¿Ariel?— su

falda desapareció de su cara cayendo sobre sus piernas y Max palideció al
verla— Ariel ¿qué

ocurre?

Blanca como la nieve se incorporó sin mirarlo, sin darse cuenta que una gota
de sangre le

34

caía por la barbilla. Max asustado se arrodilló ante ella para cogerla de la barbilla pero Ariel

esquivó su agarre— Preciosa ¿qué pasa?

Ella le miró como si fuera el demonio y negó con la cabeza dándose cuenta que no podría

vivir así. Tenía derecho a vivir de otra manera, aunque fuera una sirvienta. Prefería ser feliz con

un aldeano, a desgraciada toda la vida con un Marqués. Encogida en una esquina del carruaje con

el sombrero ladeado y el pelo casi suelto, decidió que se escaparía en cuanto pudiera. —Ni se te

ocurra pensarlo. —dijo él cogiéndola por el cuello para que lo mirara. Una lágrima se le escapó

por la mejilla— Ni se te ocurra pensar que no te vas a casar conmigo.— dijo como si le leyera el

pensamiento. —Eres mi mujer y vas a tener a mi hijo. — le levantó la barbilla y le limpió la sangre

con el pulgar— Vete haciéndote a la idea. Tú te has hecho la cama y vas a dormir en ella.— la

besó suavemente en los labios lamiendo su herida— Eres mía, Ariel. Y vas a cumplir tu

promesa.

—Te odio.

Él sonrió divertido— Mientras tengas a mi hijo me da exactamente igual. Te abrirás de

piernas cuando yo quiera y cuando tengas al niño si eres capaz de parirlo, puedes pudrirte si

quieres.

Ariel cerró los ojos mientras las lágrimas caían por sus mejillas— Me haces decir estas

cosas con tu comportamiento. Sabes lo que hay, no sé a qué viene tanto drama. —la soltó

sentándose en su asiento ante ella.—Te lo advierto, Ariel. Como te escapes, sí que vas a conocer

mi mal humor.

Temblando se limpió las lágrimas y se arrancó el sombrerito rompiendo las cintas. Él

hizo una mueca mirándola y se cruzó de brazos estirando las piernas cómodamente. Tardó unos

minutos en calmarse y su labio se hinchó amoratándose ligeramente. Cuando se calmó, miró por

la ventanilla viendo que estaba oscureciendo— ¿Falta mucho para llegar?

—Debido a nuestra aventurilla de ayer, no llegaremos esta noche.—ella asintió sin

comentar nada.—Desgraciadamente tendremos que compartir habitación otra vez.—dijo hastiado

dándole otro latigazo en el alma.

Una hora después se detenían y ella fue directamente a su habitación

acompañada por una

criada que la ayudó a desvestirse, mientras otras dos le llenaban la bañera que su prometido le

había pedido. Esa vez no se lavó el cabello y con la bata puesta se sentó a esperar su cena ante el

fuego. Iba a coger su libro después de unos minutos, cuando se abrió la puerta. Max entró tirando

el gabán sobre una silla.— ¿Ya estás lista para dormir?

—¿Y la cena?

—Ya he cenado— dijo indiferente. — ¿Tienes hambre? Pensaba que el disgusto te había

quitado el apetito.

Se quedó de piedra al escucharlo. Eso mismo lo hacía su padre para torturarla cuando la

provocaba y ella no respondía a sus insultos. De pie ante el fuego le vio desvestirse sin mirarla y

cuando lo hizo, sólo le quedaba por quitarse los pantalones— ¿Ocurre algo?

Ella dio un paso hacia él — ¿Por qué no me pegas?

Él entrecerró los ojos— ¿Estás loca?

—Venga, pégame. ¿O acaso no tienes el valor para hacerlo?

—Ariel ¿estás perdiendo la cabeza?

—¡Prefiero que me pegues, al menos así veré venir el golpe!— gritó ella dejándolo

atónito.

Max palideció escuchándola y dio un paso hacia ella. Ariel levantó los brazos para

protegerse y a Max se le cortó el aliento— Ariel, vete a la cama.

35

Ella levantó la vista bajando los brazos lentamente. Se fue hacia la cama y se tumbó

sobre las sábanas sin quitarse la bata. Se levantó la bata y el camisón abriendo las piernas. Max

entrecerró los ojos furioso y más furioso se puso cuando levantó los brazos sujetando el cabecero

de la cama, mirando el techo. Al cabo de unos minutos ella levantó la cabeza y le miró

levantando una ceja— ¿No es lo que querías?

—Tú también sabes pegar, preciosa— dijo cogiendo su ropa y saliendo de su habitación

dando un portazo.

Cuando se fue ella se bajó el camisón con las manos temblorosas y se hizo un ovillo

abrazando sus piernas, mientras lloraba desconsoladamente. No durmió nada esa noche

esperando que Max volviera y se tomara la revancha, pero él no volvió a la habitación.

36

Capítulo 5

Al amanecer ya estaba vestida con su vestido verde y ya había desayunado las gachas que

le había servido una de las doncellas. Esperó sentada ante el fuego que la llamaran para irse.

Cuando la puerta se abrió, apareció su marido con aspecto de haber bebido toda la noche.— Ah,

estás despierta.— dijo divertido.

—¿Nos vamos?

—Sí por supuesto, Marquesa —dijo con ironía.

Se levantó lentamente desconfiando de él— Tranquila, no te voy a pegar— dijo

burlándose de ella.— El carruaje espera.

Ariel levantó la barbilla pasando frente a él para pasar por la puerta. Bajó las escaleras

con él detrás y salió de la posada para ir hacia el carruaje cuando sorprendida vio que no estaba.

— ¿Dónde está el carruaje?

Él miró a su alrededor y frunció el ceño— No lo sé.

Volvió a entrar en la posada y llamó al posadero. Ella caminó ante la posada y fue hasta

el establo para ver si estaba allí, cuando el hombre del día anterior apareció ante ella —Buenos

días, milady— la saludó sorprendiéndola.

—Buenos días.— susurró viéndolo hacer una impecable reverencia. Cuando se

incorporó, la miró a la cara y frunció el ceño — ¿Se encuentra bien?

—¿Es una manera educada de decir que no tengo buen aspecto?

—Usted sería preciosa incluso llena de viruela— dijo sonriendo abiertamente.

Se echó a reír al escucharlo —Vaya, muchas gracias.

—Y tiene una risa encantadora. ¿Su nombre es?

—No nos han presentado.

—Cierto, pero espero descubrir su nombre antes de que ese malhumorado que la

acompaña me parta la cara o me rete a duelo.

—Ariel, mi nombre es Ariel.

—Precioso, como su dueña.— dijo cogiendo su mano y besando su dorso delicadamente.

— Mi nombre es Steven Denoon, el doctor Steven Denoon.

—Un placer, caballero.

—Y si no quieres curarte a ti mismo, te recomiendo que le sueltes la mano a mi

prometida— dijo Max sobresaltándola como si estuviera haciendo algo malo.

El doctor hizo una mueca— Prometida, que pena.

—¿A que sí?— dijo Max entre dientes cogiéndola de la cintura y pegándola a él.— ¡Así

que ya sabes, búscate otra!

—De todas maneras una dama de su categoría no está a mi altura— dijo él mirándola a

los ojos antes de mirar a Max de arriba abajo— Ni a la suya, por muy Marqués que sea.

Max entrecerró los ojos dando un paso hacia él— Tranquilo, Marqués...No querrá

37

disgustar a su prometida. ¿O le da igual?— preguntó burlándose de él como si le dieran igual los

sentimientos de Ariel.

Ella se sorprendió de lo transparentes que eran para ese hombre y sólo los había visto unos

minutos. No se quería imaginar lo que pensaban los demás.— Max ¿nos vamos?

—Sí – la cogió del brazo aunque lo que quería era arrancarle la cabeza al doctor Denoon.

Y podría hacerlo. Todos lo sabían, pues le sacaba la cabeza al buen doctor.

—Adiós, Doctor— dijo ella girándose

—Adiós, Ariel preciosa.

—Se acabó— Max se dio la vuelta y le pegó un puñetazo al doctor en toda la nariz— ¡Te

lo advertí!— le gritó al hombre que había caído sentado en el suelo.

—¡Max!— ella se iba a agachar para ver lo que le había hecho, pero su prometido la

cogió del brazo arrastrándola hacia el carruaje que había aparecido de la nada.— ¡Sube al

carruaje, Ariel!

—¡Eres un salvaje! ¡Le has roto la nariz!

—Se lo ha buscado. ¡Ahora sube al carruaje!

La subió mientras el lacayo sujetaba la puerta – ¡No eres un caballero!— gritó ella.

—¿Y qué haces tú hablando con él a solas cuando estás comprometida conmigo? ¿Eso es

de damas?

Ella jadeó por el insulto y le dio un tortazo. Los dos se quedaron en silencio mirándose,

una atónita por lo que había hecho y el otro sorprendido de su reacción. Max se levantó

lentamente y puso una mano a cada lado de su cara. Ella se recostó en el asiento alejándose de él

todo lo que podía. Max sin ninguna expresión en el rostro le susurró al oído — Estás empezando

a perder los nervios, Ariel. La próxima vez te la devolveré.— esas palabras le pusieron los pelos

de punta. Sobre todo cuando le besó el lóbulo de la oreja y se lo acarició con la lengua al sentir

sus dientes dándole un ligero mordisco. Jadeó sorprendida por el vuelco que le dio el estómago.

Al oír su jadeo Max se apartó de golpe, dejándola medio recostada en el asiento. —Quedan unas

millas hasta mis tierras. Espero que te comportes como la Marquesa que vas a ser.

Afortunadamente la ignoró el resto del camino sumido en sus pensamientos. Ariel al

igual que él, no podía dejar de pensar cómo era posible que le fuera tan placentero cuando la

acariciaba o la besaba y sin embargo hacer el amor fuera tan decepcionante. Ella no sabía nada

sobre eso, pero no entendía porque se sentía así. Como si quisiera más y no lograra conseguirlo.

Frustrada vio por la ventanilla que el coche pasaba ante unos jardines y sacó la cabeza por la

ventanilla rota para mirar al exterior. La mandíbula se le cayó hasta el cuello. La mansión más

impresionante que había visto nunca estaba ante ella. Tenía tantas ventanas que no se podía ni

imaginar cuantas habitaciones había allí. Una gran escalinata redondeada llevaba a la puerta

principal y una gran terraza con una impresionante balaustrada de piedra rodeaba la casa— ¿Esa

es tu casa?— preguntó impresionada.

—Todas ponen esa cara— dijo con desprecio.

Ella se volvió hacia él— ¿Te molesta que te digan que tu casa es preciosa?

Max apretó los labios sin responder y Ariel se volvió para contemplar la casa. Pese a que

hacía un día nublado, la casa era impresionante. Estaba deseando ver los jardines, que por lo que

podía comprobar estaban muy bien cuidados. Vio como se abría la puerta principal y salía el

mayordomo seguido de todo el servicio. Como nueva Marquesa, sería la señora de la casa y se

puso algo nerviosa por conocer a la servidumbre. Aunque Max pensara que no duraría en ese

puesto un año, ella sabía que lo sería hasta el día de su muerte. Ese sería su hogar los próximos

años, lo sabía. Sonrió radiante cuando vio al servicio en la escalera, con el mayordomo

38

esperándolos ante el carruaje, que se detuvo en ese momento.— Bien, empecemos de nuevo—

dijo su prometido hastiado.

Ariel perdió la sonrisa viendo como bajaba del carruaje y cogió su mano cuando se la

tendió. Ella sacó el pie y sujetándose en su mano sacó la cabeza levantando la cara mirando al

mayordomo. Sonrió dulcemente mientras el hombre miraba de reojo a la ama de llaves, que

estaba en el escalón de arriba a su lado. Ariel bajó y sonrió radiante contenta de haber llegado,

mientras su prometido sin soltarle la mano pasaba su otro brazo por la cintura para llevarla hasta

la servidumbre.— Raymond, te presentó a la futura Marquesa de Sheringham. Lady Ariel

Harbison.

Ariel miró al mayordomo a los ojos. Como acostumbraba los mayordomos aparentemente

eran unos estirados, pero en los ojos verdes de ese hombre vio algo que le llamó la atención.

Preocupación. El mayordomo hizo una reverencia y dijo – Es un placer, Lady Harbison.

—El placer es mío, Raymond.— dijo con una maravillosa sonrisa mostrando

que estaba

encantada de estar allí.— Hablaremos para conocernos un poco esta tarde ¿le parece?

Raymond miró a su prometido algo confuso, pero aún así respondió— Por supuesto,

milady. Será un honor.

—Ariel, ella es la señora Hobson.

Ella miró a la mujer que hizo media reverencia. Su mirada era fría e indicaba que no

estaba nada contenta de que estuviera allí. Ariel miró directamente sus ojos verdes —Me alegro de

conocerla.

—Milady, bienvenida a Sheringham Hall. —dijo bajando su mirada. Entonces Ariel miró

al mayordomo y al ama de llaves. Los dos con ojos verdes y los dos eran altos y delgados con el

cabello oscuro.— ¿Son hermanos?

La miraron sorprendidos— Sí, milady— respondió el mayordomo.— Nacimos en la casa,

milady.

Ella sonrió abiertamente— Entonces son como de la familia.

El mayordomo se enderezó la espalda orgulloso— Es un honor que diga eso, milady.

—Ariel ¿continuamos?— su prometido le apretó la cintura indicándole que

subiera la

escalera. Le fueron presentando a varias doncellas y lacayos, pero Ariel no recordaba la mitad.

Sólo una le llamó la atención. Era una doncella muy bonita que en lugar de mirarla a ella miraba

a Max mientras la presentaba su prometido. Se llamaba Clare. No se le olvidaría ese nombre.

Continuó mientras el mayordomo los seguía diciendo nombres y a qué se dedicaban. Cuando

llegaron al último lacayo ella les sonrió a todos— Gracias por el recibimiento. Espero estar a la

altura.

—Sin duda lo estará— dijo Raymond haciendo una reverencia.—Yo estaré aquí para

ayudarla en lo que necesite la Marquesa.

—Gracias. —emocionada miró a su prometido que la observaba fríamente.—Max, me

gustaría refrescarme un poco.

—Enseguida te enseñarán tu habitación— dijo soltando su mano.—Raymond...

—Por supuesto, Marqués.—El mayordomo le indicó la escalera del enorme hall al que

habían entrado— Por aquí, milady.

Ariel miró a su alrededor y suspiró por la maravillosa decoración— Es preciosa,

Raymond— dijo siguiéndole hacia las escaleras.

El mayordomo sonrió— Me alegro que le guste, milady. La decoró la madre del señor

cuando se casó.

—Todo está impecable.— dijo mirando la enorme lámpara de cristales del centro del

39

hall.

—Gracias, milady— comenzaron a subir la escalera y Ariel se fijó en las paredes

enteladas en estilo francés. Los muebles impecablemente pulidos, los maravillosos cuadros con

marcos dorados. Los colores eran alegres, en rojos, azules pavo real y amarillo pálido. Digno del

palacio de la reina. Nada que ver con la casa lúgubre que su prima le había dicho. Se quedaría

con la boca abierta si viera ese impresionante hall con suelo de mármol y rosas frescas en los

impresionantes jarrones de porcelana.

Al llegar al primer piso vio que en el enorme descansillo había un gran cuadro de una

mujer. Alguien importante pues presidía ese espacio. Era joven, de su edad más o menos y tenía

el pelo rubio platino casi blanco, en un gracioso recogido en lo alto de la cabeza. Tenía los ojos

azules y su impresionante vestido azul con encajes blancos le llamó la atención porque era

relativamente reciente. Pero lo que mas le llamó la atención fue la mano que sujetaba un abanico

y que descansaba sobre su falda. En el dedo índice llevaba el anillo de Max y

Ariel se detuvo en

seco ante el cuadro.— ¿Raymond?

El mayordomo se había detenido a su lado observando el cuadro con las manos a la

espalda— Era Lady Sara, milady.

—¿Lady Sara?

—La primera mujer del señor.

El estómago de Ariel se retorció al escuchar esa respuesta y volvió a mirar el anillo.

Entonces la había amado. La había amado mucho, si después de otro matrimonio y esperando un

tercero continuaba llevando su anillo— La amaba mucho ¿verdad?

Raymond asintió con la cabeza— Todos pensábamos que no lo superaría, milady.

Ariel apretó los labios haciéndose daño en la herida y continuó caminando. El

mayordomo la miró de reojo— No tiene que preocuparse, milady. Eso fue hace años.

Forzó una sonrisa al escucharlo— Eres muy amable. ¿Cómo era su segunda esposa?

¿Hay algún retrato en la casa?

—No, milady— pareció avergonzado de decir eso— Lady Meredith sólo estuvo en la

casa tres meses antes de fallecer. Anteriormente vivían en Londres.

—Entiendo— susurró. Aunque no lo entendía. Estaba claro que la única que importaba

para él era Sara. Meredith no se había ganado un espacio en aquella casa.

Raymond la llevó por el pasillo de la izquierda y abrió la tercera puerta.—La habitación

de la Marquesa, milady.

Al entrar se quedó con la boca abierta. La decoración era exquisita. A la derecha la

enorme cama con dosel de seda violeta a juego con el edredón, tenía cuatro postes tallados con

preciosas rosas. El resto de los muebles eran de estilo francés. Incluso el armario frente a la cama

tenía cuatro cuerpos con preciosos dibujos en las puertas— Es preciosa, Raymond.

—Me alegro que le guste. Le enviaré a una doncella para que la ayude.

—Raymond— dijo volviéndose hacia él.

—¿Sí, milady?

—Que no sea Clare. —el mayordomo no movió un gesto.

—Como usted diga.

Cuando el mayordomo se fue, curioseó por su nueva habitación. Aunque la cama era

maravillosa, no estaba muy cómoda por dormir en la cama donde murieron las dos mujeres de

Max. Hizo una mueca acercándose a la cama. Realmente era grande, pero

después del

comentario que Max hizo en la posada sobre dormir con ella, sabía que no la compartiría mucho

tiempo con su futuro marido.

40

Llamaron a la puerta y ella que se estaba quitando la chaquetilla ordenó que pasaran. Una

de las doncellas entró con su maleta en la mano— Quiero darme un baño.

—El Marqués ha dicho que tiene media hora para arreglarse antes de ir a la capilla,

milady.—dijo tímidamente apretándose las manos.

Ariel la miró bien. Era joven para ser primera doncella. Debía tener su edad.

— ¿Cómo te

llamas?

—Crissy, milady— dijo haciendo una reverencia.

Sonrió acercándose para mirarla bien. Era bonita y tenía la mirada dulce.—

Siento no

haberme acordado de tu nombre.

La chica se sonrojó— Somos muchos, milady. Es normal.

—Tráeme algo de agua templada para asearme. No quiero que el Marqués no se

impaciente.

—Enseguida, milady.

Suspiró cuando se fue y mirando a su alrededor, vio al lado del tocador una puerta. Se

acercó sin hacer ruido y escuchó porque sabía que era la habitación de Max.

Con curiosidad

movió el pomo suavemente y abrió una rendija. La puerta se abría hacia la habitación del

Marqués y lo primero que vio fue una gran cama con el edredón de seda azul. Cerró la puerta

rápidamente porque le dio vergüenza que la pillaban.

Cuando Crissi llegó con su agua, la ayudó a asearse y le arregló sus rizos castaños. Sonrió

mirándose al espejo del tocador vestida con el traje de terciopelo verde.— Tienes unas manos

primorosas, Crissi.

—Gracias, milady. —dijo colocándole la última horquilla— es una pena que no tenga un

vestido más romántico para su boda.

Suspiró mirando su vestido — No esperaba una gran boda —dijo encogiéndose de

hombros.—Al menos es en una capilla y no sobre el yunque como las que se escapan a Escocia.

Crissi asintió desviando la mirada.—Siento que no tenga una bonita boda, milady.

—Va.— se levantó y fue hasta la puerta. —Tampoco es algo tan importante.— dijo más

para sí misma que para ella.

Pasó por el hall de arriba sin mirar a Lady Sara. No quería pensar en ella y bajó las

escaleras sujeta a la barandilla. Confusa vio que su prometido no estaba esperándola y le buscó

entrando en lo que parecía el salón. Era enorme y grandioso, con tres sofás y con varias butacas

ante una enorme chimenea, pero allí no estaba su prometido. Se volvió y escuchó pasos sobre el

mármol. La señora Hobson pasó hacia la puerta principal— ¿Milady? ¿Buscaba algo?

Sonrió acercándose— Buscaba a mi prometido.

—Está en el estudio con el administrador.

—Gracias ¿y el estudio está?

La mujer al verla como miraba a su alrededor, le indicó con la cabeza una puerta cerrada

al lado del salón. Ariel sonrió y se volvió yendo hacia allí.—Milady...

—¿Si?— la miró sobre su hombro. La mujer dio un paso hacia ella dubitativa y Ariel se

detuvo volviéndose.

—Debería esperarlo en el salón. No le gusta que le molesten cuando atiende al señor

Brown.

—Oh, gracias señora Hobson. No me gustaría molestarlo.

—¿Quiere que le traigan un té mientras espera?

—No, gracias.—se giró yendo hacia el salón y se acercó hasta uno de los sofás,

sentándose en él. Max le había metido prisa para que se arreglara y ahora no podía molestarlo

41

mientras atendía al administrador. Aquello era ridículo. En realidad todo había sido una auténtica

locura. No le tenía ni el más mínimo respeto y aquello estaba abocado al fracaso. Eso si

sobrevivía, porque él estaba seguro que no. Suspiró mirando los grandes ventanales. Tenía el día

pesimista, de eso no había duda y eso que era el día de su boda.

Mirando el reloj de encima de la chimenea pasaron dos horas y ya era casi la hora de

comer. Estaba agotada después de no haber dormido nada y se empezaba a amodorrar. Unos

pasos en el hall la hicieron volver la mirada hacia la puerta. Vio como Max vestido aún con la

ropa del viaje, se despedía de un hombre que no le llegaba al hombro, que llevaba anteojos sobre

una enorme nariz. Max la vio de reojo, pero siguió hablando con el hombre durante varios

minutos más como si ella no existiera sin molestarse en presentarla. Cuando el hombrecito se

fue, él se volvió – ¿A qué esperas? Vámonos de una maldita vez.

Se mordió la lengua levantándose del sofá y fue hasta él. Raymond estaba en la puerta y

por su expresión se dio cuenta que no le había gustado la frase del señor

después de tenerla

esperando tanto tiempo. —Estoy lista.

Él la cogió del brazo y la llevó hacia la puerta con grandes pasos haciéndola casi correr.

Raymond endureció el gesto, pero hizo una reverencia impecable antes de decir— La cocinera

está preparando una cena especial para esta noche.

—Que no se moleste— dijo él dejándolo de piedra. Ariel agachó la mirada avergonzada

por el tratamiento de su futuro marido. No se quería ni imaginar lo que pensaría el servicio de

ella. Seguramente que estaba en estado y que se casaba obligado.

Cuando se subieron al carruaje no pudo evitar decir— Al menos podías disimular un

poco. ¿Qué pensarán de nosotros? Ni siquiera te has cambiado de ropa.

—Me importa poco lo que piensen.— dijo con desprecio.

—Ya sé lo que te importa. El maldito heredero. Pero recuerda que existen más cosas

aparte de tu hijo.

Él sonrió con ironía— Querrás decir posible hijo. Eso todavía está por ver.

—Pues como está por ver y ya que voy a ser tu esposa, podrías comportarte con un

mínimo de respeto, ya que no tienes modales y no puedo esperar de ti un gesto amable.

Max apretó los labios— Esto es lo que vas a recibir. Punto. Te lo advertí esa noche en el

baile y estuviste de acuerdo. Tú vive tu vida y yo la mía.

Cogió aire intentando calmarse y miró por la ventanilla que aún estaba sin arreglar. No

tardaron en llegar a un pueblo y el carruaje se detuvo enseguida. Su prometido se bajó de un

salto y la mano de Ariel tembló cuando cogió la suya para bajar. Max apretó los labios, pero ella

no lo vio porque un hombre salió de la pequeña iglesia— Marqués, me habían enviado aviso—

dijo con una encantadora sonrisa bajando los tres escalones.

—Reverendo Phillips, le presento a Lady Ariel. La novia.

Ella sonrió al hombre tendiéndole la mano— Gracias por acceder a casarnos.

El reverendo sonrió— Es un honor. No tuve el placer anteriormente...— al darse cuenta

lo que iba a decir se sonrojó intensamente.

—Entonces me alegro todavía más— dijo ella con una encantadora sonrisa— A ver si

nos da suerte.

—Le deseo toda la del mundo— la cogió del brazo e ignorando a Max entraron en la

pequeña iglesia. Fueron hasta el altar hablando de la maravillosa capilla y de lo difícil que era

mantenerlo todo tan bonito. La verdad es que era encantadora y se sorprendió cuando vio dos

ramos de flores a cada lado del altar— ¿Le han enviado flores desde la casa?

—No, milady. He oficiado una boda esta mañana.— Ariel escondió su desilusión con una

42

amable sonrisa mientras Max se tensaba a su lado.—La hija del carnicero. De hecho hay una

gran fiesta en su casa a la que ha invitado a todo el pueblo.

—Felicíteles de mi parte— susurró ella mirando el suelo de piedra—
¿Empezamos?

El reverendo asintió mientras se colocaba ante ellos subido a un escalón. Fue muy breve

pues el reverendo al no haber nadie, se ahorró el sermón y casi todo lo demás, pues Max no se

molestó ni en comprar los anillos. Al parecer no se merecía ni una alianza. Ese momento fue

bastante bochornoso. Incluso el reverendo miró confundido a Max que sin expresión dijo –

Continúe. Saltémonos esa parte.

Totalmente humillada miró al suelo el resto de la ceremonia y cuando los declaró marido

y mujer, Max ni se molestó en besarla ante el asombro del reverendo. Ariel firmó donde le

dijeron y con ganas únicamente de que se la tragara la tierra, enfiló el pasillo para volver al

coche sin esperar a nadie. Cuando Max se subió, la fulminó con la mirada— El reverendo quería

despedirse de ti.

Ella le miró asombrada y de repente le entró la risa. La había humillado desde que la

había conocido. La había dejado en ridículo ante la servidumbre y el cura y tenía el descaro de

recriminarle su actitud. Ese hombre era sorprendente. —No sé de qué te ríes— dijo molesto.

—¿Ah no?— preguntó partiéndose de la risa al ver que se estaba enfadando por

momentos. Intentó detenerse pero no podía.

—Déjalo ya, Ariel.

—¿Ahora ya no se me permite reírme? —le miró con desprecio— Recuerda tus palabras,

tú vive tu vida, que yo viviré la mía. Si me río, es problema mío.

Se mantuvieron en silencio el resto del camino. Cuando bajaron del coche, el ama de

llaves estaba allí con un ramo de rosas rojas— Gracias señora, Hobson— dijo ella emocionada

mientras su marido pasaba tras ella ignorándola ante todos, que se quedaron con la boca abierta

cuando entró en el despacho dando un portazo. Una lágrima cayó por su mejilla sin poder

retenerla y susurró— Si me disculpan, creo que estoy agotada por el viaje.

—Por supuesto, milady— dijo Raymond echándole una mirada de advertencia a la señora

Hobson.— Haré que le envíen algo de cena.

—No se moleste, Raymond— dijo repitiendo las mismas palabras de Max sin darse

cuenta— No tengo apetito.

—Pero señora, no ha comido en todo el día— dijo el ama de llaves cogiendo el ramo de

rosas otra vez que ella le tendía.

Se volvió y atravesó el hall limpiándose las lágrimas. Estupendo, el primer día allí y el

servicio la había visto llorando. Una marquesa no mostraba sus sentimientos en público. Lo

estaba haciendo muy bien, pensó irónica.

Subió las escaleras bajo la atenta mirada de los hermanos y cuando desapareció la señora

Hobson susurró— Menudo desastre.

—¿Qué esperabas? Le va a hacer la vida imposible— dijo preocupado.— Espero que

pueda resistirlo.

—A Lady Sara no le gustaría esto. No señor.

—A Lady Sara le daría igual y tú lo sabes. Era una consentida que sólo pensaba en sí

misma.

—No era mala persona— dijo defendiéndola.

Su hermano la miró a los ojos— Sólo si se salía con la suya. No me gusta hablar mal de

los muertos, pero era como era y eso no lo va a cambiar nadie. El señor estaba loco por ella y no

veía la realidad. Incluso lady Meredith era mejor persona.

43

—Pero a Lady Meredith la trataba bien. No puedo entender porque trata a Lady Ariel con

tanto desprecio.

—Todo hombre tiene un límite y él lo rebasó con la muerte de su segunda esposa— dijo

con pena.— No creo que esto mejore. Espero que Lady Ariel sepa llevar su nueva vida o va a

sufrir mucho.

—¿Has visto su cara? Yo creo que ya ha sufrido estos días. Ella también tendrá un límite.

—No es cosa nuestra.

—Eso lo dices porque tú no te has casado. Yo sí lo he estado y he tenido que soportar a

un marido horrible. Es peor que una cárcel.—dijo molesta antes de dejarlo solo.

Ajena a esa conversación, Ariel entraba en su habitación y Crissi sonrió volviéndose.

Perdió la sonrisa al verle la cara— Desabróchame el vestido. Quiero acostarme.

La doncella no era tonta y sabía cuando tenía que mantener la boca cerrada. La ayudó a

ponerse el camisón y cerró las cortinas para que no la molestara la claridad—
Que descanse,

milady.

No se molestó en responder mientras cerraba los ojos. Respiró hondo intentando retener

las lágrimas, diciéndose que ella no era así. Ella siempre veía el lado positivo de las cosas.

Maggie la reñiría diciéndoselo. No había dejado que su padre y su hermano la hundieran y no iba

a consentir que su marido lo hiciera. Había buscado una solución a su problema y había escogido

a Max. Él había sido claro y tenía que aceptarlo en lugar de tener pataletas. Cuando tuviera al

niño, todo sería distinto. Ya no se verían tanto y podría llevar una buena vida sin que nadie la

controlara. Suspiró esperando que quedarse en estado rápidamente.

44

Capítulo 6

La despertó la doncella por la mañana al atizar el fuego. Suspiró girándose en la cama—

Oh disculpe, milady. —al ver quien era, no se sorprendió que la hubiera despertado. Era Clare,

que la miraba con malicia. Suspirando apartó las mantas sentándose en la cama y levantó la vista

hacia ella mirándola fijamente.

—Te llamabas Clare ¿verdad?

—Sí, milady.

—A partir de ahora no quiero que entres nunca más en mi habitación. Te limitarás al piso

de abajo — Clare abrió los ojos como platos— ¿Me has entendido?

—Milady, no me he dado cuenta— susurró intentando disculparse.

—¿Me has entendido?

—Sí, milady.

—Ahora sal y envía a Crissy a ayudarme— dijo levantándose.

En ese momento se abrió la puerta que comunicaba con la habitación de su marido y Max

apareció en bata mirándola fijamente. Era evidente que estaba totalmente desnudo debajo y Clare

se lo comió con los ojos. La doncella fue lentamente hacia la puerta— Dile a Crissy que suba

cuando la llame.

—Sí, milady.

Cuando cerró la puerta, miró a su marido. Al ver su mirada suspiró y se tumbó otra vez

en la cama. Max se tumbó sobre ella sin quitarse la bata y fue todavía más breve que las veces

anteriores. No sabía si era por el disgusto de la boda o todo en su conjunto, pero ella no sintió

absolutamente nada. Afortunadamente tampoco sintió dolor.

Cuando Max terminó, se tumbó a su lado y ella se levantó para ir hasta el tocador. Se

empezó a cepillar el cabello con un cepillo que no era el suyo que allí había. Suponía que se lo

había buscado Crissi. Sujetando un mechón de su pelo empezó a pasar el cepillo distraída. —Has

dormido mucho.—sorpresa miró a su marido que la observaba desde la cama.

—Estaba cansada— susurró volviendo a mirar el mechón de pelo.

—Me voy a ir un par de días al norte.—dijo levantándose de la cama. Como ella no decía

nada continuó— Si necesitas algo...

—Si necesitara algo, no te lo pediría a ti.—dijo levantando la mirada y observando su

reacción a través del espejo. Max se tensó mientras se acercaba a ella— Así que no tienes que

sugerirlo. Vete tranquilo— añadió con ironía.

—Me iba a ir muy tranquilo, sólo lo decía por cortesía.— dijo agachándose hasta llegar a

su cuello y besándola suavemente mirándola a los ojos a través del espejo.

Ariel entrecerró los ojos viéndolo enderezarse e ir hacia su habitación cerrando la puerta

suavemente.

Suspiró de alivio cuando se fue y se levantó para tirar del llamador para que su doncella

45

fuera a atenderla.

Crissi la ayudó a ponerse el vestido azul y bajó a desayunar. El comedor del desayuno

estaba preparado y el lacayo estaba recogiendo el plato de Max en la cabecera. Hizo una mueca

al darse cuenta que ya se había ido. Se sentó en el otro asiento a su derecha como señora de la

casa y Raymond ordenó su desayuno. Se puso a leer el periódico mientras le servían una taza de

té, cuando decidió divertirse— Raymond ¿los establos están lejos?

—Sólo tiene que seguir la senda de la derecha de la casa, milady. Están tras la casa.

—Perfecto—sonrió radiante al mayordomo que correspondió su sonrisa.—El marqués me

ha prometido una montura nueva. Puedo escoger el que quiera.

—Oh milady, pues hay uno blanco perfecto para usted.

Le miró ilusionada—¿De veras? Siempre he querido un caballo blanco.

—Pues este le encantará.

Un lacayo y una doncella aparecieron con distintas fuentes— ¡Oh, Dios mío! Cuanta

comida...No tienen que molestarse tanto. Con unos huevos revueltos y un par de salchichas,

estoy lista.

—Lo recordaré, milady.

Se sirvió unos huevos con unas salchichas, pero cuando terminó cogió un bollo de

jengibre que untó con mantequilla. No contenta con eso, cogió una tostada que untó con

mermelada de frambuesa.— Tengo hambre.

Raymond la miró divertido— Coma lo que quiera, milady.

Ella sonrió mientras masticaba mirando el periódico sintiéndose mucho mejor. Cuando

terminó, acabó su té y se levantó impaciente por ver los caballos. —Escoja bien, milady.

—Estoy nerviosa y todo— dijo radiante mientras salía de la casa.

—¿Quiere que la acompañe?

Sonrió a Raymond que la estaba siguiendo— Claro. Me encantará tener tu opinión.

Caminaron por el sendero que llevaba a los establos.—Estos jardines son impresionantes

—A la madre del Marqués le gustaba pasar tiempo en ellos. Le gustaba cortar a ella

misma las rosas que se colocaban en las estancias.

—Yo nunca he hecho eso. Pero lo haré a partir de ahora. Es una manera de implicarse en

la decoración de la casa ¿verdad?

—Cierto, milady.

—Cuénteme algo de la madre del Marqués.

—Era muy inteligente y activa. Se implicaba mucho en la comunidad. Visitaba a los

enfermos, a los arrendatarios, esas cosas...

—Era toda una Marquesa— dijo con admiración.

—Era de la vieja escuela, milady. Sé que se están perdiendo esas costumbres, pero sé de

buena tinta que la echan de menos.— con su mirada le aconsejaba que se implicara en la

comunidad y ya que no tenía nada que hacer, seguiría su consejo.

—¿Por dónde debería empezar?

—Cuando asista a la misa del domingo el propio reverendo Phillips la meterá de lleno

presentándole a los vecinos. No lo consiguió con las anteriores, pero con usted tendrá éxito.

Ella se detuvo sonriendo— ¿Por qué lo sabes?

—Se le ve a la legua que es una persona muy agradable, marquesa.— dijo sin miedo a

reprimendas.

—Así que soy una blanda.— el mayordomo no pudo evitar reír. Sin ofenderse, Ariel se

rió con él.— Pues tendré que endurecer el carácter.

46

—Con los años lo hará.—ella miró a su alrededor. Aquello era precioso.—
¿Cree que

será feliz aquí?

—Eso espero, Raymond. Al menos lo voy a intentar— dijo guiñándole un
ojo.

Al llegar al enorme establo se quedó con la boca abierta. —Dios mío.

—Somos criadores de caballos milady y aquí no están todos. Solos los del
señor y los que

todavía no quiere vender porque son para la cría.

Dos hombres estaban ante la enorme puerta y se quitaron la gorra que
llevaban

rápidamente— Marquesa— hicieron una inclinación y ella sonrió.—Es un
placer que venga por

aquí.

—No me lo perdería por nada del mundo— dijo emocionada— puedo elegir
un caballo.

Los hombres miraron a Raymond que asintió con la cabeza. — ¿Cómo os
llamáis?

El mayor señaló con la cabeza al otro que debía tener quince años— Él es
James y yo soy

James.

Asombrada los miró a los dos— ¿Os llamáis igual?

Los dos se encogieron de hombros— Son padre e hijo, milady.

—Ah, entonces para no liarme, diré James padre y James hijo.

—Como quiera, milady.

Impaciente dio un paso hacia la puerta pero ellos la miraron con desconfianza sin

moverse del sitio bloqueándole el paso— Dejarme pasar.

A regañadientes James padre se apartó, pero no la perdía de vista mientras Raymond

intentaba retener la risa. Ariel se acercó al primer caballo y jadeó admirada— Dios mío, es un

castaño precioso.

—Los mejores de Inglaterra.— dijo James hijo orgulloso.

—No lo dudo— susurró acariciándolo entre los ojos antes de seguir caminando. Entonces

lo vio. De hecho la vio primero él a ella y relinchó. Era el caballo blanco más bonito que había

visto nunca. Corrió hasta él sorprendiéndolos a todos y se abrazó a su cuello. Ese era su caballo.

La aceptó de inmediato dejándose acariciar. —Si no lo veo, no lo creo— susurró James padre

apretando su gorra. Dejándolos de piedra ella abrió el cierre de la puerta dejándolo salir y

Raymond se preocupó— Milady, tenga cuidado.

Lo miró con sus ojos azules cogiendo las crines del caballo y subiéndose de

un salto

sobre él dijo— Niebla no me haría daño.

—¿Quién es Niebla?— preguntó James hijo mirando a su padre.

—El caballo, idiota.

—Ah. ¿No se llamaba Lar?

—Ahora se llama Niebla porque lo dice la Marquesa.

—Ah. —la miró de reojo acariciar el cuello del caballo— No le ha puesto la silla, padre.

—Cierra el pico.— dio un paso hacia ella —Milady ¿podría bajar del caballo para ponerle

la silla?

—¿Por qué?— preguntó asombrada— Yo nunca monto con silla.

Eso sí que les dejó con la boca abierta y más todavía cuando la vieron golpear con los

talones los flancos del caballo para salir del establo. Raymond corrió tras ella — ¡Tenga cuidado!

¡No corra! ¡No conoce los prados!

—¡Pero él sí! —gritó riendo. Por primera vez en varios meses era realmente feliz. Sin

presiones, sin preocupaciones y sin miedo a decir lo que pensaba. Max no estaba allí y podía

hacer lo que quisiera. Galopó sobre Niebla disfrutando como nunca atravesando los campos y

sólo volvió cuando le entró el hambre.

47

Al entrar en el establo sonrió a James hijo, que estaba nervioso sentado sobre una alpaca

de paja— Ha llegado, milady. Mi padre estaba preocupado.

—Estoy bien. Siempre salgo hasta que tengo hambre.

El muchacho asintió asimilando la información. —Hasta mañana— dijo después de darle

un beso a Niebla en el morro ante el asombro de James.

—Hasta mañana, milady.

Fue hasta la casa a paso ligero y entró corriendo en el hall— ¿Milady?

Se volvió a la señora Hobson que llevaba un jarrón en las manos— Tengo hambre. Voy

a asearme y almorzaré.

—Bien, milady— dijo viéndola subir corriendo las escaleras.

—Quiero postre.

—Lo tendrá, milady— dijo el ama de llaves divertida.

Después de un abundante almuerzo paseó por la casa aburrida como una ostra, así que

decidió explorar. Fue abriendo cada una de las habitaciones que encontraba, pero después de un

rato se volvió a aburrir porque excepto por el piso de abajo era muy monótono. Escogió un libro

pero no podía concentrarse en la lectura, así que fue hasta el piano para practicar un poco. Las

notas salieron por sí solas envolviendo la estancia y cerró los ojos concentrándose en la pieza. Le

gustaba Mozart y practicó varias piezas una tras otra. Después de la hora de rigor se volvió en su

asiento y vio a la mitad de la servidumbre de pie junto a la puerta. — Maravillosa, Milady— dijo

Raymond.

Ella sonrió— ¿Queréis que os toque algo?

—¿Podría tocar algo de Beethoven? Me han dicho que es excepcional— dijo la señora

Hobson dando un paso hacia ella.

Pensó en qué tocar de Beethoven y sonrió cuando recordó una. Se volvió hacia el piano y

empezó a tocar. La pieza era intensa pero preciosa y la disfrutó mucho. Hacía tiempo que no la

tocaba y se sumergió en ella dejándose llevar. Cuando tocó la última tecla, los aplausos la

hicieron volverse y sonrió radiante haciendo una reverencia. Miró por la ventana y vio que estaba

oscureciendo mientras la servidumbre se dispersaba— ¿Quiere la cena, milady?

—Sí —dijo encogiéndose de hombros— Supongo.

Raymond la vio pasar ante él y apretó los labios disgustado. Su hermana vio

su expresión

e imitó el gesto antes de volverse para ir a la zona de servicio.

Ariel se sentó en su sitio y apoyó la barbilla en su mano esperando la cena. Esperaba que

Maggie llegara pronto porque se aburría. Maggie siempre la animaba y además era muy buena

jugando a las cartas y al ajedrez. Sobretudo la echaba de menos y la quería con ella. Le pusieron

delante un consomé que estaba delicioso y después un cordero en salsa que estaba para morirse

de gusto. De postre, porque se negó a comer más, le sirvieron natillas. Era un postre que no había

comido nunca y le gustó mucho—¿Quiere más, milady?

—¿Hay más natillas?

—Por supuesto— dijo Raymond haciendo un gesto al lacayo.

—No debería comer tanto.

—Ayer no comió nada. Su cuerpo se está adaptando.—dijo sin darle importancia.

La vio disfrutar del postre y rechazó el té. Se levantó otra vez y sin saber qué hacer

decidió ir a su habitación para darse un baño.

Crissi la arropó una hora después como si tuviera cinco años.

Así se pasó los siguientes cinco días y cuando llegó el sexto empezó a preocuparse por

48

Maggie. Después del desayuno estaba mirando por la ventana cuando apareció la señora Hobson

con Clare. Le ordenó que limpiara la chimenea, todo un castigo para una doncella del piso

superior— ¿Qué ha ocurrido?— preguntó levantándose de su asiento.

—Nada, milady— dijo la señora Hobson. Su tono indicaba que estaba enfadada— Que la

he pillado tonteando con uno de los mozos de cuadra de las caballerizas de cría.

Entrecerró los ojos viendo como la doncella se arrodillaba ante la chimenea mirándola de

rejo. En la mayoría de las casas estaban prohibidas las relaciones entre la servidumbre y si

ocurría debían pedir permiso a sus señores para tener una relación estable. No era la primera vez

que se encontraban en la calle por haber sido pillados in fraganti. — ¿Quieres tener una relación

seria con ese joven?

—No, milady— susurró sin mirarla.

—¡Mira a tu señora cuando le hables y levántate!— exigió la señora Hobson.

Clare se levantó y la miró de frente. —No, señora.

—Entonces ¿Por qué tonteabas con él?

Al ver que no decía nada la señora Hobson respondió por ella— Porque es una coqueta,

milady. Y va a terminar creando problemas.

La miró seriamente.— la próxima vez que se te sorprenda en un comportamiento igual, te

irás de esta casa para siempre. ¿Me has entendido?

—Sí, milady.

La señora Hobson asintió sonriendo contenta con su resolución. Ariel todavía preocupada

fue hacia la ventana mientras Clare volvía a sus quehaceres. Se sentó ante la ventana mirando al

exterior y la señora Hobson se acercó a ella— ¿Qué ocurre, milady?

—Maggie todavía no ha llegado.— había hablado de su tata mil veces en esos días y la

señora Hobson comprendió— Tendría que haber llegado ya. Max dijo que nos seguirían dos días

después.

—No se preocupe, milady. Estará al llegar. Además la acompañaba Robbins y es muy

responsable.

En ese momento apareció un carruaje – ¿Ve, señora? Ahí están.

Ariel chilló de alegría levantándose y abrazó emocionada a la señora Hobson que se echó

a reír. Salió corriendo del salón y atravesó el hall sujetándose las faldas

mientras Raymond

sonreía siguiéndola a la escalinata. Cuando estaba fuera en lo alto de la escalera observando el

carruaje, Raymond carraspeó antes de susurrar.— No es Maggie, milady.

—¿Ah no?— preguntó decepcionada.

—Es la duquesa de Wroughton. La tía del señor.

—La conozco— susurró poniéndose nerviosa. Se miró a sí misma y se mordió el labio

inferior. Su vestido estaba hecho un desastre.

—Está preciosa, milady. Como siempre.

—Siempre tan amable, Raymond.

Cuando el carruaje se detuvo ante la puerta, esperó impaciente a que el lacayo bajara para

abrirle la puerta a su señora. Ariel bajó los escalones al verla salir impecablemente vestida con

un traje violeta con encajes negros y una chaquetilla a juego— Ariel, querida — la saludó

sonriendo mientras cogía sus manos — Lo has conseguido.

—No sé si lo he conseguido pero estoy aquí, Duquesa.

—Llámame Elisa— la cogió por la cintura para subir los escalones— Raymond ¿tienes

ese jerez que me gusta tanto?

—Por supuesto, Duquesa. Siempre estoy preparado para sus inesperadas

visitas.

49

Elisa se echó a reír por su sutileza y Ariel no pudo evitar una sonrisa.
Entraron en el salón

y Clare salió a toda prisa— ¿Dónde está mi querido sobrino?— preguntó
sentándose en el sofá

mientras Raymond le servía un jerez.

—En el norte durante unos días. No sé cuando llegará.

Elisa entrecerró los ojos quitándose el sombrero.— Pero os habéis casado
¿verdad?

Se sonrojó intensamente— Sí, hace seis días.

—Y te ha dejado sola.

Raymond carraspeó y Elisa le miró enfadada— ¿Cuando se ha ido mi
sobrino?

—El día después de la boda, excelencia.

—¿Qué?— su grito debió oírse en toda la casa.— Raymond, cuéntamelo
todo.

El mayordomo miró de reojo a Ariel y ella negó con la cabeza. —Lo siento,
milady. Pero

ella tiene más rango.

—¡Raymond!

—Suéltalo, Raymond. Ignórala.

Atónita les miró a los dos mientras Raymond empezaba a relatar lo que había

presenciado— La boda fue muy triste, excelencia. Y no quiero ni mencionar como la trató al

llegar.

—Lo he comprendido, Raymond. Gracias— dijo la duquesa mirándola. Estaba muy

avergonzada.—Déjanos solas.

—Excelencia, milady. —salió cerrando las puertas dobles tras él.

La duquesa la miró atentamente— No me parecías cobarde cuando te conocí y no creo

que lo seas. —estiró su brazo para coger la copa de jerez— Tienes que tener valor para pedir

matrimonio a un hombre como mi sobrino y con sus antecedentes.—ella no respondió mientras

se apretaba las manos— ¿Te asusta tener un hijo suyo?

La miró sorprendida— ¡No!

—¿Te asusta algo de él?

Desvió la mirada— Me hace daño. Sus palabras me hacen daño.—Elisa apretó los labios

escuchándola— No me quiere a su lado. Él me dice que no lograré tener un hijo suyo y me habla

con desprecio. Me trata...

—¿Como sino le importara que te murieras?

Ella abrió los ojos como platos— ¡Sí! No le importa hacerme daño con lo que dice o

hace. Ni siquiera se dignó a comprar unas alianzas para nuestro matrimonio y se fue al día

siguiente de casarnos.

—¿Te tocó?

Se sonrojó intensamente— ¿Qué si me tocó?

—¿Te hizo el amor?

—No sé si eso puede llamarse hacer el amor— dijo enfadándose. Se levantó nerviosa y

empezó a caminar de un lado a otro.

—¿No fue tierno contigo?— preguntó con pena.

La miró con horror— ¿Tierno? Fue brusco, incluso brutal en una ocasión— sus ojos se

llenaron de lágrimas—Que Dios me perdone, pero desde que se ha ido me siento tranquila

porque sé que no va hacer o decir algo que me haga daño. —ya no pudo detenerse.— Dice que no

quiere una esposa, ni una amiga, ni una amante. Quiere su heredero y después puedo pudrirme.

—¡Válgame Dios!—dijo Elisa horrorizada.

—No soporta mi presencia. ¡No sé porque se ha casado conmigo si tan repulsiva soy!—

sin poder evitarlo se echó a llorar y Elisa la abrazó.

50

—No llores, mi niña— le acarició la espalda intentando calmarla.— Todo se va a

solucionar.

—No se va a solucionar. Yo quería casarme para que no me enviaran a vivir con mi tía

que es horrible, pero él lo es aún más.

—¿Lo has hablado con él?

—Le he dicho que al menos me trate con respeto, pero él me respondió que eso era lo que

había. Punto.

—Ven, siéntate a mi lado. Bebe esto, te sentará bien.

—No bebo alcohol.

—Es como una medicina, querida. Te sentará bien, hazme caso.

Cogió la copita de cristal que le daba y la bebió de golpe. Elisa sonrió cogiendo la copa

de su mano y dejándola sobre la mesa de café. —¿Sabes como murieron los padres de

Maximilian?

—No.

—Ella cogió unas fiebres y su esposo se contagió al no separarse de su lado. Murieron

prácticamente juntos. Con unas horas de diferencia.

—Qué triste.

—Max se casó con Sara justo tres años después. Tenía veinte años recién cumplidos.

Había pasado dos años muy duros después de la muerte de sus padres y cuando la conoció en

Londres, se enamoró al instante de ella. Era encantadora. —la miró a los ojos
— Una encantadora

de serpientes.—la miró sin entender— Conseguía todo lo que quería de él, pero a mí no me

importaba porque le hacía feliz. —suspiró mirando al vacío— En realidad fue muy feliz con ella.

No sé si hubiera durado después de unos años, pero el tiempo que duro su matrimonio, Max fue

muy feliz. —Ariel sintió un nudo en el estómago y se miró las manos que apretaba casi

compulsivamente— Cuando se enteró de su embarazo casi estalla de alegría. Sara tuvo un

embarazo difícil y prácticamente en el último periodo casi no salió de la cama, quejándose de su

estado a todas horas. Él fue muy paciente y cariñoso, intentando que su convalecencia fuera lo

más amena posible.—la cogió de la mano y vio la herida en su palma que estaba cicatrizando—

El día que se puso de parto fue horrible. Sara agonizaba y él impotente escuchó como moría la

mujer que amaba y su hija. —Ariel la miró— Sí, era una niña. Demasiado grande, según dijo el

médico. No la pudo expulsar y se le quedó encajada.

Se quedaron unos segundos en silencio— Meredith era distinta. Después de cuatro años

viudo decidió casarse otra vez por tener descendencia, no porque la amara. Pero Meredith nunca

lo supo. Se sintió querida hasta el último momento, que también fue muy duro.

—Y ahora me toca a mí – dijo entendiendo lo que estaba pasando sintiendo un nudo en la

garganta.— y no me merezco nada.

—No quiere sufrir otra vez.

La pena de su mirada la hizo levantarse furiosa— No tiene derecho a tratarme peor que

un perro porque él no quiera sufrir. ¿Y yo qué?

—Tienes que entender...

—Disculpe, duquesa— dijo antes de salir corriendo del salón. Raymond la vio subir

corriendo las escaleras y cuando vio la imagen de Lady Sara le dio tanta rabia que ella lo hubiera

tenido todo, cuando ella no tenía nada. Corriendo fue hasta su habitación y cerró de un portazo.

Se dejó caer en la cama llorando pensando en lo injusta que era la vida. En lo injusto que

era Max por no darle una oportunidad. Tenía que aceptarlo. Tenía que aceptar que no la querría

nunca y entonces perdió el aliento al darse cuenta que lo deseaba intensamente. Deseaba que él

51

la amara y entendió que eso no pasaría nunca, porque seguía enamorado de su primera mujer.

Capítulo 7

Llorando se quedó dormida y una caricia en la espalda la despertó.
Sobresaltada se giró y

se echó a llorar cuando vio a Maggie sentada a su lado. La abrazó con fuerza
— No vuelvas a

dejarme sola.

—No, mi niña. Nunca más.—la besó en la coronilla mientras la acunaba
como cuando

era una niña.— ¿Qué ha pasado para que estés así, mi amor?

Ella se lo contó entre lágrimas desahogándose. Incluso le habló sobre la
conversación con

la duquesa.— Eh, ¿y dónde está el problema, Ariel?

La miró confusa— Te lo he explicado.

—No me has dicho nada que no supieras antes de irte de Londres. Sabías que
había

estado casado y el motivo de su viudez. Sabías que no quería casarse y sabías
que sólo quería un

hijo. ¿Dónde está el drama?— tragó saliva sentándose bien para mirarla—
¿Te ha tratado de

manera más brusca de lo que esperabas? Sabías que no sería fácil. Tienes que
darle un hijo. —le

limpió las lágrimas de la cara— Esa es tu función y si se enamora de ti pues

mucho mejor. Sino

es así, tendrás una vida plena en una casa bonita y con un hijo.

Maggie sonrió mirando sus ojos— Lo que ocurre es que tú te has enamorado de él y

quieres que te ame.

—¿Tú crees?—Maggie levantó una ceja— Me gustaría que me amara ¿y qué? ¡Es mi

marido!

—Pero eso no es en lo que quedasteis en principio. Es misión tuya convencerlo de lo

contrario.

—¿Misión mía? ¡Sino quiere ni mirarme! —dijo furiosa.—Maggie reprimió una risita y

supo que escondía un secreto—¡Suéltalo Maggie!

—El día que te fuiste fui a ver a Madame Blanchard.—dijo misteriosa.

—¿Me has traído los vestidos nuevos?—preguntó indiferente.

—Te he traído mucho más. Cuando escuché a tu hombre en casa de tu prima, supe que

necesitábamos artillería pesada si querías conquistarlo y lo hablé con Madame.

Abrió los ojos como platos—¿Estás loca? Lo sabrá todo Londres.

—Una mujer que trabaja para casi todas las amantes de la alta sociedad tiene que saber

mucho del tema, así que era la adecuada. Además es muy discreta. La interrogué antes de decirle

de qué se trataba.

—¿Y qué te dijo?

—Me dijo que tu vestuario ya no valía— echó una risita— Se puso histérica con su

nuevo reto y mandó llamar a su ayudante más eficiente. Entre las dos idearon un nuevo vestuario

y te puedo asegurar que es una maravilla.

—¿No me has traído los vestidos que encargué?— gritó asustada por la factura que le

llegaría a su padre.

—Esos los han reformado para una mujer casada y no para una debutante. Y te han hecho

varios más que son espléndidos y que mostrarán tus encantos. Eso por no hablar de la ropa

interior, que es una obra de arte. Incluso los corsés van bordados. Te ha enviado de todo, incluso

unos camisones que habría que ser de piedra para no adorarte con ellos.

Ariel sonrió—¿De veras?

—Y varios perfumes para que elijas. Se ha encargado de todo en un tiempo record,

incluso de los zapatos y los sombreros. Esa mujer hace milagros. Por eso hemos llegado días más

tarde. Me negaba a salir de Londres sin tu ropa terminada. El señor Robbings se ponía de los

nervios cada vez que venía y no había llegado tu ropa.

Al hablar del valet de Max sus ojos brillaron y la miró con desconfianza—¿Cómo es el

señor Robbings?

Su amiga se sonrojó intensamente y se levantó de la cama— Muy guapo.

—¡Dios mío, te has enamorado!

—¡No! Bueno un poco.

—¿Te trata bien?

—Más bien soy yo la que lo trato a patadas, pero se lo merece por estirado.—

soltó una

risita. —Ayer me acorraló en el pasillo de la posada y me dio un besito.

Ariel se llevó una mano al pecho encantada por su amiga— Me alegro mucho por ti.

—Gracias, mi amor. Ahora vamos a arreglarte porque tu esposo puede llegar en cualquier

momento.

Esas palabras la pusieron en tensión— ¿Cómo lo sabes?

—Porque su tía me lo ha dicho. Le ha enviado recado diciendo que está de visita.— Ariel

gimió tapándose la cara con las manos.— Puede que no llegue para la cena, pero al final llegará

y quiero que te vea radiante.

La vistió con un impresionante vestido de noche rosa con rosas bordadas por toda la

falda. El escote era muy pronunciado, pero no le dio importancia pues sólo la iba a ver la familia.

Crissi le recogió el cabello en lo alto de la cabeza dejando dos rizos rozando su hombro

izquierdo. —Está preciosa, milady.— dijo la doncella emocionada.

—Para quien me va a ver...— dijo indiferente.

—Te vas a ver tú y la tía de tu marido. Y deja de protestar de una vez, sino quieres que te

caliente el trasero— dijo Maggie con las manos en las caderas.

Ariel se echó a reír saliendo de su habitación y cuando cerró la puerta, se detuvo en seco

al ver a Max en el descansillo mirándola. —Buenas noches— susurró cuando recuperó la voz

después de días sin verlo. Estaba guapísimo con sus pantalones beige de montar y su chaqueta

marrón.

—Buenas noches, Ariel— caminó hacia ella sin dejar de mirarla de arriba abajo— Estás

muy elegante.

Ella sonrió radiante— Me lo ha traído Maggie de Londres —se dio la vuelta como una

niña— ¿A que es precioso?

—No está mal— se volvió y entró en su habitación robándole la alegría.

Maggie abrió la puerta y le hizo un gesto para que no le diera importancia, pero su moral

estaba por los suelos. Tomó aire y fue hacia las escaleras. Las bajó sumida en sus pensamientos

mientras Raymond la miraba admirado— Marquesa, esta noche está arrebatadora.

Sonrió tímidamente al llegar abajo— Gracias, Raymond. ¿La duquesa?

—Está en el salón, milady.

Fue hasta allí y vio a la tía de su marido tomando un jerez mirando el fuego.

—Elisa...

54

La mujer la miró y sonrió abiertamente— Preciosa. Simplemente preciosa.

—Quería disculparme...

—Querida, no tienes que disculparte absolutamente por nada. Soy una entrometida.

—Sólo quieres ayudar y eso no es malo— se sentó a su lado antes de susurrar
—Está aquí

—¿Y ha visto lo maravillosa que estás?

—Ha dicho, no está mal.

La duquesa se echó a reír a carcajadas y Ariel la miró asombrada.— Debo decir que mi

sobrino es algo cabezota.

—¿No me digas?

La duquesa siguió riendo y se partía de la risa cuando Max hizo acto de presencia con un

traje negro de noche que a Ariel le robó el aliento.

Se acercó y le dio un beso en la mejilla a su tía. — ¿A qué se debe esta visita?

—Quería conocer a tu maravillosa esposa.— dijo descarada antes de beber su jerez y

tenderle la copita de cristal a su sobrino.— Llénala, por favor.

Max sonrió irónico— Así que querías conocer a Ariel. Recuerdo cierto baile donde os vi

hablando.

—Oh sí que hable con ella, pero era soltera en ese momento. Cuando me enteré de tu

matrimonio, no sabía que era mi encantadora Ariel la afortunada.

—¿Ah no?

—¿Dudas de mi palabra, sobrino?— preguntó indignada, mintiendo descaradamente.

—No se me ocurriría— respondió divertido. Ariel lo miraba asombrada porque nunca lo

había visto tan relajado. Parecía otra persona. Fue hasta el mueble bar y sirvió una copa de jerez.

— ¿Quieres un refresco, Ariel?

—Tráele un jerez.

—Ariel no bebe— se giró para mirar a su esposa.

Ella entrecerró los ojos y retándolo dijo— Un jerez, por favor.

Max disimuló una sonrisa y sirvió las dos copas. Al coger la copa de su mano, sus dedos

se rozaron y sus miradas se cruzaron. Ariel sintió el mismo calor en el estómago que el día que lo

conoció y sus esperanzas renacieron.—Decirme qué razón hay para que no os hayáis ido de luna

de miel.

Ariel se sonrojó intensamente mientras Max se sentaba en una de las butacas con otra

copa de coñac. — ¿Qué ya he tenido dos?

Al ver por donde iba la conversación Ariel se bebió la copa de golpe y miró a su marido

que arqueó una ceja mirando su copa.— Tu esposa no ha tenido ninguna. Como no ha tenido una

boda decente y como Dios manda. Me atrevo a decir que no ha tenido nada que cualquier

debutante desearía.— miró acusadoramente a su sobrino que se encogió de hombros.

—Tiene marido.

Su tía lo miró asombrada— Pero ¿quién te crees que eres?

Max entrecerró los ojos— ¿Qué quieres decir?

—Debes creerte un hijo de los dioses o algo así. Eres un amargado de mal carácter que

sólo piensa en sí mismo. ¿Qué puedes ofrecerle tú a ella?

—¡Tía!

—¡No me digas tía!— exclamó furiosa— ¿Qué le has ofrecido tú a ella para que sea tu

esposa?

Max miró acusador a Ariel que cogió la copa de la tía y se la bebió de golpe esperando

que esa medicina no la dejara llorar ante ellos— ¿Qué le has contado?

—¿Crees que la servidumbre no habla? ¿Crees que no me han dicho lo que le has hecho a

esta criatura?

—¡Esta criatura quería casarse para escapar de su padre!

—¡Y ha caído en tus manos! Y tú la tratas como basura porque te crees con el derecho a

hacerlo, ¿verdad? ¡En lugar de apiadarte de ella, te has aprovechado de su debilidad!

Ariel ya no pudo soportar retener las lágrimas y salió corriendo, pero en lugar de subir a

la habitación salió fuera de la casa. Corrió hacia el establo y se subió a Niebla. Abandonó el

establo a todo galope mientras James padre gritaba como un loco que se detuviera.

Las lágrimas no la dejaban ver y se abrazó al cuello de Niebla suplicándole que se la

llevara lejos. Galopó durante mucho rato y sólo cuando se dio cuenta que Niebla estaba agotado

se detuvo. Hacía frío pero ella no era consciente de ello. Sin importarle el vestido nuevo, se dejó

caer en la hierba mirando el riachuelo donde Niebla estaba bebiendo. No quería pensar en lo que

había dicho Elisa. No quería pensar en nada. Sólo quería estar sola. Esos días

sin él había podido

relajarse, pero había sido pisar la casa y volver a hacerle daño. No quería seguir así. No se veía

capaz. Estaba en un vaivén emocional que la volvería loca si continuaba así. Tenía que cerrarse a

él. Era su esposa, pero debía excluirlo de su vida si quería sobrevivir. No iba a intentar

enamorarlo, ni seducirlo, ni nada. Sería para ella una sombra de la casa que intentaría evitar.

Escuchó varios caballos a su espalda, pero no se giró sin dejar de mirar el agua. Escuchó

pasos en la hierba y varios caballos que se alejaban. Su espalda se tensó cuando alguien le puso

una chaqueta sobre los hombros— Vamos a la casa, Ariel. Vas a coger frío. — las palabras de

Max la emocionaron. Se sintió una estúpida por sentirse así y no pudo evitar que una lágrima se

le escapara.— Ariel...— se acuclilló a su lado— Sabías lo que pensaba. Sabías lo que quería. Yo

no te engañé en ningún momento.

—Lo sé— susurró sin dejar de mirar el riachuelo.—No hace falta que lo repitas. Quieres

un heredero, nada más. Son tus formas las que no soporto.

—Yo soy así— dijo molesto.

Ella se volvió hacia él y le miró a los ojos— Con tu primera esposa no eras

así.

Max se tensó y la miró furioso— Sara era distinta a ti. ¡A ella la amaba!— esas palabras

fueron como cuchillos en su corazón. Aunque sabía que no la amaba, que se lo dijera tan

crudamente era muy doloroso.

—Con tu segunda esposa tampoco eras así. ¿A ella también la amabas?

Él entrecerró los ojos—No entiendes nada.

—Tienes razón. No te entiendo. No entiendo porque me odias ni porque me tratas así

pero ¿sabes que?— volvió la vista al arroyo.

—¿Qué?

—Me da igual. Ya me da igual. —se levantó lentamente dejando caer la chaqueta de

Max.— Tendrás tu heredero y después me iré a vivir a Londres con el niño.

—El niño se queda aquí— dijo furioso.— ¡Se criará aquí como yo!

—¡Dijiste que podría vivir mi vida!

—¡El niño se queda aquí!

—¡No voy a abandonar a mi hijo!— gritó asombrada.

—Te he dicho mil veces que puedes hacer lo que quieras— dijo con desprecio como si le

diera igual que se muriera después de parir.

Muerta de dolor, gritó sintiéndose enjaulada antes de salir corriendo, sorprendiéndolo

cuando se subió a Niebla de un salto saliendo a galope. — ¡Ariel!— gritó Max al verla cabalgar

como una loca. Ella miró hacia atrás y ni sintió la rama que la golpeó en la cabeza lanzándola

56

fuera de su montura. Ariel perdió el sentido en el acto, cayendo desplomada como una muñeca

en el suelo.

En varios momentos escuchó gritos a su alrededor. Le pareció escuchar la voz de Max

pero lo descartó pensando que no era posible. La que sí escuchó fue a Maggie llorando y se

preocupó por lo que habría pasado, pero le dolía mucho la cabeza. Le era imposible abrir los ojos

para consolarla. Gimió sintiendo sus labios secos y suspiró cuando se los mojaron— Vamos

preciosa, abre los ojos— le susurraron al oído.— Abre esos preciosos ojos para mí.— Ariel

protestó frunciendo el ceño, lo que hizo que le doliera más la cabeza antes de no oír nada más

otra vez.

El calor la hizo despertarse y gimió apartando las sábanas. Abrió los ojos porque alguien

se lo impidió y vio allí a Maggie.— No te destapes, mi vida. —dijo reteniendo las lágrimas.

—¿Por qué lloras?— preguntó asustada.— ¿Qué ha pasado?

—Nada, mi vida. Has estado malita, pero te pondrás bien pronto— le acarició el cabello y

Ariel suspiró.

—¿Por eso me duele la cabeza?

—Sí, cielo.

—No te preocupes. Me pondré bien.— intentó sonreír pero no pudo.

Una puerta se abrió y su marido entró en la habitación— ¿Has vuelto?— preguntó ella

sorprendida— ¿Cuándo has llegado?—Max la miró y pareció aliviado. Ariel se fijó en él y no

tenía buen aspecto— ¿Tú también has estado enfermo?

—Milord...— la voz de advertencia de Maggie la puso alerta.

—¿Qué ocurre Maggie?

Max se sentó en la cama a su lado y le cogió la mano. Eso sí que le extraño y apartó la

mano, haciendo que su marido se pasara una mano por la frente— Ariel te has caído del caballo.

Lo miró sorprendida— ¿De veras?— miró a Maggie buscando confirmación y su tata

asintió con la cabeza— Nunca me había caído del caballo que yo recuerde.

Maggie se echó a llorar— Estabas distraída, mi vida.

—Sí, sería eso— suspiró cerrando los ojos – Me duele la cabeza.— volvió a abrir los ojos

y se fijó en Max— ¿Y qué haces tú aquí?—lo preguntó tan naturalmente que Max no supo qué

decir— Tendrás cosas que hacer. Fincas que visitar. Ahora no puedo hacer el amor contigo. Así

que lo del niño tendrá que esperar

Max palideció—Quería comprobar que estabas bien.

—¿Por qué? ¿Qué te importa a ti si me muero o no?— no había malicia en su pregunta.

Era una realidad que los dejó a todos paralizados.

—Marqués por favor...

Su marido se levantó lentamente —Os dejaré solas.— fue hasta su habitación y cerró la

puerta suavemente.

—Uff, menos mal que se ha ido— volvió a gemir cerrando los ojos.— Me tensa que esté

a mi lado.

—Descansa, mi vida. Eso no importa ahora.

—Tengo sed.

Maggie le dio de beber – ¿Quieres comer algo?

—No. Tengo el estómago revuelto.—descansó la cabeza y suspiró de alivio. Subió la

mano hasta su pómulo porque le dolía y se alarmó al ver que lo tenía hinchado.

—Te has dado un buen golpe. —susurró su tata acariciando su cabello—
Duerme, mi niña.

Tu cuerpo tiene que descansar.

—Sí... estoy agotada.

La siguiente vez que se despertó era de día. Habían abierto las cortinas y ella protestó

tapándose los ojos con las manos— Cerrar las cortinas. Me duelen los ojos

Las cortinas se cerraron rápidamente y suspiró de alivio. Escuchó pasos hacia la cama—

¿Maggie?

—Está en la cocina preparándote el desayuno.—la voz de Max la tensó con evidencia y

abrió los ojos. Max estaba ante ella a los pies de la cama.—Tranquila, no te voy a pedir que te

entregues a mí.

—No tenía intención de hacerlo. No tengo ganas de discutir y si es lo que quieres...

—No quiero discutir— suspiró y se pasó la mano por su cabello negro.— Sólo quería

comprobar que estabas mejor.

—Estoy mejor, gracias— dijo educadamente como si fuera un desconocido.

—¿Necesitas algo?— parecía incómodo y eso la sorprendió.

—¿Qué diablos te pasa?

—Nada.

—Estás muy raro.—suspiró cerrando los ojos.— ¿Puedes dejarme sola?

—Sí, claro.

Se sorprendió al sentir su aliento sobre ella y abrió los ojos— ¿Qué haces?

—Estaba mirando el golpe.

—Ah.— cuando se acercó algo más y ella entrecerró los ojos porque no estaba mirando

su golpe sino sus labios. — ¿Ves mal? Te estás acercando mucho.

—¿Tú crees?— susurró casi acariciando sus labios.

Ariel giró el cuello mostrando su golpe y Max suspiró.— ¿Ya lo has visto?

—Sí.

—Bien ¿ahora puedes irte?

La puerta se abrió en ese momento y entró Maggie— ¡Estás despierta!

—Sí —sonrió a su tata que llevaba una bandeja en las manos.

Maggie pasó al lado de Max sin mirarlo y dejó la bandeja en la mesilla de noche— ¡No

Maggie!— dijo al ver el desayuno y la botellita que había al lado.

—No protestes. Tomarás el aceite de ricino para estar bien. Te dará fuerza.

Max se sentó en la cama observando divertido y ella lo fulminó con la mirada

— ¿No te

ibas?

Se cruzó de brazos— Me apetece ver como desayunas.

—Muy gracioso.— se volvió a Maggie y dijo maliciosa— Me la tomaré si se la toma él.

Maggie entrecerró los ojos mirando al Marqués que negó con la cabeza.— Ni hablar.

—¿Si se la toma él no protestarás, ni harás caras?

Sonrió abiertamente pues él se había negado —Lo prometo. Si se la toma, no protestaré.

Maggie echó una cucharada de aceite en la cuchara y se acercó al Marqués que abrió la

boca de inmediato. Sorprendida puso cara de asco cuando vio como lo tragaba— Habéis hecho

trampas.

—Lo has prometido— dijo Maggie echando aceite en la misma cuchara.

Ariel miró a su marido— ¿Cómo lo has conseguido tragar esa porquería?

—No respire.

Viendo como la cuchara se acercaba se tapó la nariz haciendo reír a su esposo.— ¡No

tiene gracia!

—¡Abre la boca!— Maggie le acercó la cuchara a la boca y se la metió hasta la

campanilla. Una arcada la invadió— ¡Traga!

Negó con la cabeza intentándolo y los ojos se le llenaron de lágrimas.—
¡Maggie no

respira!— Max se levantó asustado y cogió la bacinilla— ¡Escúpelo!

Otra arcada hizo que tuviera que escupirlo en la bacinilla. Estaba pálida porque las

nauseas habían provocado que el dolor de cabeza aumentara. Maggie la ayudó a tumbarse en la

cama.— Odio el aceite de ricino— gimió mientras cerraba los ojos.

—Perdona, nenita— dijo Maggie arrepentida.

—Tranquila, ha merecido la pena con tal de ver a Max tomándose esa asquerosidad.

—Muy graciosa.

El dolor de cabeza se hizo más intenso y no se dio cuenta que su ojo derecho dejó caer

una lágrima. —Cielo ¿quieres desayunar?—gimió en respuesta.

—Maggie, dame ese té.— Max se sentó a su lado y la cogió por los hombros levantándola.

—¿Qué haces?

—Te vendrá bien para quitar ese mal sabor de boca.— le acercó la taza a la boca y bebió

un sorbo. Le sentó bien en el estómago y bebió un poco más.— Así, poco a poco.

Lo miró de reojo— Estás muy raro.

—¿De veras?— parecía divertido con el asunto.

—Sí y no me gusta. Pareces otra persona.

Él levantó una ceja— Así que prefieres que te grite.

—Sí y que me ignores. —él apretó los labios— Que seas amable me parece raro. —le miró

con desconfianza— ¿Qué has hecho?

Maggie rió por lo bajo y Max la fulminó con la mirada.— ¡No tiene gracia!

—Tiene razón, Marqués. No la tiene.— dijo mintiendo descaradamente.— Voy a dar una

vuelta.

—Sí, será lo mejor.

Cuando Maggie salió de la habitación y Ariel termino su té, su marido la ayudó a

recostarse.— Así que has hecho algo. Si me has sido infiel, tranquilo no te lo tendré en cuenta.—

Max se sonrojó intensamente y ella entrecerró los ojos. Increíblemente no sintió celos. No sintió

nada. Chaqueó la lengua cerrando los ojos— Los hombres nunca son de fiar.

—Eso no es justo.

Bufó en respuesta antes de continuar— Mi marido me ha sido infiel y no

llevamos una
semana casados.

—Me haces parecer un monstruo.

—Mira ¿por qué no me dejas dormir? ¡Lo único que quiero en este momento es que

desaparezca este maldito dolor de cabeza!— gritó frustrada sin saber por qué.

Max se levantó en silencio y salió de la habitación por la puerta principal.
Ariel tenía

muchas ganas de llorar pero ya estaba harta. Enterarse cuando has tenido un accidente que tu

marido te ha sido infiel siendo recién casada, dolía. Ella no le importaba en absoluto, eso estaba

más que claro y sentía dentro una frustración que no entendía. Como si se sintiera encerrada. En

cuanto diera a luz, todo sería distinto. Seguirían caminos separados y ella podría llevar la vida

que había llevado esos días. No había estado mal del todo. Además tendría a Maggie y al niño.

Suspiró contentándose a sí misma e intentó dormir un rato.

Pero no lo consiguió. Solo dio vueltas en la cama y el dolor se volvió insoportable.

Decidió sentarse y se mareó un poco al hacerlo. Apartó las sábanas para usar el orinal y sacó las

piernas de la cama. El mareo se hizo más intenso. Tomó aire porque tenía náuseas y pensó que

59

vomitaría lo poco que tenía en el estómago pero poco a poco las nauseas cesaron y consiguió

levantarse. La puerta se abrió y Crissi entró en la habitación— Milady, no se levante— susurró

acercándose y cogiéndola del brazo.

—Quiero usar el orinal.

—Yo la ayudo.

Fue un alivio tener en quien apoyarse y cuando la metió en la cama se sentó a su lado. –

¿Cómo se encuentra?

—Me duele la cabeza.

Crissi se levantó y mojó una toalla. Se acercó a ella y se la colocó sobre la cabeza.

Suspiró de alivio pues se encontró mejor— A mi madre le aliviaba cuando le dolía.

—Háblame de tu madre.

Crissi sonrió con tristeza— Murió hace unos años.

—Lo siento.

—Tenía mucho carácter, pero para cuidar nueve hijos tenía que tenerlo.

—¡Nueve hijos! Pobre mujer.

Crissi se echó a reír. —Pues tengo una prima que tiene doce hermanos.

—En tu pueblo se aburrían mucho ¿verdad?

Crissi se echó a reír a carcajadas sin poder evitarlo y Ariel sonrió—
Cuéntame más.

—Todos están casados menos yo, que soy la pequeña.

—¿Quieres casarte?

—Oh sí. Tengo novio ¿sabe, milady?

—¿De verdad?— sonrió escuchándola— Cuéntame como es.

—Es muy guapo. Trabaja en el pueblo. Es muy bueno con las manos y trabaja la madera.

—¿Te quiere?— preguntó casi con tristeza.

—Yo creo que sí— respondió mirándola a los ojos.

—Eso es lo más importante. Es lo que te hará feliz.

—Quiere que nos casemos el año que viene cuando tenga ahorrado algo de dinero.

Quiere que sea la señora de mi casa.

—Así que te cuida.

—Sí, milady. Me cuida mucho.

—Eso está bien. —sonrió con tristeza. No se podía creer que tuviera envidia de su

doncella— Cuéntame. ¿Ya habéis hablado de la boda?

—Queremos que sea en el pueblo, milady— dijo ilusionada.— Y que haya

muchas

flores.

—¿Habrá banquete?

—Una comida para la familia nada más.

—¿Irás de blanco?

Crissi hizo una mueca.— No me vestiré de novia. El vestido es muy caro y quiero ahorrar

el dinero para otras cosas.

—Yo te regalaré el vestido.—su doncella se llevó la mano al pecho sorprendida— Tienes

que ir perfecta en tu día.

—No tiene que hacerlo, milady.

—Claro que sí— sonrió cerrando los ojos encontrándose mucho mejor— El día de tu

boda es el más importante de tu vida y tiene que ser maravilloso. Yo te regalaré el vestido.— se

iba durmiendo a medida que decía esas palabras y Crissi la miró con lágrimas en los ojos. Se

levantó lentamente de la cama y se giró para echar más leña al fuego, cuando vio al Marques en

60

la puerta de comunicación mirando a su esposa pensativo. –Se ha dormido, milord— susurró

para no despertar a Ariel.

Él asintió girándose y entrando en su habitación sin decir una palabra. Crissi hizo una

mueca y echó el leño al fuego pensando que la Marquesa no se merecía un marido así.

61

Capítulo 8

Dos días después, Ariel se encontraba mucho mejor y ya podía sentarse en la cama sin

marearse. Estaba hablando con Maggie sobre si reformar uno de sus vestidos antiguos cuando

llamaron a la puerta. La duquesa de Wroughton apareció en la puerta y Ariel se quedó con la

boca abierta.— ¿Cómo estás, querida?

—Pase, por favor. No se quede ahí.

—¿Ahora no me tuteas?

—Perdona— respondió sonrojándose. —Me encuentro mejor, gracias.

—Nos diste un susto terrible, pequeña— la duquesa se acercó con un impecable traje rosa

con encajes negros y se sentó en una silla a su lado mirándola bien mientras Ariel la observaba

confusa.

Maggie carraspeó pero Elisa no le hizo caso— Cuando saliste corriendo, pensábamos que

habías subido a tu habitación.— Ariel se quedó en shock —pero cuando llegó corriendo el jefe de

los establos...

—Duquesa...

Ariel ya no las escuchaba recordando lo que ocurrió ese día. Como la duquesa había

llegado por sorpresa y se había sincerado con ella. Como se había puesto preciosa para esa noche

y el desprecio de su esposo. Como hablaron de ella como sino estuviera en la habitación. Pero

sobre todo lo que recordó fue como su marido le dijo que ella podía hacer lo que quisiera

después de tener al niño, pero que el niño se criaría en Sheringham Hall. Palideció mientras la

duquesa seguía hablando.— ¡Duquesa!—Elisa miró a Maggie— ¡No recordaba esa noche!

Elisa miró preocupada a Ariel— Querida, lo siento. No lo sabía.

—Ariel ¿estás bien?— preguntó Maggie sentándose en la cama.

—Sí— se miró las manos que apretaban las sábanas con fuerza. —Estoy bien. Fue culpa

mía —dijo hablando del accidente.—Cuando me golpeé estaba distraída.

—Maximilian se llevó un buen susto. Todos en realidad, cuando te vimos inconsciente.— le miró la mejilla y sonrió— Pero afortunadamente te pondrás bien.

—Sí.— forzó una sonrisa— Me pondré bien. ¿Niebla está bien?

—Oh sí. —respondió la duquesa mirando a su alrededor.—Que recuerdos tengo de esta

habitación.

—Era la habitación de su madre ¿verdad?

—Sí. Mi hermano y yo nos colábamos para despertarla por las mañanas. —
suspiró

mirando uno de los cuadros. —Mi cuñada decoró toda la casa, pero mi
hermano se negó a que se

tocara esta habitación.

—Que bonito— susurró Maggie.

—En esta habitación ha habido mucho amor. Los padres de Max también
fueron muy

felices.— la miró a los ojos— Y tú conseguirás ser feliz también. Ya lo verás.

62

—Eso sino me muero antes— respondió irónica.

—Esa actitud no me gusta. —dijo Maggie levantándose enfadada.—Tienes que luchar por

lo que quieres.

—El que sabe muy bien lo que quiere es él.—dijo divertida.—Además ya me da igual.

Elisa miró a Maggie— ¿Tú que opinas, Maggie?

—¡Opino que ese hombre puede que haya sufrido mucho, pero no tiene derecho a tratar

así a mi niña!— Maggie estaba indignada— ¡Le pegaría una patada en el trasero si pudiera!

—¡Bravo!— exclamó Elisa sonriendo.

Ariel las miró a las dos asombrada, pero no dijo ni pío mientras se explayaban.—Mi niña

también a sufrido lo suyo ¿sabe? ¡Su padre y su hermano son auténticos sádicos! Y he tenido que

ver como la trataban así durante diecinueve años. ¡No pienso consentir que maltraten más a mi

niña!— dijo furiosa.

—Max no es mala persona. Está ofuscado, eso es todo.

—¡Ofuscado! ¡Le ha puesto los cuernos a mi niña apenas unos días después de casarse!

Elisa dejó caer la mandíbula del asombro— ¡No!

—¡Se casa y la deja aquí sola sin conocer a nadie, para irse por ahí sabe Dios con quién!

Ariel se sonrojó intensamente. Se lo había dicho a Maggie en un momento de debilidad y

ahora se arrepentía. — ¡Esto es intolerable!

—¡Me cayó bien el Marqués cuando lo vi por primera vez, pero esto ha pasado de

castaño oscuro!

—¡Callaros, por favor!— gimió ella tapándose la cara con las manos de la vergüenza.

Se quedaron en silencio y después de unos minutos ella apartó las manos para mirarlas—

Las cosas son así y no tienen arreglo. Le prometí un heredero si se casaba conmigo y es lo que le

voy a dar. Y ahí se acaba todo. —las miró muy seria. —No quiero hablar más del asunto. No quiero

que digáis una palabra más sobre el tema. No quiero que le digáis nada. Esto es asunto nuestro,

no vuestro. ¿Lo habéis entendido?

—¿Pero no vas a hacer nada?— preguntó Elisa.— Mi marido tampoco me quería cuando

me casé y ahora me adora.

—¿Y cómo lo hizo?— preguntó Maggie interesada.

—Pues...

—¡Basta!— gritó ella frustrada— Dejarme sola, por favor.

Maggie entrecerró los ojos y se cruzó de brazos. Cuando tenía esa actitud no se daba por

vencida. Ariel suspiró dejándose caer en las almohadas y cerrando los ojos—
Nenita...

—Déjame sola.

—Dejémosla que descanse un rato, antes de volver a la carga.— dijo la
Duquesa

divertida.—Esto se va a solucionar como que soy Duquesa.

Atónita volvió a abrir los ojos y las vio salir de la habitación chismorreando.
Bufó

girándose y mirando hacia la ventana. Empezaba a hacer mejor tiempo y
echaba de menos salir

al exterior. Se levantó y fue hasta la ventana. La abrió y sonrió al sentir el sol
sobre su piel. Se

sentó en el banco de la ventana con las piernas encogidas mirando al exterior
— Ariel ¿qué

haces?

Se sobresaltó al oír la voz de su marido, que había entrado en la habitación y
se acercaba

a ella con paso firme.—Nada.

Max cerró la ventana—¿Estás loca? ¿Quieres coger un enfriamiento?

—¿Y a ti qué te importa?— furiosa volvió a abrir la ventana y Max la volvió

a cerrar.

—Si no me importara, no diría nada ¿no crees?

63

Ella chasqueó la lengua mirando al exterior.—No sé, viniendo de ti puedes hacerlo sólo

por fastidiar.

Max se sentó a su lado y la cogió por la barbilla para mirarla bien— Veo que estás mejor.

—Ahora no tengo ganas— dijo desviando la barbilla.

—¿Ganas de qué?

—De abrirme de piernas.

Max la miró furioso— ¡No hables así!

—¿No se llama así? —dijo aparentando sorpresa— Tú dijiste que se llamaba así.

—¿Estás intentando provocarme?

—No se me ocurriría— susurró mirando al exterior ignorándolo. Un pájaro se posó en el

alfeizar de la ventana y sin moverse se lo quedó mirando hasta que emprendió el vuelo. Suspiró

al verlo irse deseando desaparecer con él. Al parecer no tenía derecho ni ha estar en su habitación

tranquila. No pensaba dirigirle la palabra a no ser que fuera estrictamente necesario, pero sabía

que la estaba mirando y la estaba poniendo de los nervios. Al cabo de unos minutos volvió la

cabeza furiosa—¿Qué?

Max sonrió divertido— Sabía que no te aguantarías mucho tiempo. ¿Quieres jugar a las

cartas?

—¡No! ¡Quiero que te vayas!

—¿Al ajedrez?

Ella entrecerró los ojos— ¿Qué rayos te ocurre?

—Me aburro.

—¡Pues sal a montar a caballo o a acostarte con una de tus amantes, pero a mí déjame en

paz!— se levantó furiosa y fue hasta la cama tapándose hasta la cabeza.

Escuchó como paseaba por la habitación y volvía hacia la cama. Cuando algo cayó al

suelo se destapó la cara para ver que se estaba quitando las botas. — ¿Qué haces?

—Voy a acostarme con una de mis amantes.

Ariel le miró asombrada— Estoy enferma.

—No lo pareces. A parte del morado de tu cara estás muy bien.— se quitó la chaqueta

mirándola fijamente. Había perdido la sonrisa y sus ojos negros indicaban que no quería un no

por respuesta.

Ariel bufó —Está bien. Qué pesado eres. Pero no tardes mucho.

Él levantó una ceja y se volvió tirando la chaqueta sobre la butaca. Cuando se estaba

quitando la camisa ella preguntó— ¿Por qué te desvistes del todo?

—Quiero estar cómodo.

—Ah— ella jugueteó con el lazo de su cuello esperando a que se desvistiera.

—Antes

nunca lo habías hecho, a no ser que estuvieras ya en la cama, claro.

—Claro.—se quitó los pantalones quedándose como Dios lo trajo al mundo y Ariel

intentó recuperar el aliento. Era injusto que fuera tan apuesto. Negándose a que la impresionara

apartó las sábanas y se subió el camisón.—Quítatelo.

—¿El que?— preguntó confundida.

—Quítate el camisón— dio un paso hacia ella y Ariel frunció el ceño.

—¡No!

—¿Por qué no?

—No lo necesitas para eso.

—¡Ariel, quítate el camisón!

—¡No!

64

—¡Mujer, me exasperas!

—¡Lo mismo digo! ¡Termina de una vez!

Max entrecerró los ojos y se acostó sobre ella lentamente. Ariel miró el dosel de la cama

pero Max no se movió. Poniéndose nerviosa bajó la vista hacia él— ¿Has cambiado de opinión?

—No.—levantó una mano y le acarició uno de sus rizos. Ella levantó la vista para ver lo

que hacía.— Tienes un pelo muy suave.

Ariel entrecerró los ojos— ¿Has bebido?

Max levantó una ceja —Estoy intentando ser agradable.

—¿Por qué?

—¡No tengo ni idea!— le gritó a la cara. Ariel suspiró de alivio. Ese era el Max que

conocía. Se la quedó mirando unos segundos y agachó la cabeza para besarla suavemente en los

labios.

Ariel rechazó su beso volviendo la cara y se volvió a enfadar— Por Dios ¿qué estás

haciendo? ¿Quieres terminar de una vez?

Max entrecerró los ojos y entonces le susurró— Tendrás que ayudarme un

poco.

—¿Por qué? Siempre lo haces tú todo.

Su marido dejó caer su cabeza en su hombro y hubo un momento en que tembló

ligeramente. Carraspeó antes de levantar la cabeza otra vez— A veces los hombres necesitamos

ayuda.

—Ah— bufó y le miró a los ojos— ¿y qué tengo que hacer?

—Que te quitaras el camión ayudaría.— respondió con voz ronca.

Le miró con desconfianza pero ya la había visto desnuda, así que bajó las manos y se lo

levantó pero se le atascó porque no se había desatado el cuello. Iba a bajarlo otra vez cuando

sintió una caricia en su pecho y jadeó sorprendida— ¿Qué haces?

—¿Quieres dejar de preguntar qué hago? ¡Me desconcentras!

—¡Vale!

Se bajó el camión destapando la cabeza y él la miró a los ojos— ¿Necesitas ayuda?

—Desátame el cuello.

Max lo hizo lentamente sin dejar de mirar sus ojos y movió la cadera contra ella

cortándole el aliento.— Tienes un piel muy suave— le susurró antes de ayudarla a quitarse del

todo el camisón.

—¿De veras?

Él acercó su cara a su cuello y aspiró— Y hueles deliciosamente.— la piel de Ariel se le

erizó y sin darse cuenta arqueó la espalda. Max subió una de sus manos por su cintura hasta

llegar a su pecho y se lo rodeó con la palma de la mano. Ariel abrió los ojos como platos por el

fuego que la recorrió de arriba abajo. Acarició su pecho suavemente y apretó su pezón entre sus

dedos haciéndola jadear.— ¿Eso te ayuda?— preguntó con la voz temblorosa apretando las

almohadas entre sus dedos.

—Ummm— Max sonrió— Pero necesito más.—Su mano bajo por su vientre y Ariel lo

tensó bajo su contacto— Acaríciame.

Ariel se mordió el labio inferior y soltó las almohadas lentamente. Tembló cuando la

mano de Max llegó a su sexo y apoyó las manos en los hombros desnudos de su marido

temblando— Así —susurró él antes de acariciar sus pliegues. Ariel se sobresaltó gritando por el

placer que sintió en ese momento. Arqueó su cuello hacia atrás cerrando los ojos sin creerse del

todo lo que estaba pasando.— ¿Te gusta?

Ariel no sabía lo que le pasaba, lo único que sentía era que necesitaba más.
Se aferró a

65

sus hombros y gritó retorciéndose cuando entró en ella suavemente. — ¿Max?
— preguntó

asustada.

—Déjate llevar, Ariel— susurró en su oído antes de besar su cuello. Salió de
ella

suavemente y la embistió con fuerza haciéndola gritar, sintiendo que su
interior se tensaba. Su

marido volvió a repetir el movimiento, iniciando una cadencia que pensaba
que la volvería loca,

hasta que un último empujón la catapultó a un maravilloso mundo de colores
en donde sólo

había un placer indescriptible.

Max se dejó caer a su lado con la respiración agitada pero Ariel no se dio ni
cuenta

todavía sumergida en la neblina del éxtasis. Suspiró intentando recuperar el
aliento y abrió los

ojos lentamente. Tenía claro que si tenía que ayudarlo más veces lo haría con
gusto.

Sonrojándose por estar totalmente desnuda a la luz del día, se sentó para
coger las sábanas. Una

caricia en la espalda la sobresaltó, volviendo la vista a Max que la observaba
sonriendo sin

ningún pudor por su desnudez. Se volvió a tumbar cubriéndose con las

sábanas y le miró a los

ojos— Si necesitas ayuda otra vez, no dudes en pedirla.

Max se echó a reír a carcajadas y ella asombrada se lo comió con los ojos. No se podía

ser más guapo.

—Eres muy generosa— se apoyó en su codo para apartar un rizo de su frente.

—Lo soy. Lo que no entiendo es porque no la pediste antes.

Él perdió algo la sonrisa— Porque no quiero depender de ti.

Ariel entendió que no quería depender de ella por si se moría— Estás muy seguro de que

me voy a morir ¿verdad?

La sonrisa de Max desapareció del todo— Podías haber muerto hace cuatro días.

—Sí— susurró ella.— Todos nos podemos morir en cualquier momento. Lo importante

es el tiempo que pasamos aquí.

Max la miró a los ojos— ¿Hacemos una tregua?

—¿Una tregua?

—Podemos ser amigos...

Sintió que en su pecho se abría una puerta a la esperanza y sonrió— ¿Quieres ser mi

amigo?

Él hizo una mueca— No lo sé, ¿cómo juegas al ajedrez?

Ariel se echó a reír— Te vas a enterar...

—¿De veras?— se levantó con agilidad y fue hasta su habitación.

Se sentó y se echó a reír cuando lo vio a parecer con un enorme tablero de ajedrez. —

¿Estás loco?

—No te duele la cabeza ¿verdad?

—No, pero...— miró hacia la puerta.

—Está cerrada. No entrará nadie.— colocó el tablero sobre la cama y colocó las piezas

que habían caído.—Vamos, empieza.

Se pasaron tres horas jugando al ajedrez y quedaron empatados a partidas ganando dos

cada uno. —No está mal— dijo su marido mirándola seriamente. —Pero no te confíes, es que estoy

cansado.

—Ya. Pues yo tengo un golpe en la cabeza. Así que no estoy bien.

Se echaron a reír a carcajadas y llamaron a la puerta. — ¿Sí?

—La cena, milady.—respondió Crissi tímidamente

—Déjala ahí, Crissi. Ahora la recojo.—dijo su marido levantándose. Fue hasta su

habitación y se puso su bata. Abrió la puerta y recogió su bandeja entrando en la habitación

66

cerrando con el pie.—Esto huele de maravilla.

—Es mi cena. Vago, vístete y baja a cenar.

—¿No la compartes conmigo?— preguntó divertido.

—No, me lo comeré todo.

Al final la compartieron y ella se tumbó sonriendo. Él lo hizo a su lado—
¿No vuelves a

tu cama?

—Las sábanas están frías— dijo tiritando de frío.

—Los amigos no duermen juntos.

—Los amigos normalmente no están casados y hacen lo que hacemos
nosotros.—se

tumbó a su lado y la cogió por la cintura pegándola a él cortándole el aliento.
— ¿Cómo te

sientes?— le acarició la espalda.

—¿Necesitas ayuda otra vez?— le rodeó la cadera con la pierna y sintió
como su

respiración se alteraba dándole confianza. —Eres más perezoso de lo que
pensaba.

—Estoy agotado.— sus manos bajaron por su espalda hasta su trasero y ella
cerró los

ojos por el placer que le dio.

—Bueno, entonces dime qué debo hacer...

Esa noche fue maravillosa, pero cuando se despertó no quiso hacerse ilusiones aunque

estaba radiante y eso fue evidente para todo el mundo. Cuando llegó Crissi con el desayuno se la

quedó mirando con una sonrisa en la cara viéndola comer y cuando Maggie entró en la

habitación estaba muy contenta. Demasiado.

—¿Qué?

—Nada— le respondió disimulando mientras iba hacia el armario— ¿Te vas a levantar

hoy?

Entrecerró los ojos pero aún así respondió— Sí. Ya estoy bien para estar en la cama.

—¿Qué quieres ponerte?

Miró indiferente el armario— El vestido amarillo.

Maggie chasqueó la lengua y sacó uno azul pálido con encajes blancos— ¿Qué haces?

—Tienes que estar preciosa esta mañana.

—¿Por qué no puedo ponerme el amarillo?

—El amarillo es de los antiguos—dijo Crissi como si con eso lo entendiera todo.—El azul

realzará tu precioso busto.

Puso los ojos en blanco porque Maggie seguía sin darse por vencida. Se encogió de

hombros dejándola hacer porque no tenía ganas de discutir.

Cuando bajó las escaleras estaba radiante excepto por el morado en su mejilla. Raymond

la observó al pie de la escalera— Maravillosa, milady.

—Gracias, eres muy generoso.

—Su esposo está desayunando, milady.

—Entonces tomaré una taza de té con él.

Raymond asintió sonriendo y ella pensó que en esa casa no había ninguna intimidad.

Entró en la sala del desayuno y allí estaba su amigo—marido leyendo el periódico.—Buenos

días.

Max levantó la vista y frunció el ceño al verla. Vaya, estaba claro que se había levantado

con el pie izquierdo. —Buenos días, Ariel— su voz era fría y le puso los pelos de punta mientras

se acercaba a su sitio.

—Bueno, suéltalo antes de que me enfade otra vez— dijo sentándose a su derecha.

67

La miró sorprendido— ¿A qué te refieres?

—Algo no te ha gustado.—sonrió al lacayo que le sirvió el té— así que dímelo. Los

amigos se dicen lo que no les gusta.

—No me gusta ese vestido.

Lo miró sorprendida tocándose el vientre — ¿Pero qué dices? Si es precioso.

—Es azul.—respondió desviando la mirada.

Esa respuesta le cortó el aliento. Era del mismo color que el vestido de Lady Sara en el

cuadro.—Así que como ella llevaba este color, no puedo ponérmelo— susurró apretando la taza

de té.

Max apretó los labios al ver su cara de decepción.— ¿Lo harías por mí?

Ariel le miró a los ojos rabiosa— ¿Y qué será lo próximo? ¿Acaso no se vistió nunca de

blanco o de rosa o de rojo?— preguntó empezando a levantar la voz.—No pienso dejar de vivir

mi vida por lo que ella haya vivido antes. ¡No pienso dejar que una muerta domine mi vida!—

gritó tirando la silla de la que se levantaba.

Max palideció al escucharla— Ariel, yo no...

—¡Se acabó la tregua!—gritó saliendo de la sala del desayuno.

—¡Ariel!

Furiosa con él y consigo misma por ser tan idiota, salió al jardín. Caminó entre los rosales

y vio uno de color amarillo. El color de los celos. Sí que estaba celosa. Celosa de lo que su

marido sentía por una muerta. —Ariel, lo siento.—Max estaba tras ella y se volvió para mirarlo

pero no le miró a los ojos. Le dolía demasiado.— No he podido evitarlo.

—Precisamente por eso. —dijo casi sin voz.—No te das cuenta de lo injusto que eres

conmigo comparándome continuamente con ella.

—No lo hago a propósito.—intentó cogerla del brazo pero ella se alejó.

—Eso no es cierto. —le dio la espalda y caminó por el jardín alejándose de él.

Max no la siguió y se pasó toda la mañana paseando por la finca. Cuando llegó la hora

del almuerzo, ella no se presentó pues estaba sentada al lado de río dejando que el sol la hiciera

sentir mejor. Llegó a casa a media tarde y cuando entró en el hall vio a Maggie bajando las

escaleras—¿Dónde has estado?

Se encogió de hombros —Paseando.

—¿Estás loca? ¡Ayer mismo estabas en la cama!

—Estoy cansada— dijo yendo hacia ella— Me voy a acostar.

—¡Antes comerás algo!

—Que me suban una bandeja.— subió los escalones y miró con odio el cuadro de su rival

antes de ir a su habitación.

Crissi la estaba desvistiendo cuando Max entró en la habitación furioso cerrando de un

portazo—¿Dónde estabas?

—Viviendo mi vida.

Esa respuesta lo puso frenético y mirando a Crissi gritó—¡Fuera!

La doncella salió a toda prisa mientras Ariel indiferente se sacaba el vestido por las

piernas tirándolo sobre la butaca que tenía al lado de la cama. Ante el espejo de cuerpo enteró se

llevó las manos a la espalda y desató con esfuerzo el lazo de la base del corsé.

—Esto no va a

seguir así— dijo él colocándose a su espalda.

—¿Así como?

—¡A partir de ahora te presentarás al almuerzo y a la cena!— le grito él —Y no saldrás

sola toda la mañana. ¡Te podía haber pasado algo!

68

—Tu preocupación por mí está de más— dijo intentando soltar el corsé.—
Puedo hacer

mi vida como tú haces la tuya. Ese era el trato.

—¡No hasta que no tengas al niño!— le gritó dándole la vuelta agarrándola
por el

brazo.— ¿Y si te hubiera pasado algo? ¡Nadie sabía dónde estabas!

—¿Y que?

Max la cogió por el cuello levantándole la barbilla para mirarla a los ojos—
No me

provoques, Ariel— dijo entre dientes.—Sabes que cuando me enfado, no
respondo.

La cara de Ariel reflejaba que todo le daba igual y Max frunció el ceño
dejando caer la

mano.— No quería hacerte daño.

—Pues lo has disimulado muy bien desde que nos conocemos.— dijo con
desprecio. Se

dio la vuelta y continuó con lo que estaba haciendo— ¿Sabes? El plan
original es lo mejor. Tú

seguirás con tus paranoias sobre tu mujer muerta y yo podré tener una vida
más o menos normal

lejos de ti. Incluso puede que tenga un amante ahora que sé que hacer el amor
es tan placentero.

—Ariel...— la furia de su voz la hizo mirarlo a través del espejo. Le retó con la mirada y

Max apretó los labios.— Como me entere que te toca otro hombre, te mato.

Ella levantó la ceja burlándose de él y Max la giró levantando la mano deteniéndose en el

último momento— Vamos... hazlo— dijo con rabia.— ¡Pégame!

—Estás loca.

—Sí, ahora soy yo la loca. ¡Estuve loca al casarme contigo! ¡Al venir a esta maldita casa

que es un mausoleo de tu mujer muerta!

La bofetada que la tiró al suelo no la sorprendió. Le sorprendió más a él, que la miraba

sentada en el suelo como si viera un fantasma. —Preciosa yo...— alargó la mano y Ariel pataleó

hacia atrás alejándose de él.

—¡No la toque!— gritó Maggie entrando en la habitación con Elisa detrás que había

palidecido.

—Pero ¿quién eres tú?— preguntó su tía asombrada mirando a Max como sino lo

conociera— Dios mío ¿qué has hecho?

Max salió furioso de la habitación dejando a las mujeres en la misma posición sin saber

qué decir. —Dejarme sola— susurró.

—Mi niña— Maggie no podía retener las lágrimas— estás sangrando.— se acercó a ella

y la levantó suavemente.

La duquesa tiró del cordón para llamar al servicio mientras Maggie la ayudaba a sentarse

en la butaca del tocador. Al mirarse en el espejo vio que le había hecho una pequeña herida sobre

el morado justo encima de la cicatriz de su padre.—Vaya. Otra cicatriz.

Maggie lloraba a su lado mientras Elisa se acercaba con una toalla húmeda. Le limpió la

herida con cuidado— No es profunda.— susurró con la voz totalmente descompuesta.— Dios

mío, lo siento tanto.

—No te disculpes.—susurró— Tú no tienes la culpa de nada.

—Claro que sí. Sabía que no estaba bien por todo lo que había pasado. No tenía que

haberte insinuado que le dieras su heredero. Sólo esperaba que...

—Me amara— dijo mirando al vacío.—Eso no pasará nunca.

—Dios mío, mi niña ¿qué hemos hecho contigo?

69

Capítulo 9

Después de siete meses y medio

—No puedo hacerlo— dijo riéndose a carcajadas mientras intentaba levantarse de la

manta donde estaba sentada. Maggie se echó a reír al ver como lo intentaba con una mano y

después con la otra. Pero le era muy difícil con la enorme barriga que indicaba el embarazo

avanzado que llevaba.— No seas mala. ¡Ayúdame!

—Y eso que todavía te queda. ¿Qué harás dentro de dos semanas o de tres?

—Rodar.

Las dos se partieron de la risa mientras Crissi las miraba sonriendo. Estaban en

noviembre pero increíblemente hacía un tiempo espléndido, aunque empezaba a hacer frío—

Milady, debe entrar. No queremos que se resfríe ¿verdad?

—Crissi tiene razón— dijo Maggie tendiéndole la mano y levantándola del suelo.—

¿Tienes hambre? Es casi la hora de almorzar.

—Estoy hambrienta— dijo yendo hacia la casa mientras Crissi recogía la manta y el libro

que estaba leyendo.

Al entrar en la casa, Raymond sonrió acercándose con una bandeja en la mano— Acaba

de llegar el correo, milady.

—¿Tengo carta de mi prima? —preguntó quitándose el abrigo.

—Y de la duquesa.

Sonriendo recogió las cartas de la bandeja de plata— Gracias, ¿te he dicho que eres un

sol?

—Varias veces a la semana, Marquesa.

—Bien. No quiero que lo olvides. Sería una tragedia.

Maggie se echó a reír al ver la cara sonrojada del mayordomo. Caminando como un pato

la observaron ir hacia el comedor— ¿Se lo has dicho?— preguntó Raymond a Maggie en voz

baja.

—¿Estás loco? Ni se me ocurriría.

—Está al llegar.

—Cuando llegue, ya lo verá.

—¿Y si se impresiona?

—Mi niña ya se impresiona de pocas cosas. Ser abandonada por su marido doce días

después de la boda, es lo que tiene.

Raymond apretó los labios disgustado y levantó la vista al hall superior, donde se veía el

rostro de la mujer que le hacía la vida imposible a su señora— Hasta muerta tiene que fastidiar.

—No te caía muy bien ¿verdad?

—Él merecía algo mejor.— dijo mirando hacia el comedor.

70

—¡Tengo hambre!— gritó su señora haciéndolos sonreír— ¡Darme de comer antes de

que llegue Max y me revuelva las tripas!

Se quedaron con la boca abierta y caminaron hacia el comedor a toda prisa chocándose

en la puerta. — ¿Cómo se ha enterado?— preguntó Raymond haciendo una indicación al lacayo

para que empezara con la comida.

Sonriendo levantó la carta que tenía en la mano— Viene con Elisa. Al parecer necesita

refuerzos para volver a casa. La tía se quedará hasta después de las Navidades. Eso sino hay

funeral, claro.

—¡No hables así!

—¿Qué? Es lo que espera medio pueblo.

Después de vivir allí un tiempo, se dio cuenta que la mayoría de la gente le tenía pena al

enterarse de su dulce espera. Dulce espera hacia la tumba. Muchos creían que no lo conseguiría e

incluso el reverendo le insinuó que debería confesar sus pecados e intentó darle la extrema

unción. Por si acaso no llegaba a tiempo, le dijo el hombre.

Le sirvieron la comida e hizo un gesto para que se sentaran con ella. Ya había confianza,

así que el mayordomo se sentó a su lado— Milady, no debe pensar así. La hemos preparado.

—Sí, esos paseos todas las mañanas te han fortalecido.—dijo Maggie cogiendo un muslo

de pollo y dándole un mordisco.— Les darás en las narices a todos esos cotillas.

—Claro. Estoy segura que la mitad del pueblo ya ha preparado su traje negro para el

sepelio.—dijo divertida

—Me pones de los nervios.

Ariel le guiñó el ojo a Raymond que disimuló la sonrisa.— ¿Y qué le dice su prima?

—Oh, lo de siempre— dijo encogiéndose de hombros— La disipada vida de mi marido

en Londres. Ah, ha cambiado de amante. Ahora es pelirroja.

—Válgame Dios. Esa mujer podía cerrar la boca.— dijo Raymond indignado.

—Yo mejor le rompería los dedos para que no pudiera escribir — dijo Maggie con la

boca llena.

—No te quejes. Robbins está al llegar...

Maggie se sonrojó intensamente y Raymond se echó a reír.

—¿Qué les hace tanta gracia?— preguntó la señora Hobson que sacaba una

fuente de

plata para colocarla en la alacena.

—Robbins viene de camino— canturreó Ariel haciéndola sonreír.

—¡Ariel!

—Vamos, lo sabe todo el mundo. Sobretudo después del apasionado beso de despedida

que te dio.

—¡Ariel!

Todos se echaron a reír pero perdieron la risa al ver a Max en la puerta del comedor con

Elisa detrás— ¿Ya no se recibe en esta casa?— su voz helada hizo que el servicio se levantara de

la mesa a toda prisa.

Max no dejaba de mirar a Ariel que no se molestó en mirarle mientras continuaba

comiendo. Pero decidió ser educada con la Duquesa, así que dejó el tenedor, se limpió con la

servilleta levantándose y mostrando su enorme vientre— Elisa, me alegra verte— dijo dejando

claro que a su esposo no quería ni verlo.

La duquesa abrió los ojos como platos— ¡Dios mío querida, estás enorme!— se acercó

para abrazarla mientras su marido la miraba intensamente.

—El médico dice que pueden ser dos— contestó radiante.

71

Elisa se llevó la mano al pecho mientras Max palidecía. —Disculpar.— se giró y fue hacia

el mueble bar donde se sirvió un coñac.

—¿Cómo te encuentras?

—Muy bien. Lo malo es que tengo hambre casi continuamente.— miró su vestido de

viaje que era impresionante en terciopelo rojo— ¿Madame Blanchard?

—Tienes buen ojo. Por cierto, me ha preguntado por ti. Que si has usado el azul, me

preguntó.

Sabía a lo que se refería, al camisón azul casi transparente que le había enviado.— No

sabía lo que quería decir, así que dije que sí para no ofenderla.

—Pues no lo he usado, pero da igual— la llevó hasta la mesa donde el servicio estaba

colocando los platos para ellos.— ¿Cómo va todo por Londres?

Elisa miró de reojo a Max que las observaba de pie con la botella en la mano.

— Como

siempre.

—No— dijo sonriendo pícaro— Como siempre no, porque mi marido tiene una amante

nueva. Pelirroja creo.

Max que estaba bebiendo en ese momento se atragantó. Después de toser, la fulminó con

la mirada— ¿Cómo sabes eso?

—Todavía tengo amigas en Londres— dijo encogiéndose de hombros mientras Elisa lo

fulminaba con la mirada.— Y oyen cosas. Además no eres precisamente discreto.—se sentó en

su asiento y continuó comiendo.— Al parecer no tengo derecho ni al mínimo respeto. Pero no te

preocupes— dijo guiñándole un ojo que lo dejó atónito— Como el mes que viene estiraré la

pata, no tendrás ningún problema.

—Dios mío Ariel, no digas eso.— dijo Elisa escandalizada.

—¿Sabes que ya están preparando el funeral?— preguntó divertida.—El reverendo me

preguntó, discretamente por supuesto, como me gustaría que fuera. Le dije que quería muchas

flores blancas y que Max no asistiera.— se echó a reír al ver que palidecían— Lógico, dijo el

reverendo. Ser abandonada por su marido tiene que doler, me dijo. Pero no se lo tome en cuenta,

Milady. Al fin y al cabo usted lo iba a abandonar en breve.

Al ver sus caras se echó a reír a carcajadas.— ¿Es que has perdido el juicio, mujer?—

gritó su marido fuera de sí.

Ella perdió la sonrisa y le miró a la cara por primera vez desde que llegó—
No me

levantes la voz. —dijo fríamente.—No tienes ningún derecho a hablarme así.

—¡En mi casa hablaré como me dé la gana!

—Maximiliam por favor, no la disgustes— dijo Elisa asustada.

Él se pasó una mano por el cabello mirando el suelo— Esto es una locura. No
tenía que

haber venido.

—¿Y por qué lo has hecho? Así te hubieras ahorrado el mal trago— dijo ella
dolida—

Vuelve a Londres. ¿Por cierto, no tienes miedo a que esa pelirroja tuya se
quede en estado?

—¡Ariel!— la tía estaba escandalizada.

—¡Se te ha soltado mucho la lengua desde que no estoy aquí!— gritó Max.

—No pienso soportar tus gritos—dijo seriamente dejando la comida a medias
y

levantándose de su asiento. —Discúlpame tía. Es la hora de mi siesta.

Su marido la cogió del brazo volviéndola y se quedó paralizado al ver la otra
marca en su

mejilla. Era menos profunda y pequeña pero la llevaría toda la vida— Dios
mío ¿yo te hice eso?

—Felicidades, Max. Sara estará encantada de que su anillo me haya marcado
la cara.

Palideciendo dio un paso atrás mientras que Elisa jadeaba—Desaparece de mi vista.

—Eso pensaba hacer— dijo con desprecio antes de salir del comedor.

Maggie la siguió a toda prisa mientras su marido estrellaba la copa que tenía en la mano

contra la pared.

Estaba en ropa interior a punto de meterse en la cama cuando se abrió la puerta y Max

entró en la habitación— Maggie, déjanos solos.

Maggie miró a Ariel que hizo un gesto para que saliera mientras que su marido la miraba

comiéndosela con los ojos. Nunca había estado más hermosa con su melena suelta, en ropa

interior mostrando su evidente embarazo. Él dio un paso hacia ella y Ariel se subió a la cama de

rodillas y caminó hasta el centro tumbándose. No se tapó porque en la habitación hacía calor y

tampoco le daba vergüenza su cuerpo. Max se acercó a ella y se sentó a su lado alargando la

mano para tocar su vientre.— No me toques— siseó ella sujetándolo por la muñeca para

detenerlo.—No tienes derecho.

—Eres mi esposa y es mi hijo— lo dijo casi con esperanza y ella le miró a los ojos.

Entonces se dio cuenta de algo. Él no vería real su matrimonio hasta que no viera a su hijo y a su

esposa a su lado. Después de dos matrimonios fallidos, aquello no era más que una ilusión que se

desvanecería en cualquier momento. Sólo su muñeca lentamente y él apretó el puño antes de

bajar la mano lentamente para acariciar su barriga por encima de la camisola. —Es muy grande—

susurró con miedo en la voz.

—Son dos, tiene que ser más grande.— su tacto hizo que sus pechos se endurecieran sin

darse cuenta.

Su mano tembló sobre su barriga como si tuviera miedo a tocarla pero ella posó su mano

sobre la suya apretándola a él—Dios mío Ariel, lo siento.

—¿Qué sientes?

—Que tengas que pasar por esto.—dijo mirándola a los ojos.

Ella sonrió sorprendiéndolo— Yo estoy feliz.

—¿De veras?— su voz indicaba que no la creía.

—Será duro, pero lo voy a conseguir.

—Júramelo

—Te juré que te daría un hijo y cumplo mis promesas.

Él volvió a mirar su vientre y levantó su camisola— No tienes marcas.

—Maggie me unta la barriga con aceite de almendras todas las noches para que no se

rompa la piel. También lo hace en los pechos.

Max gimió subiendo su mano por debajo de su camisola hasta acariciarle un pecho.—

Estás preciosa.

—No has estado aquí conmigo— en su voz no había reproche. Sólo pena.

—Lo siento —su voz parecía torturada y se levantó apartándose de ella.—No puedo

soportar lo que te hice y no puedo soportar como soy contigo.

Ella apretó los labios y se volvió dándole la espalda— Puedes irte. No te necesito aquí.

—Ese es el problema, Ariel. Que no puedo estar cerca de ti, ni lejos de ti.— susurró él

antes de irse de la habitación.

Bajó a la cena con un vestido gris perla. Se lo había hecho la modista del pueblo y no era

maravilloso precisamente, pero como sólo la vería la familia le daba igual. Al entrar en el salón

sonrió a Elisa— Buenas noches.

—Querida, estás preciosa.

—Mentirosa— canturreó acercándose a la tía y dándole un beso en la mejilla.
Se

enderezó para ver a su marido al lado de la chimenea— Buenas noches, Max
— se acercó a él y

para sorpresa de todos se puso de puntillas para darle un beso en la mejilla. Él
se quedó de piedra

mientras su esposa se acercaba a la butaca y se sentaba.— ¿No te sientas a mi
lado?— preguntó

Elisa encantada.

—No estoy cómoda en el sofá— dijo disculpándose.

—¿Quieres beber algo?— preguntó su marido acercándose a ella.

—Tomaría un refresco.

El mayordomo se acercó con un ponche de huevo. —No, por favor.

—Es bueno para los niños, milady.—puso mala cara pero aún así cogió la
taza— No lo

ha tomado en la merienda y debe tomar uno todos los días.

—¿Te lo ha prescrito el médico?

—Al parecer tengo que seguir los consejos de toda la aldea— dijo divertida.
— Esta

asquerosidad me la ha aconsejado la mujer del carnicero, que ha tenido ocho
hijos todos grandes

como osos.

Elisa se echó a reír.— ¿Qué más tomas, querida?

—Oh, un vaso de agua en ayunas para no tener la sangre densa. Caminar toda la mañana

para estar fuerte. Un vaso de leche de cabra antes de dormir —y puso cara de asco mirando la

taza— y huevo con azúcar por la tarde.

—Estás hermosa, así que supongo que todo eso no será malo.— su marido lo dijo con

tanta naturalidad que la tomó por sorpresa.

—Al menos no es aceite de ricino— dijo antes de beberse aquello y entregarle a

Raymond la taza— ¿Algo para pasar esto?

Le dio un vaso de agua y ella bebió con ansia. Cuando lo terminó sonrió— Bueno,

contarme algo interesante. ¿Quién se ha casado?

Estuvieron hablando durante toda la cena de la alta sociedad londinense. Había habido

escándalos y nacimientos que ella escuchó muy interesada. Cuando pasaron al salón Raymond la

miró poniendo pucheros y se echó a reír. — ¿Qué ocurre?

—Nada— dijo guiñándole un ojo al mayordomo —que por las noches siempre toco algo

para la servidumbre.

—¿Y eso?— Max estaba confundido.

Se encogió de hombros sin avergonzarse. —Me hacen compañía por las noches.

Max apretó la mandíbula y Elisa bebió de su coñac disimulando su malestar.

— ¿Tocarás

esta noche?

—Claro.— se acercó al piano y Raymond se adelantó para levantar la tapa.

—Esa tan bonita, milady.

La servidumbre se estaba arremolinando en la puerta y Max no salía de su asombro.

Levantó una ceja mirando a su tía, que disimuló una risita que perdió en cuanto Ariel empezó a

tocar.

Se había decidido por Para Elisa de Beethoven y sonrió sobre su hombro a la tía de Max

que se había llevado una mano al pecho emocionada. Max dio un paso hacia ella y Ariel le

sonrió antes de volver la vista a las teclas concentrándose en la pieza. Cuando terminó se decidió

por un vals de Brahms y se echó a reír al ver por la puerta que varios bailaban en el hall. Terminó

con la Polonesa de Chopin ganándose los aplausos de toda la sala. Max sonreía negando con la

cabeza como sino pudiera creerlo y ella le guiñó un ojo.— Bueno— dijo apoyándose en el piano

para levantarse. Se llevó las manos a la espalda y suspiró.— Creo que me voy a la cama.

—Estarás agotada. —dijo la tía comprensiva.

—No sé por qué. He dormido siesta— se encogió de hombros y miró a Max

— ¿Te ha

gustado?

—Eres una intérprete excepcional.

—Soy una joya— dijo acariciándose la barriga— Has tenido suerte de que me casara

contigo— dijo divertida yendo hacia la puerta.

—Cierto. Buenas noches, preciosa.

Se sonrojó y volvió la cara para mirarlo— Buenas noches, Max. Elisa.

—Buenas noches.— dijo la tía mirándola con una sonrisa en la cara.

Cuando salió del salón oyó decir a la tía— Se ha ganado a todo el servicio. La quieren

con locura.

—Sabe hacerse querer.

A Ariel se le cortó el aliento y se detuvo para escuchar, pero debía haberse acercado a su

tía porque no oyó más que murmullos. Bufando por no enterarse de más subió los escalones y

cuando llegó arriba, miró a su rival. Levantó la barbilla e iba a sacarle la lengua hasta que se dio

cuenta de lo que iba a hacer. Por Dios, ella tampoco tenía la culpa de lo que le había pasado. La

culpa era únicamente de Max por ser así y amarla más que a ella.

Se sorprendió un poco cuando una hora después se abrió la puerta de comunicación y

apareció Max en bata. Boca arriba levantó la cabeza viéndole acercarse.—
¿Qué ocurre?

—Nada...— se acercó a la cama y se echó a su lado tranquilamente— Es por
si me

necesitas por la noche.

Se notaba que tenía cierto temor a que le echara de allí y sonrió poniendo los
ojos en

blanco.— Está bien, pero no ronques que tengo el sueño ligero.

—Yo no ronco, milady— dijo indignado.

—Sí que roncas. – le señaló con el dedo – algo así como el gruñido de un
cerdito.

—Muy graciosa— dijo entre dientes acercando su cara a la de ella— pues
para que lo

sepas tú también roncas.

—¡Que mentira más gorda! Retráctate ahora mismo.

Max sonrió abiertamente y se acercó más a ella aún, rozando sus labios.—
Está bien, no

roncas.

—Ya decía yo— dijo casi sin aliento rozando sus labios –Una dama no puede

roncar.

—No, tú gimes— besó suavemente su labio inferior antes de atrapar su boca profundizando el beso.

Ella gimió abrazando su cuello para pegarlo a ella pero Max se apartó de ella lentamente— Cielo, tienes que dormir.

—Un poco más. No sé que me pasa pero desde que has llegado tengo ganas de tenerte

dentro.—dijo sin pensar.

Él gimió antes de besarla apasionadamente acariciándole la espalda hasta llegar a su

trasero. Entonces Ariel sintió una patada que le quitó el aliento— Uff— se llevó una mano al

vientre apartando sus labios. Max miró hacia abajo—¿Estás bien?

—Una patada. —frunció el ceño porque había sido muy fuerte. Había recibido patadas

antes pero esa...

—¿Llamo al médico?— preguntó alarmado.

—¿Quieres tranquilizarte?— sonrió divertida intentando relajarlo, aunque sabía que algo

no iba bien.—No pasa nada. Ahora a dormir.—Max la miró desconfiando. —¿Crees que voy a

dar a luz ahora? Max, todavía me faltan unas semanas.

75

—Si son dos...

—O te duermes o te vas a tu cama.— dijo volviéndose aparentando enfado, para que no

se preocupara— Sólo ha sido una patada. No seas tremendista.

—Está bien— se acostó a su lado pero por su respiración se dio cuenta que no dormía.

Después de media hora dijo— Cielo ¿llamo al médico?

Suspiró poniéndose de espaldas para mirarle a la cara.—Estoy bien.

Max le acarició la barriga— No podré soportarlo otra vez.

Ariel le besó en la barbilla— Lo sé y no te voy a fallar. Ahora a dormir.

Esas palabras tranquilizaron a su marido que se quedó dormido a su lado. Sonrió

mirándolo y después de una hora volvió a darle otro dolor intenso. Entonces lo supo. Estaba de

parto, pero por todas las conversaciones que había tenido sabía que quedaba mucho, así que

durmió todo lo que podía entre dolor y dolor para tener fuerzas cuando llegara el momento. Al

amanecer el dolor era mucho más seguido e hizo una mueca mirando a su marido. No quería

despertarlo porque se asustaría, pero había llegado la hora de pedir ayuda. Se levantó lentamente

y fue hasta la habitación de su marido. Tiró del cordón y Robbins entró después de un rato

quedándose de piedra al ver a su ama en camisón. No le conocía personalmente, sólo por las

descripciones de Maggie, pero no se lo esperaba así. Era bajito y muy delgado. Dios mío, si

Maggie debía sacarle la cabeza. Asombrada dijo— Llame a Maggie con discreción ¿quiere? No

quiero que el Marqués se preocupe.

—Sí, milady.

Maggie entró en camisón cinco minutos después. Su larga trenza le llegaba al trasero—

¿Qué ocurre?— susurró.

—Tengo dolores.

Su tata palideció—¿Ya?

—Creo que ha llegado la hora.— en ese momento una cantidad de agua enorme cayó por

sus piernas mojando el suelo. — ¿Me he meado?

—Has roto aguas.—nerviosa volvió a salir corriendo y le susurró algo a su novio que

esperaba fuera.

Volvió a entrar y la cogió del brazo— Túmbate, nenita. No vaya a ser que se te caiga.

—Dios mío ¿eso puede pasar?

—¿Y yo que se?— dijo muy nerviosa.— Nunca he visto parir a nadie.

—¿Ni a mi madre?

—Ni a tu madre.

Gimió sentándose en la cama sin preocuparse por manchar la colcha. Tomó aire y miró

hacia la puerta de comunicación— Bien, que Max no se entere que no tenemos ni idea de lo que

hay que hacer.

En ese momento se abrió la puerta y apareció su marido con los ojos legañosos— ¿Qué

hacéis aquí?— entonces vio su camión húmedo y palideció— Ay Dios.

—Estoy bien— dijo sonriendo— Todo va bien.

Su marido salió corriendo y gritó— ¡Raymond!

—Ya he enviado a alguien por médico, milord.— gritó desde abajo.

—¡Llama a la partera!

—¡Ya la he llamado, milord!— se notaba que Raymond también estaba nervioso.

—¡Estoy bien!

—Me alegro, Marquesa.— dijo el hombre ya al otro lado de la puerta.

Max volvió a entrar y se puso los pantalones. Se quitó la bata y le dijo a Maggie— Vaya

a vestirse.

—Sí, milord.

Salió corriendo y dos minutos después apareció Elisa con cara de sueño—
¿Qué ocu...—

al ver la cara de su sobrino, miró a Ariel que sonrió abiertamente— Ya están
aquí.

Elisa se cayó redonda en el suelo dejando ver a un sorprendido Raymond con
el camisón,

el gorro de dormir y los pantalones puestos.

—Dios mío ¿se habrá hecho daño?— preguntó asustada. Se iba a levantar
cuando Max le

ordenó— ¡No te muevas! —se acercó a su tía y la cogió en brazos sacándola
de la habitación.

Raymond la miró apretando sus manos y ella sonrió —Estoy bien.— un dolor
la recorrió por el

vientre en ese momento y gimió apretándose la barriga. Cuando llegó su
marido estaba con la

cara congestionada y se acercó a ella cogiendo le la mano.— Preciosa ¿estás
bien?

Ella asintió soplando antes de recuperar el aliento. Se relajó cuando pasó el
dolor y

sonrió— Ya está.

Max agachó la cabeza y le besó la mano.— Vale, me lo has prometido... así que no

puedes echarte atrás.

—Claro— se tumbó en la cama— ¿Te importa que los tenga aquí? Es que la otra cama

no me da mucha confianza.

Max sonrió— No me importa en absoluto mientras los tengas.

—Vale. ¿Me traes un vaso de agua? Tengo sed.

Fue hasta la jarra que tenía allí y le sirvió agua. Le temblaban las manos con evidencia y

la mitad cayó fuera. Hizo una mueca pensando que estaban dejando el suelo hecho un desastre.

Su marido la incorporó un poco y la ayudó a beber. Maggie llegó corriendo con el vestido sin

abrochar por la espalda. —Bien —miró a su marido a los ojos— Ahora quiero que bajes y esperes

en la sala.

—No— asustado la cogió de la mano.

—Raymond, llévatelo abajo y dale un coñac. O media botella.

—Sí, milady— dijo el hombre desde el exterior.

Se miraron a los ojos— No quiero que pases por esto. Dame un beso y vete abajo.—Max

apretó las mandíbulas —Me vas a poner nerviosa y necesito no pensar en ti. Ahora tengo que

preocuparme de mí y de los niños. Por favor, vete abajo y espera allí.

Su marido se agachó y la besó en los labios apasionadamente. Separó sus labios y le

acarició su mejilla con la suya— Te veo luego.— le susurró.

Ella sonrió con lágrimas en los ojos— Claro que sí.

Max se levantó lentamente y fue hasta la puerta. Raymond le esperaba— Vamos, milord.

Esperaremos abajo.

Cuando salieron cerraron la puerta y miró a su tata preguntó.— ¿Estará bien?

—Ahora me preocupas más tú.— se acercó a ella muy nerviosa— ¿Dónde estará esa

partera?

Diez minutos después llegaba la mujer que debía tener noventa años. Le miró entre las

piernas y sonrió— No queda mucho.

Una hora después llegó el médico que la volvió a examinar y sonrió diciendo — No queda

mucho.

Tres horas después los dolores eran muy seguidos y sudaba a raudales. La partera y el

médico hablaban mientras ella sólo tenía ganas de matarlos por verlos tan relajados. Un dolor la

atravesó que la hizo gritar con fuerza. Era la primera vez que gritaba porque no quería asustar a

Max pero no había podido evitarlo. La partera se acercó y la miró entre las piernas dejando

espacio al médico.— Ya está. Hay que empezar.

—Ya era hora— protestó ella dejándolos atónitos.

Maggie la cogía de la mano mientras le daba ánimos. Ella en lo único que pensaba era

que no podía morir porque a Max le daría algo. Gritó con fuerza al sentir como pasaba el niño

por el canal— ¡Empuje más, casi está fuera!—gritó la partera sujetando al bebé.

Tomó aire y volvió a empujar suspirando de alivio cuando escuchó el llanto del bebé.

Maggie le refresco la frente con un paño húmedo— Lo haces muy bien.

—¡Es una niña!— dijo el médico radiante.

—¿Qué?— preguntó indignada — ¿Una niña? ¿Está seguro? Mire bien.

Eso sí que no se lo esperaba. Siempre había pensado que sería varón. Una tontería la

verdad, pues no se sabía, pero ella siempre había pensado que eran niños.—
Una niña preciosa y

morena.

Maggie se echó a llorar— Una niñita. Que bonito.

—Ya verás cuando se entere Max.

Su marido entró en ese momento como si lo hubiera invocado y miró a Ariel

suspirando

de alivio y después miró a la niña que en ese momento se la iban a poner sobre el pecho a la

madre.— ¿Preciosa?

Forzó una sonrisa mirando a su marido— Max...

Se acercó a ella feliz —Lo has conseguido, preciosa.

De repente se echó a llorar dejándolos atónitos— Shuss, no llores. Lo has hecho muy

bien— dijo él besándola en la frente.

—Es una niña.—dijo gimoteando mirando a su preciosa hija.

Max parpadeó mirando su cara y de repente se echó a reír a carcajadas.— Tenía que pasar

algo así.— acarició la carita de su hija— Es preciosa como su madre.

Un dolor atravesó a Ariel y Maggie cogió a la niña rápidamente.—Aquí viene el otro.

—Max, vete abajo— susurró ella.

—No me voy a mover de aquí— dijo cogiéndole la mano. Ariel se la apretó antes de

sentir la necesidad de empujar. Gritó incorporándose con ayuda de Max y después de tres

intentos suspiró de alivio cerrando los ojos cuando escuchó el llanto del bebé — ¿Otra niña?—

preguntó en un susurro.

Max la besó en los labios— Un niño fuerte y sano.

Abrió los ojos para mirar a su marido— ¿Un niño?

—Tú sí que sabes hacer las cosas bien.— la besó en los labios suavemente.

—Tienes suerte de haberte casado conmigo.

—Sí que la tengo.

Agotada cerró los ojos y se quedó dormida. Ni se dio cuenta de cómo la aseaban y de

cómo su marido la cambiaba de cama para que estuviera cómoda. Estaba tan cansada que no era

capaz de descansar bien, sobresaltándose cada poco. Max le acariciaba el cabello susurrándole

que todo iba bien y volvía a dormirse en el acto.

Capítulo 10

Una caricia en la mejilla la hizo abrir los ojos— Vamos cielo, tienes que comer algo.—

dijo Max sonriendo.

—No tengo hambre— susurró cerrando los ojos otra vez.

—Llevas todo el día sin comer. Me vas a preocupar sino lo haces.—abrió los ojos y se

miraron fijamente.—Preciosa, hazlo por mí.

—Vale— se intentó incorporar pero le dolía todo el cuerpo. Max la ayudó a sentarse y al

hacerlo se quedó sorprendida al ver allí a toda la familia— ¿Qué ocurre?

Elisa sonrió —Nada. Queríamos verte.

Entrecerró los ojos mirando a Maggie que se limpiaba las lágrimas— ¡Oh Dios mío, les

ha pasado algo a los niños!— dijo asustada. Apartó las sábanas con fuerzas renovadas dispuesta

a ir al cuarto de los niños. Max la detuvo— No pasa nada. Los niños están bien.

Ella lo miró a los ojos— ¿No me mientes?

—No te miento— dijo metiendo sus piernas en la cama y arropándola— Es que están

orgullosas de ti. Eso es todo.

Las miró como si estuvieran locas y su marido se echó a reír— Dejaros de tonterías y

darme la comida para que pueda dormir.

Crissi se acercó con la bandeja— Unos niños preciosos, milady.

Entonces se dio cuenta que no había visto al niño— Traérmelos, quiero verlos.

—Están bien.

—No he visto al niño.

Su marido hizo un gesto a la doncella que salió corriendo.—Es precioso. Igual que su

hermanita— dijo Elisa sonriendo radiante.

—¿Se parecen?

—Ya lo verás. Ahora come— le acercó una cuchara con puré de zanahoria y dejó que se

la metiera en la boca.

—¿Qué hora es?

—Las diez de la noche.

—Pobrecitos, estarán dormidos.

Max sonrió— Son bebés. Duermen continuamente.—volvió a meter la cuchara en su

boca.

—No les he dado de comer.

—El ama de cría se ha encargado de eso.

—¿El ama de cría?— preguntó asombrada.— ¿Y qué voy a hacer con esto?
— preguntó

llevándose las manos los pechos que estaban enormes.

—Es mejor que no les des el pecho— dijo él— Estarías atada a los niños continuamente

y tienes otras obligaciones.

—¿Qué otras obligaciones?— no salía de su asombro. En ese momento entraron dos

mujeres con los niños en brazos. Llevaban unos faldones preciosos que ella no había visto—¿Y

esa ropa?— preguntó alargando los brazos hacia el niño.— ¿Y quienes son estas mujeres?—

empezó a ponerse nerviosa al ver que todo se le iba de las manos y Max se dio cuenta. Se levantó

para coger a la niña en brazos y les indicó a todos que salieran.— ¿Max?

Cuando los dejaron solos ella miró al niño y sonrió— Se parece a ti.

—Cielo, escúchame.— se sentó a su lado con la niña y le levantó la barbilla para que lo

mirara. La miró a los ojos— No es lo mismo cuidar a uno que a dos.

—Eso lo sé, pero...

—Si tienes que dar de mamar a dos, estarás haciéndolo continuamente— dijo muy

serio— y no quiero eso. Las nanis y las amas de cría se encargarán de esas cosas y tú podrás

encargarte de estar con ellos cuando te apetezca. Además eres la Marquesa de Sheringham y

tienes obligaciones.

—Pero dijiste que...

Él apretó los labios— Eso era antes.

—¿Antes?— estaba muy confusa, no sabía si era por el cansancio pero todo aquello le iba

grande.

—Antes de que decidiera cambiar el acuerdo.

Eso la dejó con la boca abierta, hecho que él aprovechó para meterle otra vez la cuchara

en la boca. — ¡No puedes hacer eso!

—Tienes que comer.

—¡No me refiero a eso y lo sabes!

—Eres mi esposa y tenemos dos hijos. He decidido que viviremos juntos e intentaremos

tener un matrimonio feliz.—lo dijo como si tal cosa metiéndole la cuchara en la boca y después

mirando a la niña que había soltado un gorgorito. —Se ha despertado.— parecía tan feliz, pero

Ariel tenía el ceño fruncido pensando en lo que había dicho. Por un lado era lo que quería, pero

por otro no era lo que le había prometido. No le gustaba que se lo impusiera como si ella no

tuviera voz. Tenía derecho a negarse a su voluntad. Le había dado su palabra.

—Has decidido que tú quieres que tengamos un matrimonio feliz.

El tono de su voz le hizo mirar a su esposa.—Ariel, sé que te dije que podrías llevar la

vida que quisieras, pero tendrás que cargar conmigo.

—¿Después de todo lo que me has dicho? De que me pudriera si quisiera...
que podía

morirme...

—Nunca dije eso—dijo sonrojándose.

—Lo insinuaste.

Max miró a la niña y le acarició la mejilla—Nunca pensé que lo consiguieras.

—

susurró.—Que me darías tanto... y no quiero perderlo.

Esas palabras le llegaron al corazón porque lo sabía de sobra, pero que lo reconociera

ante ella no se lo esperaba.— Quiero que cambien ciertas cosas— susurró
ella.—No soporto

estar bajo la sombra de Sara.

Él apretó los labios y levantó la vista— Haré que retiren el cuadro.

Ella le miró la mano que sujetaba a la niña y perdió el aliento al ver que se
había quitado

el anillo— No llevas el anillo.

—No— parecía avergonzado y ella tampoco quería eso, pero no podía evitar
sentirse

feliz por su iniciativa.—Es hora de empezar una nueva vida.

Le daba miedo preguntarlo pero tenía que hacerlo— ¿Estás seguro que
quieres esa nueva

vida conmigo? No quiero que tengas amantes.

80

—Eso se acabó.

Se miraron a los ojos— Si me vuelves a fallar, me perderás para siempre y me da igual lo

que digas. Viviré mi vida como yo quiera. Yo también tengo derecho a ser feliz aunque sea sin ti.

Max asintió —No te fallaré.

—Dame tu palabra, Max.

—Te doy mi palabra. Si te vuelvo a fallar, podrás vivir como quieras y no te lo impediré.

Ariel sonrió radiante antes de mirar al niño que seguía dormido.—Son unos angelitos,

Ariel.

—No ha estado mal para la solterona que te pidió matrimonio ¿verdad?— preguntó

divertida.

Max sonrió y se acercó para darle un beso— Valor no te falta, cielo.

Le encantó que la llamara así y lo demostró acariciando su mejilla.— ¿Has pasado

miedo?

—Un caballero no tiene miedo— dijo simulando indignación haciéndola reír.

—¿Cómo los llamaremos?

—¿Tú eliges el nombre a la niña y yo al niño?

Ariel entrecerró los ojos —Primero cuéntame qué nombre has pensado para el niño.

Max rió por su desconfianza— Se llamará Maximilian Patrick Kirkley tercero.

—¿Patrick?

—Por mi tío. El marido de Elisa.

Ella lo pensó— Me gusta. Le llamaré Patrick.

—Se llamará Max

Ariel soltó una risita y miró a la niña.—Bien, me toca. Mi niña se llamará...
—era un

problema porque no había pensado ningún nombre de niña pero se le ocurrió uno— Se llamara

Rose Mary Margaret Kirkley primera.

Max sonrió – ¿Rose Mary por tu madre?

—Y Margaret por mi tata.

—Me gusta— miró a los niños y sonrió— Ahora a dormir. Tienes que recuperar fuerzas.

Se levantó y tiró del cordón. Todas volvieron a entrar y puso los ojos en blanco al ver

como Maggie y Elisa cogían a los niños. Cuando les dijeron los nombres se echaron a llorar

como niñas y Ariel miró a Max levantando una ceja. —A la cama— ordenó él divertido.

Cuando se acostó a su lado, ella preguntó suavemente— ¿Ahora vas a dormir a mi lado?

Él se detuvo en seco y la miró— ¿No quieres que duerma contigo?

Se sonrojó y asintió con la cabeza —Me gusta que duermas aquí.

—Entonces asunto solucionado— dijo con alivio. Se acercó a ella y parecía algo tenso

pero al final se decidió y la abrazó a él. Ariel suspiró sobre su pecho mientras Max le acariciaba

la espalda— ¿Estás bien?

—Cansada.

Él suspiró—Dios mío, lo que te puede cambiar la vida en un día.

—La mía cambió el día que te conocí— susurró ella cerrando sus ojos.

Los días siguientes fueron perfectos y se aproximaron las Navidades. Los niños crecían a

pasos agigantados y sin darse cuenta pasó un mes. Las primeras nieves llegaron y el paisaje

estaba precioso. Max se encargó de cortar el árbol y estaba pletórico colocándolo en el salón,

mientras ellas lo observaban con los niños en brazos.— Está torcido.— dijo Elisa por tercera vez

haciendo que Ariel se partiera de la risa por la mirada exasperada de Max. Al final entre los

81

lacayos, Raymond y Max consiguieron enderezarlo.— Vaya, es enorme— dijo Ariel ilusionada.

Nunca había tenido un árbol de Navidad y le parecía precioso. Aparecieron varias cajas que por

lo que pudo ver eran adornos. Se arrodilló ante una y empezó a desembalar haciendo sonreír a

todo el mundo con su ilusión. Entonces desembalo un ángel de cristal y Max perdió la sonrisa—

No pongas ese.

—¿Por qué, si es precioso?

—Era de Sara.

Ariel lo miró y apretó los labios molesta porque esa pieza les hubiera fastidiado el día.

Sonrió disimulando y dijo – ¿Sabes que? Lo pondremos en el árbol. –se levantó y lo colocó el

primero bajo la atenta mirada de todos— Ella fue parte de la familia y se merece un espacio en el

árbol.

Max se acercó a ella y la cogió por la cintura mirando el ángel— Gracias, preciosa.— ella

le miró y le dio un beso en la barbilla haciéndolo sonreír.

El niño se puso a llorar y todo el mundo se centro en el olvidando el ángel de

cristal.

Todos menos Ariel, que se preguntaba cuantas veces a lo largo de su vida Sara interrumpiría su

matrimonio con ese tipo de cosas.

Llego el día de Navidad y se repartieron los regalos. Los niños recibieron varios regalos

de la vecindad y vio admirada como les regalaban unos caballitos de madera preciosos que les

había hecho el prometido de Crissi.—Son preciosos, William— le dijo emocionada al hombre

que esperaba nervioso. Max sonrió y le dio una palmada en la espalda a William mientras Crissi

lo observaba orgullosa.

Max habló con él un rato y después de que se fuera se acercó a ella— Ahora te toca a ti.

Se sonrojó de alegría y esperó impaciente a que su marido fuera debajo del árbol. Le

entregó un paquetito y lo abrió impaciente. Jadeó sorprendida al ver un precioso anillo con una

aguamarina.— Me recordaba el color de tus ojos.— se lo puso en el dedo anular. Le acarició el

dedo y apretó los labios antes de decir.— Ya que no tienes alianza quería que tuvieras un anillo

de mi compromiso contigo.

Ariel lo abrazó con fuerza— No necesito un anillo para saber que estás a mi

lado. Te veo.

Max se echó a reír y la abrazó a él antes de besarla apasionadamente mientras todos

aplaudían.

Ella sonrió alejándose y dijo—Ahora me toca a mí.

La miró sorprendido y la vio ir hacia el árbol— Cielo, no tenías...

—Es una tontería.

Se acercó a él y le dio la pequeña caja que llevaba en las manos. Max la abrió impaciente

y se quedó con la boca abierta al ver un alfiler para el pañuelo del cuello con su inicial.— ¿Te

gusta?

—Me gusta mucho.— se acercó y le dio un suave beso.

Ariel cogió el alfiler y se lo colocó en el pañuelo— Estás muy guapo.

La sujetó por la cintura y Elisa carraspeó— No estáis solos ¿sabéis?

Max gruñó haciéndola reír y se volvieron hacia la tía. — ¿El tío Patrick no debería haber

llegado ya?

—Ya sabes como es. Dice que llega para las Navidades pero llegará en primavera.

—Pues en primavera estaremos en Londres.

Ariel le miró sorprendida— ¿Nos vamos a Londres?

—¿No quieres ir a la temporada?—se encogió de hombros aparentando indiferencia pero

sus ojos la delataron— Además ¿no quieres ir a ver a esa modista que te gusta tanto? Necesitarás

82

un vestuario nuevo.

Ariel chilló de alegría abrazándolo y haciéndolo reír.—Lo que hacéis las mujeres por un

vestido.

—Te lo diré esta noche— susurró ella a su oído.

Unos gritos en la puerta les hicieron mirar hacia allí y Max se tensó.— Te digo que la

familia está reunida y no puedes pasar.

—¡Pues eso!

Max y Ariel fueron hacia la puerta cuando apareció Clare con un niño en brazos. No tenía

buen aspecto. Estaba muy delgada y con ojeras. Era evidente que estaba enferma.

—¡Llevar a los niños arriba!—ordenó Max a las niñeras que lo hicieron a toda prisa.

Ariel la miraba asombrada pues no la había visto desde hacía meses. Una mañana la

señora Hobson le había dicho que había abandonado la casa y Ariel se alegró pues no estaba

cómoda con ella allí.— ¿Qué ocurre, Clare?

Raymond y la señora Hobson la miraban furiosos pero la antigua doncella les ignoró—

He venido a dejarles al niño. Yo no puedo ocuparme de él y es hora de que lo haga el padre.

Ariel la miró confundida hasta que vio al niño. Era morenito y debía tener algo menos de

la edad de sus hijos. Max apretó los labios mirando a la doncella y Ariel perdió el aliento

llevándose una mano al pecho.— ¿Qué es esto Max?

—Cielo, yo me encargo.

—¡Dios mío!— exclamó Elisa.

—No es del Marqués, milady— replicó Raymond— ¡Clare a tonteado con muchos

hombres!

Ariel sintiendo que las piernas no la sostenían, dio un paso hacia Clare que le mostró el

niño orgullosa— Le presento al primogénito. Maximilian.

—¡Serás mentirosa!— gritó la señora Hobson.

Ella no escuchó eso, porque en cuanto esas palabras salieron de la boca de Clare se

volvió hacia Max sintiendo que le faltaba el aire y cayó redonda en la entrada del salón.

Un olor intenso entró por sus fosas nasales y tosió apartando lo que fuera de su nariz. Se

sentó sobre el sofá donde estaba tumbada y con los ojos llorosos miró a su alrededor. Max estaba

arrodillado a su lado y toda la familia la rodeaba. No veía a Clare por ningún sitio—¿Dónde

está?

—La he echado— dijo Max furioso.

Ella se pasó una mano por la frente intentando pensar.—Dejarnos solos— susurró.

—Querida, no te creas lo que ha dicho esa mujer. Sólo quiere sacar partido por haber

trabajado aquí.

—¿Dejarnos solos!— gritó fuera de sí sintiendo que su pecho se desgarraba. La angustia

se reflejaba en su cara y todos salieron a toda prisa dejando a los Marqueses a solas.

—Ariel, no es mío— la voz de Max la hizo levantar la vista y mirarlo a los ojos, pero su

marido no respondió como ella esperaba porque desvió la mirada. Ariel se mordió el labio

inferior intentando retener las lágrimas— No puede ser mío.

—¿Te acostaste con ella? ¿Te acostaste con nuestra doncella en nuestra casa?
— lo

preguntó suavemente y Max la miró a los ojos.

—Sí.

Ariel gritó de angustia llevándose una mano al estómago para retener el dolor.— ¡Vete!

—Ariel, por favor— la intentó coger de los brazos y ella le golpeó con el puño

volviéndole la cara.

—¡Vete de esta casa!—gritó levantándose para alejarse de él— ¿Cómo te atreves a

humillarme de esta manera?—se volvió con lágrimas en los ojos— ¿Cómo te atreves a tratarme

así en mi casa?

Max la miró impotente— Sabías que había pasado.

—¡En nuestra casa! ¿El día que nos casamos?— las lágrimas corrían por sus mejillas

reflejando su dolor— ¡Tú no eres un hombre y no eres mi marido!

—¡Ariel, no es hijo mío!

—¡Me da igual! Quiero que te vayas de esta casa o lo haré yo. ¡Te juro por Dios que lo

haré y me llevaré a los niños!

Max apretó las mandíbulas— ¡No puedes hacer eso!

Ariel lo miró fríamente— Recuerda tu juramento, Max. ¡Me has vuelto a fallar y a partir

de ahora haré lo que quiera!— le señaló con el dedo— ¡A partir de ahora puedes hacer lo que

quieras, que yo haré lo mismo! ¡No puedo entender como he sido tan estúpida como para confiar

en ti cuando sólo me has hecho daño!

—Ariel, piensa en lo que dices.— intentó acercarse desesperado— ¡No es hijo mío!

—¡Eso no lo sabes!— eso no lo pudo rebatir.— No puedes saber totalmente sino es hijo

tuyo.— se volvió hacia la puerta y la abrió furiosa— Tienes dos horas para abandonar la casa.

Maggie te enviará cartas sobre como están los niños. No quiero tener contacto contigo nunca más

y si me ves por Londres, no me hables.

Salió del salón y corrió escaleras arriba mientras los demás angustiados la observaban

desde el hall. Al subir vio el cuadro de Sara que todavía no había sido descolgado, furiosa se

acercó a él y lo cogió furiosa por una esquina dejándolo caer por lo que pesaba. El cuadro cayó

hacia delante destrozándose contra la barandilla de la escalera, haciéndole un agujero en medio.

Max la miraba desde abajo pálido— ¡Ahora ya ha desaparecido del todo!— gritó fuera de sí.—

¡Como nuestro matrimonio!

Entró en su habitación y cerró de un portazo. Escuchó el llanto de los niños y se tapó las

orejas con las manos llorando desesperada. Sin poder sostenerse, se dejó caer de rodillas en el

medio de la habitación sintiendo que su alma se desgarraba de su cuerpo.

Max se fue de la casa una hora después, llevándose a Robbins con él. Le dejó una carta

que ella no leyó y que no pensaba leer. Maggie se la tendió después de meterla en la cama, pero

ella se giró dándole la espalda— Quémala. No quiero saber nada más de él.

Los días posteriores estuvo como alma en pena por la casa. No hablaba con nadie y su

aspecto no era bueno porque no dormía y prácticamente no comía. Escuchó susurrar a la señora

Hobson que parecía que estaba de duelo y tenía razón. De duelo por el matrimonio que había

llegado a tener con Max después de tanto sufrir, para perderlo otra vez.

Elisa la miraba como si fuera a explotar en cualquier momento y Maggie la abrazaba por

las noches mientras lloraba. Lo único que la aliviaba era estar con sus hijos y se pasaba horas

mirándolos.

Un mes después, Maggie no podía soportarlo más y le gritó furiosa al ver que no

comía.— ¡No puedes seguir así! ¡Te estás matando!

—No digas tonterías. Estoy bien.— se levantó de la mesa con el plato a medio comer y

fue hasta la ventana.

—Maggie tiene razón— dijo Elisa con preocupación— No puedes seguir así.
Estás muy

delgada y triste. Cariño, deberías hablar con Max. Te estás consumiendo.

84

—No tengo nada que hablar con él— susurró viendo la nieve que todavía quedaba en el

jardín.

—Él tampoco está bien. Estáis sufriendo innecesariamente. Te has dejado manipular por

una mujer que no ha dicho la verdad.

—¿Cómo sabes que no dice la verdad?— se volvió hacia Elisa y la miró fijamente.

—Hay rumores.

—¿Qué rumores? ¡Él me dijo que se había acostado con ella!— gritó fuera de sí— ¡El

mismo día de nuestra boda!

Elisa se sonrojó— Era en otro momento de vuestro matrimonio...

—Milady...— todas se volvieron hacia Raymond que la miraba preocupado

— No se lo

he dicho antes porque cuando la señora Hobson le dijo que no era del Marqués no le hizo caso,

pero ya no puedo callarme más. El hijo del herrero del pueblo anda diciendo que el niño de Clare

es suyo. Que ella misma se lo dijo cuando se quedó en estado, pero como él sabía que no era

virgen, no se casó con ella.

Ariel perdió el aliento – ¿Ella le dijo que era suyo? Traerme al hijo del herrero.

—Sí, milady. —Raymond salió de la sala del desayuno rápidamente y llamó a un lacayo.

Nerviosa se apretó las manos mirando a Elisa que sonrió —Haces bien en escuchar todas

la versiones, querida. Es lo justo.

—Eso no excusa lo que hizo.

—Eso, como tú dices, ya se lo habías perdonado. Que fuera Clare carece de importancia.

Ella tenía razón cuando habían hecho el acuerdo de tener un matrimonio normal, ella se

lo había perdonado todo. Se miró las manos y vio el anillo que le había regalado ese maldito día.

No había sido capaz de quitárselo.

—Iré a decir que preparen el equipaje.—dijo la duquesa.

—¿Te vas?

—Nos vamos a Londres, querida. Tienes que recuperar a tu esposo.

—Estás adelantando los acontecimientos.

—No lo creo. De todas maneras iré a que preparen el mío. Ya va siendo hora de volver a

casa. Mi Patrick va a pensar que lo he abandonado.— dijo divertida.

La vio salir con su vestido morado contenta como no la había visto en días. Se volvió

hacia Maggie que sentada en la mesa la observaba.— Esperemos a ver que dice el hijo del

herrero— dijo su tata preocupada.— Pero sea bueno o sea malo tienes que recuperarte por tus

hijos.

La miró atentamente— Tienes razón—respondió sintiendo que la sangre corría por sus

venas por primera vez en muchos días.— Es hora que empiece a vivir otra vez.

Capítulo 11

Al día siguiente iniciaban el camino hacia Londres. Dos carruajes llenos hasta los topes

pues se había negado a separarse de sus hijos tantos meses pues pensaba pasar la temporada en

Londres. Los niños con sus niñeras y amas de cría iban en el carruaje de atrás. Elisa con su

doncella, Maggie y ella en el carruaje de la duquesa. Se llevaron a varios lacayos armados pues

así se sentían más seguras. Teniendo en cuenta que era una caravana en la que sólo había mujeres

así estaban más tranquilas, porque siempre había salteadores en los caminos.

Después de un viaje agotador a causa de los bebés, llegaron a Londres tres días después.

Estaban entrando en la ciudad cuando Elisa le dijo—¿Estás segura que quieres seguir con esto?

—Muy segura.— dijo mirando por la ventanilla.

—Esto no me gusta. Maximilian se va a poner furioso.

—Es su problema.—dijo fríamente.—Es hora de que pruebe su propia medicina.

Maggie se mordió el labio inferior echándole una breve mirada pero Ariel la ignoró para

mirar a los ojos a la tía de Max— ¿No te echarás atrás ahora?

—No estoy convencida, eso es todo.— dijo incómoda.— Pero te ayudaré.
Peor que estáis

ahora no vais a estar. —después de unos segundos de silencio donde Ariel suspiró de alivio

añadió— Lo que no entiendo es por qué no hablas con él.

—Ya te lo he explicado. Sólo quiero una cosa de él y sino me lo da, no volveré a su lado.

—Está bien. Serás cabezota.

Ariel sonrió y le guiñó un ojo.

Cuando llegaron a la zona alta de Londres Ariel perdió el aliento al ver la fachada de la

casa de la tía Elisa. Una casa enorme en Mayfair al lado del parque.— Es preciosa, tía.

—Va, un caserón que mi marido heredó de su abuelo.

Entraron en la casa y un hombre de unos setenta años salió de una estancia.
Su porte

indicaba que había sido muy apuesto en su juventud, aunque ahora tuviera que apoyarse en un

bastón con el mango de plata— ¿Dónde te has metido, mujer?— refunfuñó acercándose.

—¿Ya estás gruñendo? —los niños entraron en el hall y Ariel sonrió radiante.
El duque se

acercó a su esposa y para sorpresa de ella le dio un suave beso en los labios a la tía. Ariel se

emocionó al verlo porque se notaba que a pesar de los años pasados seguían amándose. Elisa se

sonrojó como una colegiala— Ya veo que me has echado de menos.

—Tanto que estaba a punto de ir a buscarte y sabes que odio el campo— protestó

mirando a los niños— ¿Qué has hecho, mujer? No me digas que los has secuestrado.

Elisa se echó a reír— Casi— cogió del brazo a Ariel y dio un paso hacia su marido— Te

presento a la esposa de tu sobrino. Lady Ariel Kirkley.

Al ver que empezaban a subir las maletas el duque entrecerró sus ojos marrones— ¿Qué

está pasando aquí?

—Saluda como Dios manda— dijo exasperada aunque Ariel se dio cuenta que estaba

algo nerviosa. Entonces Ariel entendió que su tía no sabía como explicar el por qué ella se

quedaba allí en lugar de en casa de su marido, así que decidió ayudarla.

—Verá Patrick— dijo resuelta cogiéndolo del brazo— Puedo llamarlo Patrick o tío,

como quiera. —empezó a caminar hacia lo que parecía el salón y todos los siguieron— La

cuestión es que mi marido se ha portado mal.— le miró a los ojos sonriendo
— Le han llegado

esas noticias, ¿verdad?

—Un comportamiento intolerable— dijo el hombre dándole palmaditas en la mano— Mi

Elisa me lo cuenta todo.

Ariel sonrió y miró sobre su hombro a la tía que había puesto los ojos en blanco— Pues

el hecho es que quiero darle una lección. ¿Me ayudará, tío? Necesito su ayuda.

—Jovencita ¿qué te propones?— entraron en el salón y lo ayudó a sentarse en la butaca.

—¿Quiere conocer a su sobrino nieto?—hizo un gesto a Maggie que lo llevaba en brazos

y que se acercó rápidamente.

Patrick sonrió y dejando el bastón apoyado en el brazo del sofá, estiró los brazos. Maggie

se lo entregó enseguida y el hombre como era de esperar se emocionó—
¿Este jovencito se llama

Patrick?

—Oh sí. Mi marido insistió— dijo sentándose a sus pies— Tío el plan es...

—Suéltalo, niña.

—Voy a serle infiel a mi marido.

El duque parpadeó antes de echarse a reír a carcajadas. Miró a su mujer que asintió con

los labios apretados y perdió la risa al momento— ¿Pero qué dices? ¿Estás loca?

Ariel se levantó enfadada – ¡Así sabrá lo que se siente!

—Se va a poner frenético y puede que pegue un par de tiros.— Rose Mary se puso a

llorar y ella se acercó a la niñera cogiéndola en brazos— Tienes dos hijos, muchacha. ¡Piensa lo

que dices!

—Precisamente. Lo he pensado. Max debería haber pensado antes de hacer lo que hizo y

voy a hacérselo pagar. ¡Sino nuestro matrimonio no funcionará y volverá a hacerlo! No quiero ni

pensar lo que ha hecho desde que ha llegado a Londres.

—Pues por lo que tengo entendido —Ariel dio un paso hacia él con interés— Casi no ha

salido de casa.

—¡No mienta, tío! Mi prima me informa puntualmente.

El duque se sonrojó y miró a su esposa que volvió a poner los ojos en blanco dejándose

caer en el sofá.—Es cierto que se ha corrido alguna juerga, pero como todos los jóvenes.

—Pues le voy a quitar la gana. De eso puede estar seguro. Debería estar rogándome de

rodillas que volviera con él. Debería suplicarme perdón y llorar lágrimas de sangre hasta que lo

consiguiera. Debería...

—¡Lo he entendido!— su tío parecía divertido con el asunto.—Quieres que lllore por las

esquinas pero estás equivocada, no he oído nada sobre ninguna mujer y todo Londres sabe que

ha despachado a su amante.

Se puso roja de furia – ¡Sólo faltaba y como me entere, le corto lo que tiene entre las

piernas!

El duque se echó a reír a carcajadas mientras las mujeres se escandalizaban. Cuando el tío

se calmó, la miró fijamente. Hizo un gesto a Maggie que recogió el niño de sus brazos— Me

caes bien. Eres una mujer de carácter como mi Elisa. Te ayudaré y puedes quedarte aquí todo el

tiempo que necesites.

Ariel sonrió triunfante –Gracias, tío.

—Pero te advierto que en cuanto se entere de que estás aquí, vendrá a buscarte.

—No lo hará.—dijo levantando la barbilla enfadándose— Como no ha vuelto a casa, no

vendrá a buscarte.

Su tío entrecerró los ojos— Vendrá, no lo dudes.

—Pues se va a llevar una sorpresa.

Ese mismo día por la tarde fue de compras. No quería perder ni un minuto, así que fue a

la tienda de Madame Blanchard después de enviarle recado para que la atendiera ese mismo día.

La mujer encantada de verla, escuchó lo que quería. Los vestidos más llamativos que pudiera

hacerle sin dejar de estar decente. El límite era muy sutil y la mujer la entendió perfectamente. —

Entiendo lo que quiere. Es un juego peligroso, milady.

—Usted puede conseguirlo. Quiero ir elegante y atrevida. Quiero estar arrebatadora.

Quiero entrar en una sala y que todos los hombres me miren, pero sin que las matronas me

puedan criticar por ello.

Madame sonrió— Esto tiene que ver con su marido, me imagino. Tantos meses sólo me

decían que el primer plan no había funcionado.

—Fue un desastre.

—Y ahora le va a dar celos— dijo sentándose en la butaca de al lado.— ¿Ya ha elegido a

su presa?

—¿Mi presa?

—Tiene que tener un objetivo que se haga pasar por su amante, madame. No puede

mariposear por ahí. Su reputación se resentirá.

—¿Debo centrarme en uno?

—Está casada y ya le ha dado el heredero a su esposo. Puede coquetear pero no hacerlo

con todos. Se le permite tener amantes, siempre que sea discreta.

Ella entrecerró los ojos— Entiendo.

—Pero que la miren y se la disputen no estará de más. Aunque usted debe centrarse en

uno. Baile con él un par de veces y salga a pasear por los jardines a la luz. Eso será suficiente

para que el rumor corra por todo Londres.

—Entonces no será difícil.

Pero sí que lo era. Ya salir con el vestido de casa fue un triunfo. Era rojo intenso con

volantes en el bajo y el escote dejaba ver buena parte de su pecho hasta rozar sus pezones.

Maggie puso el grito en el cielo cuando la vio y la tía dijo que estaba loca. —
¡Maximilian nos va

a matar a todos!

—Va— dijo sin darle importancia colocándose el chal de raso negro que
hacía juego con

los encajes negros de su vestido, su abanico y su bolsito de noche. Observó a
la tía que llevaba

un traje de fiesta plateado.—Estás preciosa.

—¡No me hagas la pelota, niña!

—Estáis hermosas.

Volvieron la vista a lo alto de la escalera y Elisa jadeó al ver a su marido
vestido con el

traje negro de fiesta que llevaban todos los hombres. La camisa y el pañuelo
blanco estaban

impecables.

—¿Pero qué haces?— preguntó Elisa asombrada— Hace veinte años que no
vas a un

baile.

—Sí, pero este no me lo perdería por nada— respondió divertido bajando las
escaleras.—

Va a haber fuegos artificiales y sabes que me encantan.

—Tío, lo dices como si Max fuera a ir al mismo baile y no sabe a dónde
vamos a ir.

—No seas ingenua, niña— dijo Elisa— lo sabe todo Londres. Los Maisfield se habrán

encargado de correr el rumor de nuestra confirmación al baile. Todo el mundo sabe que te alojas

aquí en lugar de tu residencia y todo el mundo estará pendiente de vosotros.

—Ah— se sonrojó ligeramente y enderezó la espalda— Pues no les dejemos en ascuas.

—Bien dicho, niña— dijo Patrick sonriendo y ofreciéndole el brazo.

Se puso algo nerviosa al entrar en la casa pues la gente la miraba y cuchicheaba, pero ella

ignorándolos se acercó a sus anfitriones después de dejar su chal acompañada de los Duques. Los

condes de Guilford eran una pareja joven muy atractiva y la recibieron muy bien, lo que la alivió

bastante. Al entrar en el salón de baile se encontró de frente con su prima que abrió los ojos

como platos al verla—¡Dios mío, estás preciosa!

Se abrazaron y se echaron a reír mirándose— ¡Tú también! ¡No tenía ni idea de que

estarías aquí!

—Al enterarme de que vendrías, tenía que asistir.—se acercó a su oído y susurró— Está

aquí.

Se tensó al oírlo— Y todo el mundo está pendiente de vuestra reacción. Ten cuidado.

—Lo tendré.—se alejó sonriendo radiante y saludó a Clifford antes de presentar al Duque

que fue muy amable con su prima, aunque Elisa seguía algo molesta con ella por lo que le había

dicho en el baile donde conoció a Max.

Un joven que la había pretendido en su primera temporada se acercó para sacarla a bailar

y ella lo hizo encantada. Empezaron a divertirla las miradas de admiración de los hombres y

procuró pasarlo bien hasta el encuentro que sería inevitable. Recordó las palabras de su modista

y se preguntó cual podría ser el elegido. Estaba bailando un vals y sonriendo a su pareja miró a

su alrededor, hasta que se encontró con unos ojos negros que le robaron el aliento. Giró la cabeza

para no perderlo de vista sin poder evitarlo y Max apretó los labios inclinando ligeramente la

cabeza en señal de saludo. Ariel desvió la mirada intentando recuperar el aliento, mientras su

corazón iba a toda prisa. Era increíble que con una mirada pudiera provocarle esa excitación.

Cuando su compañero de baile la dejó al lado de los duques, se tensó al sentir su mirada en su

espalda y supo que estaba tras ella. Una mano la cogió por la cintura y la guió hasta la pista de

baile cogiendo su mano— ¿Qué haces en Londres, preciosa?—su voz tan cerca de su oído le

erizó la piel y ella levantó la vista para mirar a su esposo que observaba su escote— ¿Vestido

nuevo?

—No te importa. —él la giró suavemente para coger su mano y empezar a bailar.—No

deberías haberte acercado— susurró sin dejar de mirar sus ojos.

Él se encogió de hombros— Tú querías que lo hiciera.

—¿Cómo tienes el descaro...

La acercó más a él pegándola a su cuerpo— Dime que puedo volver a casa. Dímelo,

Ariel.

Estuvo a punto de claudicar, pero algo dentro de ella le indicó que era un error— No.

La decepción en sus ojos le dolió, pero sabía que tenía que ser fuerte. Bailaron mirándose

a los ojos y todo el mundo los observaba— Te he echado de menos.

—Nuestro matrimonio no funciona.

Esa frase no le gustó nada y lo expresó entrecerrando los ojos— Funcionaría si

olvidaras...

—¿Lo hubieras olvidado tú? Si tuviera un hijo con otro...

—Te mataría.—dijo apretando su cintura.—Eres mía, Ariel. Y como algún hombre te

ponga una mano encima...

—¿Y cómo sabes que no lo han hecho ya?

Esa frase le cortó el aliento y la miró incrédulo. Afortunadamente el baile terminó en ese

momento y ella se soltó de su agarre yendo hacia Elisa que no perdía detalle.

— Sonríe,

querida— le susurró cubriéndose con su abanico.—Nos están mirando.

Ella lo hizo y cogió de una bandeja que pasaba ante ella una copa de champán. Bebió

lentamente pues no estaba acostumbrada y cuando otro hombre la sacó a bailar lo hizo sin que su

corazón todavía fuera a ritmo normal. Vio a Max hablando con el hombre pelirrojo que había

visto por primera vez en aquel baile y se preguntó quién sería. Un amigo de juerga

seguramente.—Está preciosa esta noche, Marquesa.

Se volvió hacia su pareja un hombre de unos treinta años que por lo que sabía estaba

casado. Era Baron, creía y bastante atractivo. Rubio de ojos marrones, era casi tan alto como

Max aunque no tan guapo— Es muy amable...

Al ver que no sabía su nombre el hombre se echó a reír a carcajadas llamando la atención

de los que estaban a su alrededor— Me llamo Carlton Robert Frederick Quinto y soy el Conde

de Clovelly.

Ariel pensó que debía empezar a prestar atención a los nombres porque no había dado ni

una— ¿Y no siente que su nombre está algo desgastado por el uso?

Carlton volvió a reír a carcajadas y ella no pudo evitar sonreír— Es usted encantadora,

aparte de bellísima. Su marido debe estar que trina.

Eso le robó la sonrisa— ¿Mi marido?

—Están de uñas, todo el mundo sabe sobre su indiscreción.

Se sonrojó porque esperaba que eso no fuera de dominio público— No se preocupe, entre

hombres eso se ve casi normal.

—No es normal para mí— dijo tensa.

—Lo entiendo. Mi esposa me sacaría los ojos.

Ella puso cara de que se le había pasado por la cabeza y él se echó a reír otra vez— Veo

que se divierte mucho, milord.

—Es divertido porque aprecio a Max y sus tonterías le están pasando factura.

—¿Conoce a mi esposo?

—Desde el colegio. —perdió la sonrisa.— Su primera esposa era mi hermana.

Se quedó con la boca abierta— Siento su pérdida—dijo desviando la mirada.

—Sara murió joven y fue una pérdida terrible, pero no apruebo el comportamiento de

Max.

Y eso que no sabía la mitad.— Y apruebo totalmente lo que quiere hacer, Marquesa.

—¿Lo que quiero hacer?

—Una mujer que ha dado a luz apenas hace dos meses y que sigue a su marido a Londres

después de un escándalo, es que quiere recuperarlo.— se sonrojó intensamente.—Tranquila, él

no tiene ni idea. Cree que quiere vivir la temporada.

—¿Alguna sugerencia?— preguntó dándose valor.

—No se achique. Siga adelante.

Ella sonrió— Lo haré, milord. Lo haré.

Después de varios bailes estaba sofocada. Estar casada era una ventaja porque podía salir

a la terraza sola. Paseó por la terraza y se apoyó en la balaustrada dando la espalda a la puerta de

crystal. Unas manos le rodearon la cintura y se sobresaltó intentando volverse pero los brazos la

apretaron al pecho de Max. Suspiró de alivio al darse cuenta que era él, pero aún así intentó

soltarse.—Escúchame, por favor.

90

—Ya lo sé todo.

—¿Qué sabes?

—Que no es hijo tuyo.

Max se tensó a su espalda— Entonces no entiendo...

—¿No lo entiendes?— se separó lo suficiente para poder girarse pero él no la soltó.—

¿No puedes entender que me sintiera traicionada porque te acostaste con una de nuestras

criadas?— preguntó incrédula.— Entonces eres más idiota de lo que creía.

—Sabías que había pasado y en ese momento no te quería en mi vida.

Ella dio un paso atrás atónita— ¿Y por qué me quieres ahora?

—Cielo, estábamos bien juntos.

—Tú al parecer siempre has estado bien. Todo tenía que ser a tu manera y estoy harta.—

se giró furiosa para irse, pero él la abrazó pegándola a su pecho.

—Si todo fuera a mi manera ahora no estaríamos aquí discutiendo. Estarías en mi cama

gozando —dijo antes de besarla apasionadamente robándole el aliento. Apartó su boca y acarició

su mejilla a la suya —Dime que puedo volver a casa, Ariel. Te prometí que sería fiel y lo seré.

Sintiendo una fuerza de voluntad que no sabía que tenía, se apartó de él de un empujón—

Tus promesas duran lo que te conviene. A partir de ahora haré lo que quiera y con quien

quiera.—Max se tensó frunciendo el ceño— Es hora de que yo también sea feliz.

Al entrar en la casa fue directamente hacia los Duques para decirles que se iba.

Decidieron acompañarla y ya en el carruaje Patrick la miró— Al parecer las cosas no van bien.

—Me ha acorralado en la terraza— dijo molesta.

—Ya vemos tus labios que parecen dos salchichas.

Se sonrojó intensamente— ¡Tío!

Elisa reprimió una risita— No te lo va a poner fácil.

—¡Por supuesto! Max no puede mantenerse al margen hasta llegar el momento que yo

elija.

—Hija, estás pidiendo peras al olmo— dijo Patrick divertido.—Perdónale y ser felices.

—¡No! ¡Porque cuando me dé la vuelta, volverá a hacerme una de las tuyas!

—Ahí la niña tiene razón. Se las ha hecho pasar canutas.

Patrick suspiró— Pues entonces seguimos adelante.

La mañana siguiente la despertó el llanto de uno de los bebés. Salió de la habitación en

camisón sin molestarse en ponerse la bata por la preocupación y al abrir la puerta de la

habitación de los niños se quedó de piedra la ver a Max con Rose Mary en brazos.—Buenos días,

preciosa.—dijo comiéndosela con los ojos.—Los niños están muy grandes.

La pilló por sorpresa y se quedó allí de pie sin poder creerse que estuviera allí — ¿Por qué

no te vistes y salimos a pasear por Hyde Park con ellos? Hace sol.

Se volvió y salió de la habitación lentamente. Con las piernas temblorosas volvió a su

habitación y se sentó en la cama respirando hondo. La puerta se abrió y sorprendida lo vio cerrar

la puerta— Sal de mi habitación.

—Tenemos que hablar y no grites que vas a despertar a los tíos.—dijo acercándose a ella.

Puso los brazos en jarras mostrando el traje marrón que llevaba y se fijó que tenía puesto el

alfiler de corbata que le había regalado. Al ver lo que miraba, Max miró su mano y vio el anillo.

Sonrió pero afortunadamente no se movió del sitio— Quiero que estemos juntos y sé que no

quieres, pero sabes que puedo obligarte. Legalmente eres mía.— al ver que iba a protestar él

levantó la mano interrumpiéndola— Podría llevarme a los niños ahora mismo y obligarte a

91

volver, pero no lo voy a hacer porque te di mi palabra. Sé que la fastidié y que mi inconsciencia

me está pasando factura, pero no voy a renunciar a vosotros, así que dime que tengo que hacer de

una maldita vez para poder estar juntos.

Ella se levantó de la cama con los ojos entrecerrados— Quiero tener un amante para que

sepas por lo que pasé.

La cara de Max era un poema. Primero la miró incrédulo y después furioso— Te lo

adviento. Como te toque otro hombre...

—Ya me lo has dicho. Me matas.—dijo con aburrimento.

Ahora estaba atónito e impotente al ver su reacción. Se llevó una mano al pelo y se pasó

la mano nervioso— No puedes acostarte con otro hombre. ¿Y si te quedas en estado?

—Eso no va a pasar— respondió divertida.

—¡No te hagas la graciosa conmigo, Ariel!

—No grites, puedes despertar a tus tíos.

—¡Se acabo! Te vienes a casa conmigo— dijo furioso.

—¿Y tu palabra?

Max estaba entre la espada y la pared y la miró como si quisiera matarla. Se empezó a

quitar la chaqueta lentamente y Ariel se tensó— ¿Qué haces?

—¿No quieres volver conmigo? Vale, pero vas a cumplir con tus obligaciones.

—¡Para eso me quieres, para llevarme a la cama!

—Debes pensar que soy de piedra. ¿Hablas de acostarte con otro, pero yo no puedo?

Estás mal de la cabeza.

—Puedes hacer lo que te dé la gana. Ya te lo dije.

Él se acercó a ella y la cogió del brazo con fuerza— Dime mirándome a los ojos que

quieres que me acueste con otra. ¿Quieres que le haga a otra lo que te hago a ti?

Ariel gritó frustrada porque no podía decirlo y Max la cogió por la nuca antes de besarla

con pasión. Sin darse cuenta de lo que hacía, se dejó llevar y se aferró a su cuello respondiendo

desesperada. Las manos de Max rasgaron su camión por delante dejando sus pechos al

descubierto y liberando su boca, besó su cuello hasta llegar a su pecho mientras la tumbaba en la

cama. Ella tiró de la camisa deseando tocarlo pero él cogió sus manos colocándolas sobre su

cabeza. La miró a los ojos y ella gritó cuando vio como se metía un pezón en

la boca chupando

con fuerza. Max soltó sus muñecas y acarició sus brazos hasta llegar a sus pechos que acarició

volviéndola loca. Sus manos rasgaron el resto del camisón mientras besaba el valle de sus pechos

y sus labios bajaron hasta llegar a su ombligo haciéndola gemir de deseo. Gritó sorprendida

cuando sus labios rozaron su sexo e intentó apartarse pero Max sujetó sus caderas evitándolo.

Ariel arqueó su cuello hacia atrás por el placer que la recorrió de arriba abajo y cuando su marido

chupó el botón de su placer gritó estallando en un intenso orgasmo que la dejó temblorosa. —Eres

mía, preciosa.— dijo él acercándose a su cara y cogiéndola por la nuca para que lo mirara.—Y te

doy dos horas para que vayas a nuestra casa de Londres. Te quiero en mi cama esta noche, sino

atente a las consecuencias.

—¿Consecuencias?— preguntó confundida.

—Respeté tus deseos, pero esto ha ido demasiado lejos si piensas en tener un amante.

Volverás a casa.

—No puedes obligarme.

Él la besó robándole el aliento y se apartó cuando la tuvo totalmente entregada.—Sabes

que sí puedo.

Se apartó de ella y fue hasta su chaqueta metiéndose la camisa en los pantalones— ¡No

tienes palabra! ¡No eres un hombre!

Se volvió para mirarla furioso— No vuelvas a decir eso.

—¿Y qué vas a hacer, pegarme otra vez?— preguntó frustrada de rabia.

Max palideció y se puso la chaqueta de malos modos— Creía que habíamos dejado eso

atrás.

—¡Tú siempre crees lo que te conviene! No voy a volver contigo ¿me oyes?

—Sí que vas a volver. Vete haciendo las maletas porque te vienes a casa— su mirada

indicaba que no admitía discusión.—Y para que no hagas tonterías te esperaré abajo.

Por la rabia sintió que las lágrimas corrían por sus mejillas—No hagas esto. Lo estás

estropeando todo.

—¿Por qué? ¿Por qué no me dejas dominar por ti? ¿Por qué no consiento que me dejes en

ridículo delante de toda Inglaterra?— gritó él – ¡Eres mi esposa! Y volverás a mi lado con mis

hijos. —abrió la puerta y allí estaba Maggie retorciéndose las manos. – ¡Haz el equipaje o te

vienes a casa como estás!

Salió de allí y Ariel se volvió llevándose las manos a la cara llorando desconsolada.—

Esto no tenía un buen fin— susurró Maggie abrazándola— Sabías que era una locura provocarlo.

—Yo sólo quería que me dijera que me quiere— susurró.

—Lo sé, mi niña. Pero vas a tener que buscar otra manera.

—No sé qué hacer...

Elisa entró en bata en la habitación sin llamar— Al parecer os vais.

Ariel se cerró el camisón avergonzada.— Oh Dios mío, el antiguo Max ha vuelto.

—Casi.— susurró.—No tenía que haber venido.

—Has hecho bien— dijo la mujer— ¿Quieres saber mi opinión? —al ver que no

contestaba continuó—Creo que está tan desesperado porque vuelvas que ha decidido buscar la

peor vía.

La miró esperanzada— ¿Tú crees?

—Intentó seguir tus directrices para que no sufieras, pero al verte aquí ha decidido que

ya estás bien y se ha impacientado. Max no tiene paciencia y lo sabes...— Elisa apretó los

labios— Tendrás que buscar otro camino para que te ame.

Gimió sentándose en la cama— Yo creo que ya la ama, pero no lo sabe.— dijo Maggie.

Elisa y Ariel la miraron— Lo digo por lo que me ha dicho mi hombre.

—¿Le has visto?

—Vino a verme ayer por la tarde antes de empezar a prepararte para el baile.
Al parecer

el señor estaba que se subía por las paredes durante este mes. Nunca se ha
sobrepasado con la

bebida y Robbins tuvo que ayudarlo varias veces a subir a su habitación
después de salir.

—Eso es cierto. Incluso cuando murió Sara no bebía en exceso.

—Además se ha pasado días sin salir de casa y en cuanto se enteró de que
habías llegado

a Londres quiso venir a verte, pero Robbins le aconsejó que esperara para ver
qué hacías. Al ver

que no te ponías en contacto con él fue al baile porque quería verte.

—Llevas en Londres cinco días y sólo hoy ha venido a ver a los niños. Se le
acabó la

paciencia.—dijo Elisa suspirando.

La esperanza renació en su pecho—¿Creéis que puede amarme?

—¿Qué haría sino te amara?— preguntó Elisa.

—¿Ignorarme?

—Buscarse una amante.—dijo Maggie.— Ya tiene a su heredero y ya no le
interesaría a

no ser que gastaras mucho.

—No te necesitaría a ti para tener a sus hijos a su lado. Es su derecho.

Ariel se mordió el labio inferior y sonrió. —Maggie, dame el vestido de día más bonito

que tenga.

—Bien dicho.

—Pero hazte de rogar un poco— dijo Elisa guiñándole un ojo— No se lo pongas muy

fácil.

Capítulo 12

Bajó la escalera dos horas después radiante con un vestido de día de flores azules con una

chaquetilla a juego. Sus rizos castaños brillaban recogidos en un lateral de la cabeza cayendo

sobre su hombro izquierdo. Como no había desayunado fue hasta la sala del desayuno donde el

tío Patrick y Max estaban sentados charlando. —Buenos días, Ariel— dijo el tío mostrando la

mejilla para que le diera su beso de buenos días.

Max levantó una ceja divertido— Buenos días, tío.—lo besó y se sentó en su silla.

Le sirvieron su té y sus huevos con salchichas.— Cielo, ¿los niños están preparados?

Se encogió de hombros masticando sin mirarle.— Ariel...

Le fulminó con la mirada— Maggie se ocupa. En dos horas no da tiempo a todo.

—Lo que no puedan recoger que se lo lleven más tarde— dijo observándola — A ti sí que

te ha dado tiempo a arreglarte.

—Estás preciosa, Ariel— dijo Patrick sonriendo— ¿Vestido nuevo?

—Tú sí que eres atento y te das cuenta de todo.—dijo con segundas tensando

a su

marido—Sí, es nuevo.

—Espero que no tenga el escote que tenía el de ayer— siseó su marido.

—Ah ¿de eso sí te has dado cuenta? A todos les gustaba el vestido

—Sí, sobre todo a los hombres.

Ella sonrió radiante haciendo reír a Patrick, que se limpió con la servilleta intentando

disimular. Elisa entró en el comedor— Querido ¿estás aquí?— se acercó a Max como sino lo

supiera y Ariel puso los ojos en blanco.

—Tía, sabías que estaba aquí. Hasta en Hyde Park saben que estoy aquí. Pero nos vamos

enseguida.

—¿Vais a ir a la fiesta de los Spencer de esta noche?

—No.

—Sí.

Se miraron enfrentados y Ariel sonrió falsamente— Vamos a ir al baile.

—No cielo, no vamos a ir porque esta noche quiero quedarme en casa con mi familia.

—Entonces te quedas con los niños porque yo voy a ir.

Max miró a Patrick divertido— No la esperéis.—Ariel jadeó indignada y dejó caer el

tenedor sobre el plato— Cielo, termina de desayunar que tenemos que irnos.

Al ver que no comía, suspiró y se levantó de su silla— Bien, entonces nos vamos.

Se levantó entre indignada y contenta porque quisiera pasar la noche con ella — Os veré

mañana.

—Bien querida, ven cuando quieras.— dijo Elisa poniendo la mejilla para que le diera un

beso. Hizo lo mismo con Patrick y salió detrás de su marido que esperaba en el hall con el abrigo

puesto y el sombrero en la mano. Como si hubieran dado el aviso empezaron a bajar lacayos con

el equipaje y Maggie supervisaba a las niñeras que bajaban con los niños— Bien, vámonos—

dijo su marido colocándole la capa sobre los hombros.

Para su sorpresa el coche no estaba esperando y Max la cogió del brazo bajando calle

abajo.— ¿Max? ¿Dónde está el coche?

Él sonrió y le señaló una casa que había calle abajo— Aquella es nuestra casa. Es

increíble que no sepas cual es tu casa.

Se sonrojó intensamente pues había estado a tres casas de distancia y no lo sabía.

Chasqueó la lengua haciéndolo reír. —Muy gracioso.

—Por cierto, me ha llegado la factura de la modista— Ariel se tensó y él hizo una

mueca— Espero que esos vestidos que te han hecho puedan reformarse, porque no estoy

dispuesto a pagar otra fortuna por unos nuevos.

—Esos me quedan bien.

—Entonces no te vas a quitar el chal en toda la temporada.

Llegaron a la puerta y Max llamó. Un mayordomo muy joven abrió la puerta. Se

sorprendió porque no debía tener ni cuarenta años. —El es Peters. Peters, la Marquesa.

—Es un honor, Marquesa.

—Gracias, Peters.—dijo confundida.

—Después te presentaré al servicio.—las niñeras pasaron antes ellos con los niños en

brazos— Suban a los niños a su habitación.

—¿Está preparada? —preguntó nerviosa porque estuvieran cómodos.

—Por supuesto, milady. Lleva preparada dos meses— dijo Peters muy estirado como

debía ser un mayordomo en la ciudad. Aunque ella prefería una relación más relajada, como la

que tenía con Raymond.

—Vamos Ariel, te enseñaré tu habitación.— dijo Max llevándola hacia las escaleras.

Ariel miró a su alrededor y la casa era tan preciosa como lo era Sheringham Hall. —

¿También la decoró tu madre?

—Sí, puedes cambiar lo que quieras.

Le miró de reojo, por si lo decía con segundas por como había liquidado el cuadro de

Sara. Al entrar en su habitación se quedó sin aliento al ver allí el tocador de su madre.— ¡Lo han

enviado!

—Lo trajeron a Londres y mandé colocarlo aquí. Suponía que te gustaría.

Sonrió radiante pero lo que la dejó sin aliento fue ver el cepillo de su madre totalmente

reparado. Lo acarició con amor— Lo has arreglado.

—Te lo prometí.

Se acercó a ella y la cogió por la cintura pegándola a él— Estaremos bien.

—Hasta que estalle otra cosa.— susurró mirándolo a los ojos.

—¿Qué puede pasar aparte de salirme un hijo?— preguntó divertido.

—No tiene gracia. —respondió soltándose de él —Todo el mundo lo sabe.

Él suspiró pasándose una mano por la frente— Lo siento. Ya te lo he dicho mil veces.

—¿Sientes haberte acostado con otra mujer el día de nuestra boda o que te hallan pillado?

—¡Ya no puedo cambiar el pasado! ¡No puedo cambiar haberte tratado así, ni lo que

hice!

La rabia volvió al recordar todo lo que había pasado y le miró furiosa— ¿Y qué se

supone que tengo que hacer yo? ¡Ya lo olvide una vez y mira lo que ha pasado!

—¡No era hijo mío!—gritó furioso.— ¿Qué quieres que haga yo?—ella lo miró

fijamente—¡No pienso renunciar a mi familia porque una loca haya querido sacar tajada y

destrozar nuestro matrimonio!

—¿Qué matrimonio, Max?— preguntó fríamente. Su marido dio un paso atrás como si lo

hubiera golpeado.—En un año hemos pasado juntos apenas un mes y porque hemos tenido a los

niños.

Él enderezó la espalda furioso— Pues por ese mes pienso pelear contigo con uñas y

dientes. ¿Me oyes? ¡Eres mi esposa! ¡Y quieras o no, estarás a mi lado todo el tiempo que yo

quiera!

—Está claro que lo que yo quiera no tiene importancia. Ya lo dejaste claro desde que

fuiste a buscarme a casa de mi prima.— dijo dándose por vencida. Se sentó en la butaca delante

del tocador de tres cuerpos y susurró— Por favor, déjame sola.

Max fue hacia la puerta pero antes de salir se giró y volvió hacia ella acucillándose a su

lado.— Sé que esto tiene que ser duro para ti— dijo cogiendo su mano y besándosela, cortándole

el aliento— y que soy un marido pésimo, pero me cortaré un brazo antes de hacerte daño otra

vez, preciosa. Los niños y tú sois lo más importante para mí. —le apretó la mano y ella le miró

con los ojos empañados en lágrimas—Sé que nunca llegarás a amarme, pero podemos tener un

buen matrimonio— a Ariel se le escapó una lágrima al oír la esperanza en su voz— Te

acostumbrarás.— le besó la mano y se levantó sin mirarla yendo hacia la puerta para dejarla sola.

Ella se quedó mirando la puerta cerrada sintiendo que su corazón saltaba dentro de su

pecho y sonrió radiante. Se miró en el espejo del tocador de su madre y pensó en lo que debía

hacer ahora.

Dos horas después bajaba las escaleras sin la chaquetilla. Sus mejillas estaban sonrojadas

de excitación y cuando llegó al hall se encontró con Peters— ¿Dónde está el Marqués?

—Ha salido, milady.

La decepción en su mirada fue evidente, pues no se lo esperaba. Impaciente miró a su

alrededor fijándose en la decoración y dijo— Bien, pues presénteme al servicio.

—En seguida, milady— inclinó la cabeza y desapareció.

Paseó por el hall y fue hasta unas puertas dobles finamente decoradas con unas molduras

doradas. Las abrió para ver el precioso salón. Se parecía al de Sherigham Hall aunque los colores

eran distintos. Paseó por el salón y levantó distraída la vista al cuadro de la chimenea. Se quedó

sin aliento al ver un retrato suyo. Era el retrato que le habían hecho con diecisiete años en la casa

de su padre. No había querido hacerlo porque le daba vergüenza, pero el pintor fue tan agradable

que la hacía reírse cada poco. Y allí estaba. Sus ojos brillaban de alegría y su sonrisa era pícaro

haciéndola parecer más atractiva de lo que era realmente. Llevaba un vestido rosa con encajes

blancos y tenía un pañuelo en la mano que daba la sensación que caería por su falda de raso.

No se podía creer que lo hubiera colgado a la vista de todos— Lo mira todas las noches,

milady.—la voz de Peters la sobresaltó haciéndola volverse para ver al mayordomo que

observaba el cuadro— Se sienta en el sofá y lo mira mientras se toma un coñac.

—¿De veras?

Peters la miró— No sé qué ha ocurrido entre ustedes y no es asunto mío, pero el señor

lleva sin ser feliz muchos años y usted ha conseguido que se olvide de su vida anterior. Sólo

espero que su nueva vida no sea tan triste como la que tuvo.

—Yo también, Peters.— susurró volviendo la mirada al cuadro.

—Cuando quiera, milady.

Se pasó toda la mañana comprobando la organización de la casa. Peters era tremendamente eficaz y eso que no tenía ama de llaves. Él se encargaba de todo. Aunque la casa

era más pequeña que Sherigham Hall, el volumen de trabajo no era poco, así que le sugirió si

quería tener ayuda. El hombre la miró sorprendido y para su sorpresa sonrió
— Todavía soy

joven, Marquesa. Quizás dentro de veinte años.

Ariel se echó a reír al ver que no era tan estirado como pensaba y así se la encontró Max

que llegaba en ese momento— Veo que eres una mala influencia en cualquier casa— le dijo con

una sonrisa mientras se quitaba el abrigo.

Peters sentado a su lado en la mesa del comedor se levantó inmediatamente
recogiéndoselo— Disculpe, milord.

—No te disculpes. Sé que es culpa de mi esposa— dijo acercándose y dándole un beso en

la mejilla mientras Ariel seguía sonriendo.

—Cierto, todo es culpa mía. Soy un desastre como Marquesa.

—Eso sería imposible, milady— añadió Peters muy serio antes de abandonar la estancia.

—Veo que te lo has ganado— dijo apoyando una mano en la mesa y la otra en el respaldo

de su silla acercándose a su cara.

—¿Qué puedo decir? Soy encantadora.—dijo guiñándole un ojo.

Él se la comió con la mirada— Sí que lo eres.— acercó sus labios a los suyos

y se los

acarició.

—¿Dónde has estado?— susurró contra sus labios.

Max se enderezó suspirando— He ido a hacer unos recados.

—Bien— se levantó de la silla y fue hasta la puerta— Voy a ver a los niños.
Por

cierto...— se volvió para mirarlo— Ese cuadro que hay sobre la chimenea...

—¿Qué?— él entrecerró los ojos y dio unos pasos hacia ella.

—Max, no me gusta verme la cara —dijo sonrojada.

—Te la ves en el espejo todos los días.

Ella puso las manos en jarras— Me da apuro tener mi cara a la vista de todos.

—Pues yo quiero que se quede ahí.

—El cuadro es mío.

—No, es mío. Me lo dio tu padre.

Abrió los ojos como platos— Es mío, no puede habértelo regalado.

Max sonrió cruzándose de brazos.— ¿Quieres que le escribamos para preguntarle?

La cara de asco de Ariel lo dijo todo y Max se echó a reír. Peters que pasaba por el hall

disimuló una sonrisa y Max levantó una ceja.

Ariel gruñó yendo hacia la escalera y gritó— ¡Maggie! ¡Los niños!

—Están comiendo. Te los bajo enseguida.

—Cielo, no te enfades.

—No me enfado.

—Si quieres, haré que te pinten otro.

Lo miró con horror— ¿Y volver a pasar por eso? ¿Para que pongas otro cuadro en otro

lado de la casa? Ni hablar. ¡Qué manía tienes con los cuadros!

—Pues quiero uno con los niños, así que tendrás que superarlo. Uno de toda la familia.

Ella puso los ojos en blanco yendo hacia el salón y gruñó al verse a sí misma nada más

entrar —Mataría a mi padre.

—Estoy seguro de eso.— la cogió por la cintura sentándose en el sofá y llevándosela con

él. Sentada sobre sus rodillas suspiró dejándose abrazar.— Estás preciosa.— le susurró

besándola en la sien.— Pienso llamar al mismo pintor para que te vuelva a pintar.

Le miró a los ojos— No me gusta posar y no quiero hacerlo.

—¿Ni conmigo?

—Ni con la reina.

Max se echó a reír a carcajadas y en ese momento llegó Maggie con Rose Mary en

brazos.

—¿Y Max?

—Está acabando, es un glotón.

Le puso a la niña en brazos y su marido sin soltarla acarició la mejilla de su hija que ya se

había dormido.—Está preciosa, mi muñequita.

—¿Te gustan las niñas? Hay hombres a los que sólo les importan los niños—
dijo casi

con temor por la experiencia que había tenido con su padre.

Él le apretó la cintura y Ariel lo miró a los ojos— Eso te lo demostraré con el tiempo ¿no

crees? ¿Crees que yo podría ponerle la mano encima a esta cosita tan bonita?
¿Con lo que la he

deseado?

En su interior sabía que no. Max le acarició la mejilla rozando sus cicatrices
— Nunca me

arrepentiré lo suficiente de esto. Y nunca volverá a pasar.—la cogió por la
nuca y la besó

suavemente— Y sobre los niños, estoy deseando tener muchos más.

Ariel abrió los ojos como platos— Tienes que estar de broma.

La niña abrió los ojos y gorgoteó.— Pero si es preciosa.

—¡Claro, como tú no la has llevado dentro y has tenido que parir!

—Será los que nos mande Dios.—dijo reprimiendo la risa por su indignación.

Su hijo llegó en ese momento y se pasaron toda la tarde con ellos hablando del futuro.

Esa noche después de cenar, se sentaron a jugar al ajedrez— Jaque mate— dijo ella

divertida— Cariño, no das ni una.— dijo con los codos apoyados en la mesa mostrando todo el

esplendor de su escote.

—Es que juegas con ventaja— respondió con voz ronca

Ariel levantó la vista y le miró a los ojos— ¿Quieres que juguemos a otra cosa?

—Gracias a Dios— se levantó a toda prisa y la cogió en brazos haciéndola reír.

La llevó a su habitación besándola en el cuello y Ariel no podía dejar de reír. La tumbó

sobre su cama, le cogió los tobillos quitándole los zapatos, acariciando los arcos de sus pies. Ella

se apoyó sobre sus codos al ver que metía las manos entre sus faldas y le quitaba las medias

suavemente.— Yo me refería a jugar a las cartas.

—Te voy a enseñar un juego nuevo.

—Unnn, estoy impaciente

Dos horas después estaban abrazados en la cama y ella susurró. —Te he echado de menos.

La apretó contra él— Y yo a ti, preciosa. No sabes cuanto.

Los días siguientes fueron maravillosos. Fueron a la ópera y a varios bailes ignorando los

rumores de la gente, que vieron sorprendidos su reconciliación. Su vida familiar era perfecta y

Ariel le susurraba todas las noches que le había echado de menos. Seguía esperando que él le

dijera que la amaba antes de decírselo ella, porque en su interior seguía teniendo miedo a su

rechazo.

Una tarde él se había ido al club con Patrick mientras ella escribía una carta a Raymond

deseando saber qué ocurría en la casa y preguntándole si Crissi se había empezado a hacer el

vestido para su boda. Estaba terminándola cuando llamaron a la puerta. Esperando a su tía Elisa

que le había dicho que iría a tomar el té, le dijo a Peters.—Deja que abro yo.

—Les serviré el té en la sala.

—Perfecto.

El mayordomo se alejaba cuando abrió la puerta con una sonrisa en los

labios, que perdió

en el instante que vio a su hermano con aspecto de haber pasado toda la noche de juerga. —Vaya,

vaya, pero si la Marquesa está en casa. —entró en el hall tambaleándose.

—¿Qué haces aquí, Robert?

—¿No puede venir tu hermano a visitarte? Vengo a ver a esas dos criaturas de las que

habla todo el mundo— se echó a reír escandalosamente— Al parecer son preciosos. Desde luego

no han debido salir a ti.— Ariel tragó saliva y miró a su alrededor nerviosa— ¿No vas a

invitarme a tomar una copa?

—Será mejor que te vayas a tu casa a dormir la borrachera.

—Al parecer —dijo dando un paso hacia ella— desde que te has casado eres más

deslenguada. ¿Recuerdas con quién estás hablando?

—Recuerda tú con quien estás hablando. Ahora soy la Marquesa de Sherigham y no eres

bien recibido en esta casa.

—Sólo he venido por dinero— dijo aburrido mirando a su alrededor— Dame dinero y te

dejaré en paz.

—¡Tienes que estar de broma!— gritó indignada— ¡Pídeselo a padre!

—Al parecer padre me ha cerrado el grifo y debo mucho dinero. Para darme una lección

por mis excesos, dice— la burla de su voz le indicó que le daba igual, porque había encontrado a

otra persona a la que sangrar. A ella.

—¡No te voy a dar un penique, así que desaparece de esta casa!

Dio otro paso hacia ella, pero Ariel no se dejó intimidar— Necesito dinero. ¿Quieres que

vaya extendiendo rumores por ahí, diciendo que los niños no son de tu marido?

—¡Eres escoria!— gritó furiosa al meterse con sus hijos.

Su hermano la cogió por el recogido tirando de su pelo hacia atrás haciéndole daño—

¡Suéltame!

Robert con la cara roja del alcohol y la furia apretó más fuerte— ¡Ni se te ocurra volver a

hablarme en ese tono, zorra! Vas a darme el dinero, sino quieres que destroce esta cara de cerda

que tienes.

Una mano cogió del hombro a su hermano que sorprendido la soltó provocando que

cayera al suelo sentada. Al levantar la vista vio a su marido pegándole un puñetazo a su hermano

en el rostro que lo lanzó contra la mesa de centro del hall tirando el enorme jarrón de rosas que

había encima.— ¡Como vuelvas a acercarte a mi esposa...— dijo Max fuera de sí cogiéndolo de

las solapas antes de pegarle otro puñetazo que lo tiró al suelo deslizándolo hasta los pies de

Patrick que lo observaba con desprecio ante de pegarle con el bastón en el estómago.— te voy a

destripar, maldito cabrón!

—¡No he hecho nada!—chillo como un cerdo.

—¡Ni se te ocurra acercarte nunca más a mi familia!— Max se acercó para cogerlo otra

vez por las solapas y lanzarlo fuera de la casa.

Después de escuchar su grito de dolor, cerró de un portazo y respiró hondo antes de

volverse y verla sentada en el suelo— Cielo ¿estás bien?

Se acercó a toda prisa arrodillándose a su lado. Peters estaba con los ojos como platos

con la bandeja de té en la mano—¿Qué ha ocurrido? ¿Milady está bien?

—¡A partir de ahora abrirás siempre tú la puerta!—gritó Max muy nervioso.

—Cariño, no ha sido culpa suya.— susurró acariciando su mejilla.

Max la cogió en brazos y empezó a subirla por la escalera apretándola a él. — Estoy bien—

dijo abrazándose a su cuello.

—Sino hubiera llegado en ese momento— Ariel tembló entre sus brazos La
sentó sobre

100

su cama— ¿Estás bien? ¿Te ha pegado?

—Sólo me ha agarrado del pelo. No te preocupes más.

—Le voy a destrozar. No le va a recibir nadie en esta ciudad— dijo entre dientes.

—¿Crees que lo recibe alguien?— le miró a los ojos y sonrió— Te amo.

Max se quedó tan sorprendido que no supo que decir y Ariel se sonrojó. Lo había dicho

en un impulso y no se arrepentía. Aunque la estaba poniendo nerviosa su mirada.— Te lo he

dicho porque me ha salido, pero no espero que tú me digas algún día esas palabras.—Max asintió

y se levantó lentamente —Aunque lo desearía.

Su marido volvió a asentir yendo hacia la puerta de comunicación— Max ¿estás bien?

—Sí, preciosa.— susurró entrando en su habitación.

Ariel se sintió desilusionada, pero le vio volver a su habitación y se enderezó apartando

los rizos que se habían soltado de su recogido. Max se acercó a ella muy serio y se arrodilló—

Cariño ¿qué ocurre?— le miró preocupada.— ¿Estás bien?

Él le cogió la mano y la miró a los ojos. —Cuando te vi bajando con tu prima al salón de

baile el día que me pediste matrimonio, pensé que eras la cosita más bonita de la temporada.

Pero cuando me miraste a los ojos, sentí que mi vida había cambiado para siempre— a Ariel se

le cortó el aliento escuchando esas palabras— Cuando saliste a la terraza no me lo podía creer y

al pedirme matrimonio me negaba a volver a pasar por lo que pasé con Sara. — le apretó la mano

acariciándosela con el pulgar— Así que me aferré a su recuerdo para no apegarme a ti,

haciéndote la vida imposible. Lo que hice con Clare no tiene perdón, pero no puedo describirte lo

mal que me sentí al decir sí quiero de esa manera tan fría haciéndote daño otra vez. Al día

siguiente cuando la vi en tu habitación, me dije que no eras importante para mí. Pero después de

hacerte el amor de esa manera tan insensible, me di cuenta que tenía que alejarme antes de que te

hiciera un daño irreparable.— una lágrima recorrió la mejilla de Ariel— Pero al parecer alejarme

no fue lo mejor, porque cuando mi tía me recriminó mi actitud, en lugar de darle la razón me

excuse en nuestro trato para mantenerme alejado, haciéndote daño otra vez. Sentí que me moría

cuando caíste de ese caballo. Sentí que te había perdido y me juré que no te volvería a hacer daño

otra vez— le miró avergonzado— No sé que me pasó, te lo juro. Al oírte hablar así de Sara, me

pareció que la traicionaba por lo que sentía por ti y volví a hacerlo.

—Mi amor— con la mano libre le acaricio la mejilla— Ya ha pasado.

—Quiero explicarlo todo. —le besó la mano y continuó— Cuando en Londres Elisa vino a

verme diciendo que estabas en estado, casi estuve a punto de regresar de la alegría, pero luego

vino el miedo y después el pánico. No sabía cómo tratarte después de mi comportamiento, así

que decidí dejar que pasaras el embarazo tranquila. Tenía miedo que si te alterabas te pasara

algo, así que esperé sin ninguna esperanza en poder recuperarte. Creía que nunca me

perdonarías. Por eso hablé contigo la noche de mi regreso y tú lo aceptaste tan bien que me di

cuenta que había sido idiota al mantenerme alejado, haciéndote más daño aún al dejarte sola en

una casa desconocida. —la miró a los ojos— El mes siguiente fue el más feliz de mi vida y

reconozco que fui un cobarde al no decirte lo de Clare. Cuando la vi en la puerta supe lo que iba

a pasar, pero ya no podía detenerlo y cuando te vi destrozada por sus palabras y mis excusas,

entendí que te había perdido para siempre.

—No me vas a perder, mi amor.

—No sé qué hubiera pasado conmigo sino hubieras vuelto a Londres. Te vi en ese baile y

supe que no podría dejarte ir nunca más, incluso si tenía que pasar por encima de lo que tú

pensabas. Me aferraría a ti con la esperanza de que algún día sintieras lo mismo que yo sentía por

ti.— Ariel se mordió el labio interior intentado retener las lágrimas— Y como siempre has vuelto

101

a sorprenderme con tu sinceridad diciéndome que me amas. —le puso algo en el dedo que ella no

llegó a ver entre las lágrimas, así que se limpió los ojos a toda prisa viendo una alianza— Eres la

mujer de mi vida y te amo más de lo que nunca he amado a nadie. Cuando no estás a mi lado

echo de menos tu risa y tu tacto. Y vivo con la esperanza a que estemos juntos muchos años para

seguir oyéndola y sintiéndote a mi lado. Te amo, mi vida. Y desearía poder borrar todo el daño

que te he hecho.

Ariel se abrazó a su cuello secando sus lágrimas en su cabello— Oírte decir que me

amas, cura cualquier herida, mi amor. Te amaré mientras respire.

Se besaron apasionadamente y se tumbaron en la cama mirándose a los ojos. —Cariño,

sobre lo de tener más hijos...

Max levantó una ceja.—La próxima vez dicen que es más fácil.

Sonrió dándole un besó en los labios.—Bueno, ya veremos.

102

Epílogo

—Mi amor, vamos a tener que detenernos en la posada— dijo ella mirando por la

ventanilla del carruaje.

—Ariel, vamos retrasados. ¿Otra vez tienes que orinar?

Ariel le fulminó con la mirada— ¿Te estás quejando? ¡Esto es el colmo!

Elisa soltó una risita mirándole el enorme vientre.— Max, es normal. El bebé le aprieta

ahí.

Max se sonrojó avergonzado— No me estoy quejando, pero...

—¡Detén el carruaje en la posada de Mary! ¡Quiero pasar la noche allí!

Su marido puso los ojos en blanco haciendo reír a Elisa, que la perdió al ver como se

acariciaba el costado. Elisa abrió los ojos como platos y Ariel le advirtió con la mirada que no

abriera la boca. Max sentado frente a ellas las vio sonreír radiantes.— ¿Qué ocurre?

—¿Sabes? Le llevo un regalito a Carla. Un peine de plata. ¿Crees que le gustará?

Max sonrió mirándola con condescendencia— Le gustará. Como a Raymond la pluma

que le has comprado para que haga las cuentas y el sombrero que le llevas a Crissi. Ah y se me

olvidaba los guantes de piel que le llevas a los James, como el chal para la señora Hobson.

—Es para que no se estropeen las manos. Los guantes, digo. Tienen un trabajo muy

duro— le dijo a Elisa que la miraba algo nerviosa.

—Eres muy detallista, querida.

—¿Crees que los niños estarán bien?

—Estarán volviendo locas a las niñeras—respondió Max divertido.— ¿Quién iba a decir

que Rose Mary sería la más revoltosa?

Ariel le guiñó un ojo y disimulando se volvió a tocar el vientre. Cuando llegaron a la

posada los recibieron como a la misma realeza y Carla se acercó haciéndole una impecable

reverencia.— ¡Estás preciosa! —exclamó viendo lo que había crecido.

—Milady sí que está hermosa— dijo la niña admirando su barriga.

—Ven, que te traigo un regalito.

—¡Milady!— protestó Mary mirándolas con indulgencia. Se sentaron en el salón y ella le

entregó el peine de plata. La niña lo acarició admirada mientras Mary se limpiaba las lágrimas.

—¿Te gusta?

—Es precioso. Lo pondré al lado del perfume.

—No es para que lo admires— dijo cogiéndola de la barbilla —Es para que lo uses.

—En días especiales, milady.— dijo radiante de alegría.

—Bien.—se levantó del asiento y todos hicieron lo mismo mientras su marido le pedía

una botella de coñac al posadero.— ¿Por qué pides eso?

—Porque vas a dar a luz y seguramente necesitaré emborracharme— dijo forzando una

sonrisa.

Ariel sonrió—Que bien me conoces, amor.—se acercó y le dio un beso en los labios.—

Te veo luego.

103

—Más te vale.

Seis horas después nacía Mathew Rogers Kirkley. Max había estado tan nervioso en

cuanto empezó a gritar, que entró en la habitación y no se separó de su lado hasta que escuchó el

llanto del bebe— Muy bien preciosa, lo has vuelto a hacer— dijo con su hijo en brazos

acercándose para que lo viera.

—Sí, pero no te acostumbres.

Max se echó a reír y la besó en los labios— Con lo que te gusta que te unte ese aceite de

almendra.

—Muy gracioso.— se miraron a los ojos —Pero merece la pena pasar por todo con tal de

ver tu cara. Te amo.

—Y yo a ti, mi amor. Me has dado una vida nueva. Tú eres mi vida.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que tiene entre sus éxitos “Huir del amor” o

“Elizabeth Bilford”. Próximamente publicará “A tres pasos de ti” y “La caza”

Si quieres conocer todas las obras publicadas en formato kindle de esta

escritora, sólo

tiene que escribir su nombre en el buscador de Amazon. Tiene más de treinta para elegir.

Sophiesaintrose@yahoo.es

